

VI  
ELECTO

hecho con la bolsa a

Y EL CUERPO MOLIDO A PALOS,

POR

BARVIC.

Á LOS

INFIERNOS DEL SUFRAGIO UNIVERSAL.



PRECIO:

6 RS. EN MADRID Y 8 EN PROVINCIAS.

Pedidos á la Admon. de *Los Niños*

Plaza de Matute, 2, librería.

MADRID 5872 - IMPRESION DE LA BIBLIOTECA POPULAR DE MADRID - MINISTERIO DE FOMENTO

VI  
ELECTO

hecho con la bolsa de

Y EL CUERPO MOLDO

FOR

Es propiedad.

BAYRIC

A LOS

INTERIORS DEL SUPPLAGIO UNIVERSAL



PRECIO:

0.50 EN MADRID Y 8 EN PROVINCIAS.

Propiedad de la viuda de los Niños

4.411

## A D. JOSÉ DE POSADA HERRERA;

Á LA MÁS INOCENTE VÍCTIMA,  
DE LA MÁS GROSERA CALUMNIA, LA POSTERIDAD ARREPENTIDA,  
QUE LE APELLIDÓ GRAN ELECTOR, SIENDO AL LADO  
DE LOS MAQUINISTAS DEL SUFRAGIO UNIVERSAL,  
ANTES QUE POSADA HERRERA,  
APRENDIZ DE HERRERO.

*Madrid 1.º de Octubre de 1872.*

Mi inolvidable amigo D. José: Permítame V. que turbe su dulce retiro con recuerdos de esta marimorena que hoy se llama vida política, tan abominable para un hombre que desde que vino por sus pecados á las Constituyentes, y tomó parte en aquella obra..... de pastelería, á nadie oculta su semejanza con los gatos escaldados, habiéndose zambullido en lo más hondo del robledal de Llanes, á lamerse y curarse sus escaldaduras. Creyó V. indudablemente, mi cándido amigo, y creyeron otros amigos no menos cándidos, que con una Constitucion melo-dramática—frase de cierto coronel que en este libro figura—se contentarian aquellos monárquicos de pega, que en Octubre de 1868 andaban, como el asno de Buridan, vacilando entre el plato de la monarquía y el pesebre de la república; candidez señor D. José, propia de un hombre tan poco versado en los negocios.... melo-dramáticos y tan falto de mundo (teatral) como V. Entre aquel plato y

este pesebre ¿adónde habia de inclinarlos su natural instinto?

Honradamente pensando, obraron Vds. como capitán que arroja lastre al agua para aligerar el zozobran- te buque, y no sé por cierto si la sociedad, que hace aquí veces de empresa de seguros, acertará á comprender tan estéril sacrificio, pues con una tripulación de leva y berberisca por añadidura, la falta de lastre hacia más inminente el naufragio. Cayeron al agua unos tras otros los fundamentos religiosos y sociales de nuestra infeliz España, para que la monarquía pudiera seguir á flote; y con esto, sobre atarla de un modo casi indisoluble al carro de la anarquía, sobre poner la corona en vacilante cucaña, adonde trepan y trepan sin cesar todos los granujas del país, fueron Vds. parte á que envalentonados los grumetes y demás chusma de abordó, viéndose libres de cuidados y responsabilidad, pusieran al viento la proa y anden por estos mares en corso y pirateo, mientras algunos de aquellos incautos, que no supieron como V. hurtar el cuerpo á la zurrribanda, se miran convertidos en galeotes del nuevo Dragut,

ambas manos en el remo,  
y ambos ojos en la tierra;

pidiendo quizás á Dios que el bajel acabe de estrellarse, para descansar de su ominosa fatiga en alguna desierta playa, sino tercián los tiburones en el naufragio.

Pues yo por mis entrañas compasivas ó porque la amistad de aquellos infelices me tiraba, quise hacerles compañía en el banco de los forzados, y hé aquí, señor D. José, la causa y ocasion de los trabajos que en el presente libro refiero. Si V. no fuese tan inocente como es al mundo notorio, me contentaría con remitírsele á palo seco, sin prólogo, aditamento, ni buscapié; más héme recelado que imperito, novel y aprendiz en materia de elecciones, tilde V. las que le describo de fantásticas, por haber tenido que darles forma de novela

y de novela picaresca á lo *Rinconete y Cortadillo*, único molde en que me cabian estos Monipodios y Gil Blases de ahora, dado que no soy dramaturgo para retratarlos en *Rabagas*. Si no debiera á V. un desagravio la España arrependida por haberle llamado *Gran Elector* á tontas y á locas, yo dedicaria este libro á la Academia de la Historia, para ganarme la primera de sus vacantes. Nada hay en efecto en él, fuera del estilo, que desdiga de la exactitud y gravedad de los *Anales compostelanos* ó de la *Crónica palentina*, y aun abrigo la esperanza de que los historiadores futuros de la España con honra tendrán que tomar por modelo mis cuadros para trazar los de esta grande época.

¿Ni cómo el malandante y agostado ingenio mio pudiera tal cumulo de peripecias, molimientos y palizas inventar, ni discurrir variedad tanta de conjugaciones del verbo *rapio rapis* como en mi *Viaje electoral* por el distrito de Lobera me han acontecido? Algun *pero*, sin embargo, tiene que poner aquí mi conciencia honrada, que á veces aunque no se falte á la exactitud en el canto de la uña, se atribuyen sucesos á mi Lobera que han tenido otras lobadas por teatro; pero enamorándome su novedad y el ingenio de sus autores, los he puesto en el libro para su mayor lucimiento. No es verbi gracia de todo en todo cierto que el candidato ministerial contrincante mio fuese un republicano; mas no por eso calumnio á la respetable gente que nos gobierna, pues en el distrito de A. provincia de P. para derrotar al estimable ex-ministro Sr. M de H. fué candidato ministerial el escritor republicano señor V.,—de quien puede dar noticias el periódico de la Habana, *Juan Palomo*; y en el distrito de C, provincia de B. para que no triunfase el insigne orador y filósofo, M. N. apoyó el Ministerio con todas sus fuerzas á un republicano de los que menos entran en libra, el Sr. G. R. cuyos títulos, segun mis informes, ante el cuerpo electoral de aquella provincia, se reducen á haber sido en una obra pública *listero*, con dos pesetas diarias. Pero ¿qué

prueba necesita mi aserción, cuando acabamos de oír en las Cortes al Presidente del Consejo llamar *sujo* al que venció en un distrito andaluz al insigne patricio R. R., y le ha faltado tiempo á ese vencedor para lanzarle por telégrafo un mentís, claro como la luz del petróleo, demostrando que ha sido candidato ministerial sin dejar de ser republicano?

Pues la disolución de la milicia por reaccionaria, para sustituirla con *peseteros*, que anden tirando al blanco por las poblaciones en honor al candidato ministerial, tampoco ha acontecido en el distrito de Lobera; pero pregúntele V. si el hecho es cierto á nuestro entrañable amigo el eminente orador y publicista C. del C., que por aquellos foragidos cayó á traición asesinado; ó mejor será que en el *Diario de las sesiones* coja V. el discurso de su contrincante y vencedor (!!) el M. de S. que confesó el hecho con envidiable desparpajo, bautizando sin rebozo á la nueva institución con el nombre de *francos electorales*. A estos mismos inventores pertenece el privilegio del cordón sanitario, y no me dejará mentir el señor don M. Z. cuya tartana fué fusilada en M..... ¡creyendo que él iba dentro!!!

Las cuadrillas militarmente organizadas para vender votos, apenas si concibo que nadie las ponga en duda. Listas de cobranza guardo, que sólo les falta el estar redactadas por A B C para ser listas de revista, y documentos oficiales obran donde corresponde, en que más de un Gobernador clasifica por miles de duros los distritos de su provincia, encargando que se busquen los candidatos con tales ó cuales bolsas..... verbigracia: para un distrito de 8,000 duros, un filibustero ó político ultramarino; para otro de 6,000, uno que quiera ser ministro de Hacienda; para los de 4 y 3,000 duros, candidatos que tengan amigos deseosos de grandes cruces ó de títulos de Castilla, etc., etc.

Muchas más pruebas podría ofrecer á V. de la exactitud de mi historia, que así quedaría justificada con documentos,

como los sábios hacen en sus libros, sino tuviera prisa de publicarla, para que sirva de *Guia del candidato* en las próximas elecciones, que deben de estar ya cerca, pues las Córtes de D. Amadeo son como los toros embolados, que no tienen mucha cuerda si ellos no se la toman. Recomiendo á V. muy particularmente el secreto que me descubrió el P. Matias, cuando yo estaba *descansando* de mi viaje triunfal, á saber: que lo primero que dicen al confesarse los socialistas de Lobera, es: *acúsome, padre, que soy republicano*—hecho exactísimo, que hasta podría citar el pueblo y el sacerdote á quien le está ocurriendo todos los días, y hecho que deben tener muy presente los verdaderos filósofos, que no se ocupan en la triste tarea de destruir, sino en reedificar el mundo moral, cuyas ruinas amenazan sepultarnos. Y ya que hablo de la filosofía, consuelo único y única distraccion que nos dejan á los hombres de órden los derechos individuales, ¿quiere V. conocer la deducción filosófica que yo de mi libro hago, el fruto que saca mi caletre de los profundos estudios y tremendas palizas, que me lo han inspirado? Pues cáteselo usted en letras gordas:

## EL SUFRAGIO UNIVERSAL

ES INCOMPATIBLE..... CON LA GUARDIA CIVIL,

porque en sus urnas puede escribirse con más razon que en el *Infierno* del Dante:

*per me se va trà la perdutta gente.*

De V. afmoj amigo s. s. q. b. s. m.

BARVIC.

como los salidos hacen en sus libros, como si fueran personas que  
hicieran para que suya de forma el mundo en las próximas  
elecciones, que deben de estar ya en el poder, pues las Cortes de  
D. Alarcón son como los toros españoles que no tienen ma-  
yor fuerza si ellos no se la forman. El mundo es V. muy par-  
ticularmente el secreto que me da a conocer el P. M. de la, cuando  
yo estaba desahogado de mi vida, a saber: que lo que  
meo que dicen al obtener los socialistas de la obra, ex-  
clusivamente, que son, república—hecho exacto, que  
hasta podría estar el pueblo y el sacerdote a quien se está ocur-  
riendo todos los días, y hecho que deben tener muy presente  
los verdaderos filósofos, que no se ocupan en su tarea de  
destruir, sino en rechazar el mundo moral, cuyas ruinas me-  
naxan sepulcros. Y ya que hablo de la filosofía, con-  
vengo y única distracción que nos dejan a los hombres de de-  
ben los derechos individuales, que V. considero la defec-  
ción que yo de mi libro digo, es que que seamos ca-  
de los próximos estudios y tendencias, que me lo  
han inspirado. Pero cuando voy a leer en estas horas.

## EL SUPRACONVENCIONAL

ES INCOMPATIBLE CON LA GUARDA CIVIL.

Porque en sus días puede escribirse con más razón que en  
el día de hoy.

por me de la la vertiente.

De V. amigo y amigo, a. d. p. m.

BARCELONA.

## PREPARATIVOS.

---

INESPERIENCIA POLÍTICA.—EL SUFRAGIO UNIVERSAL VISTO DESDE UN CUARTEL.—UNA PUNTA DE CIGARRO QUE DESTRUYE UNA CANDIDATURA.—TEXTO VIVO.—LO QUE PARECE EL REY AMADEO, VISTO DESDE EL SUFRAGIO UNIVERSAL.—PUCHEROS Y PUCHERADAS QUE SE NECESITAN PARA SALIR DIPUTADO.—RESOLUCION HERÓICA.—¿ES NIDO EL CONGRESO DE GORRIONES?—BIOGRAFÍA DEL GOBERNADOR DE MI PROVINCIA.—MIS GRANDES ELECTORES.—¡AL DISTRITO!—UNA SURIPANTA QUE ESTUDIA FILOSOFÍA.—MI PROGRAMA CONFUNDIDO CON *El aceite de bellotas*.

Alguna vez había yo visto funcionar la nueva máquina con que se hacen ahora las Córtes; pero de lejos, vamos al decir, y sin que me importase un ardite que descarrilara, porque yo ni iba ni venía. La primera fué en un cuartel. Recuerdo que el jefe del regimiento, sevillano por más señas, era hombre práctico en muchas cosas de milicia; pero de milicia urbana, milicia de la Plaza nueva y del casino de Madrid, como requiebrar mozas, tronar bailes, echar discursos en los cafés, y aun pesetas—no sé si lo diga—á los caballos, como buen andaluz, y á los reyes como buen monárquico. Habiéndome sorprendido *la gloriosa* muy lejos de España, gracias á Dios, híceme cruces al encontrarle de simple coronel de un regimiento,



porque yo le creía Capitan general de alguna provincia afortunada. Como que le habia conocido un par de años antes, desterrado en Ultramar por no sé que trabacuentas que padeció siendo cajero.

*El día de los votos*, como dicen en el pueblo, qui so lucir en mi presencia la persona y mostrármeme hombre de pelo en pecho. Juntó á su tropa en el patio del cuartel, marcialmente alineada en cuatro filas, tosió para suavizar el garguero, donde le hervia un catarro á medio curar con una botella de rom, y derrengándose un poco sobre la pierna izquierda, como los guapos de Triana y haciéndome un guiño á lo truan, les dijo á los soldados:

—Muchachoz, mañana vaiz á ejerser el presiozo erecho que oz dá la Costitusion melodramática que noz irige. Naa entre doz platoz. El ayudante oz traerá ahí unos papelez, como ezos de engolver arropía. Vaiz pian pianino al ayuntamiento, y..... ¡zaz! aquí que no peco, meteiz uno caa uno en el cacharro que eztá zobre la meza. Que oz preguntan ezto, que oz preguntan lo otro..... Muertoz. Zolo cuando digan: «¡Juan Gomes! ¡Pedro Zanches!.....» «*prezente.*» como en la revizta; pero el que quiera zaber máz, que compre un libro. Yo eztaré ayí, y veremoz quién cumple la ordenansa. Zobre too, zi oz preguntan la edá, veintisino añoz, de qué quinta, de la é Mendi-sábal. Ea, rompan filaz, pazo reoblaó, mar.....

Los oficiales del regimiento no tenian buena cara. Unos eran vizcos, otros acuchillados y á los más les llegaban las barbas al pecho, como á los capuchinos. A su lado, parecia el coronel un Apolo de Belvedere,

y hablando, un sábio de Grecia. No en vano se decía de ellos en la ciudad, que obligaban á sus mujeres á lavar la ropa en el rio, y que más de un asistente andaba por los corrales robando gallinas por orden del amo.

Durante el anterior discurso habia yo sorprendido cuchicheos de unos, señas de otros, burlas de los más, y me propuse conocer al día siguiente el resultado de la elocuencia coronelesca. Vino en efecto el ayudante, cargado de candidaturas ministeriales, que repartió como quien cumple un deber enfadoso, ó como quien tira aleluyas á los muchachos, á salga lo que salga, entre chacota y regodeo. Los soldados les daban vueltas á aquellos papeles entre los dedos, se miraban entre sí con aire estúpido, y por regla general se los iban poniendo arrollados detrás de la oreja, como canutos de cerbatana; pero aun no habia el ayudante vuelto la espalda, cuando observé que cada capitán se dirigia á sus soldados con aire resuelto, diciéndoles no sé que cosas en voz baja, y dándoles otros papeles.

Fuerónse los oficiales y vinieron los sargentos. Esta vez puse más atención, por lo mismo que ellos se recataban de que los oyese.

—A ver ese papel que te ha dado el capitán.

—Tome usted, mi sargento.

—¿Vas á echarlo en la urna?

—Sí señor, mi sargento.

—¿Y por qué?

—Porque me ha prohibido que eche el que me dió el coronel.

—¡Pedazo de bruto! ¿No sabes que el coronel y

el capitan son unos..... (Y bajó tanto la voz que no entendí la frase.)

—Si señor, mi sargento.

—¿Cuántas veces te he de decir que no se hace más que lo que yo mando?

—Ya lo sé, mi sargento.

—Echa este papel que yo te doy, y tomarás pronto la absoluta.

—Bueno, mi sargento.

—Le dices al capitan que has echado el suyo.

—Descuide Vd., mi sargento.

—Y lo mismo al coronel. Mira que no me engañes, que yo he de ir contigo, con que..... ¡mucho ojo!

—Descuide Vd., mi sargento.

—Si me engañas.....

(Y como le habló al oído, antes por la mímica que por la palabra, entendí que acababa diciendo:—¡veinticinco palos!!)

Otra vez que ví funcionar la máquina fué en un Asilo de mendicidad. Mi amigo el candidato del gobierno..... miento, el candidato adicto, como él se llamaba á boca llena, porque ya habia pasado la época inmoral de los candidatos ministeriales, habia recibido por telégrafo la cesantía de todos los empleados de la casa, desde el director hasta los barrenderos, y esperaba sacar de ella los doscientos votos, que segun sus cálculos le hacian falta para coronarse con el triunfo electoral. Fuimos, pues, allá con el secretario del Gobierno, el juez de primera instancia y una docena de Guardias civiles á dar solemne posesion á los nuevos empleados, que eran:—un acreedor de mi amigo, su

zapatero y un mozo de mulas del Alcalde, furioso partidario de la candidatura que íbamos á repartir á los mendigos, como que la noche anterior se habia dado de navajazos en una taberna con un elector federal.

Tan alegre iba nuestra caravana, como fué triste el cuadro que se nos presentó. El del hambre tenian por cara los acogidos, que se alimentaban solamente desde la gloriosa con veinticinco libretas, dadas de limosna por el gremio de panaderos, con las cuales habian inventado el arte peregrino de hacer sopa sin lumbre y sin aceite. La Diputacion provincial habia consumido sus recursos en uniformes para la Milicia y en suscribirse al empréstito de Figuerola, de suerte que los pueblos, entusiasmados con sus representantes, aprovechaban tan oportuna ocasion para no pagar sus cuotas á la provincia. Cuanto á las pobres mujeres del Asilo, yo no pienso ver nunca tan bien copiadas las doncellas en cabello del Fuero juzgo, pues aparte la doncellez, más rara allí que en Galicia, todas andaban con sus greñas caidas atrás y adelante muy galanas, cubriendo lo que debieran los corpiños, y alrededor de los ojos y de los lábios un cerco de pertinaces moscas, que á la humedad acudian, y á comerse lo único disponible..... Ello, en fin, por el vestuario y el adorno de sus habitantes, parecia la tal casa un paraíso.

¡Y yo que años atrás la habia visto hecha un áscua de oro, abarrotada la despensa, y rebosando salud mendigos y mendigas! Pero supe que el dia de la revolucion fué asaltada por los buenos liberales, gritando que bastante habian robado los reaccionarios, y

desde entonces desaparecieron hasta las gallinas..... que obraron como sabias en desaparecer, pues ya les habian comido su repuesto de cebada. En cambio, como Dios es tan misericordioso que dá ciento por uno, el sufragio universal vino á concederles voto á los pobres del Asilo..... por aquella vez, pues pasadas las elecciones se lo quitaron por no sé qué tiquis miquis, dejándolos sin consuelo y sin entretenimiento... para el hambre.

Al repartirles las candidaturas del *adicto*, penetraron algo á mi obtuso caletre las maravillas del sistema. ¿No habia de filosofar? Se trataba de un triunfo de mis amigos los filósofos del Ateneo, los economistas de la Bolsa, los sábios legisladores de la Academia de jurisprudencia. Viendo estaba allí realizado el ideal del derecho, ese ideal, que yo pecador, engañado por los discursos de Rivero, creia incompatible con la raza latina.

—¡Oh, patria! dije dando la punta del cigarro que fumaba á uno de aquellos electores, que me la pidió por amor de Dios; ¡oh, patria! Ya puedo morir tranquilo, pues ya te veo libre, feliz é independiente, como en aquellos tiempos que segun el padre Isla, te abriste al cartaginés incautamente. Otras naciones menos civilizadas, otras naciones más estúpidas, por decirlo pronto y bien, ponen su suerte en manos de hombres que con su saber las ilustran, con sus caudales las enriquecen, con su trabajo las sustentan ó con su habilidad las adornan; pero tú, patria incomparable, de lo vulgar y lo rutinario enemiga, has realizado el ideal de los sabios de Madrid por más breves, más desembarazados

y más hermosos caminos, poniendo tu suerte en los mejores hijos de Dios, en los mendigos, en los lisiados, en aquellos que más necesitan de tí, que están debajo de tu tutela, como que son tus pupilos. A aquellos á quienes tú das pan, y vestido y techo, á aquellos mismos por humildad cristiana, ¡oh patria humilde y virtuosa! les pides ley, les pides direccion, les pides brújula para las tormentas políticas, mientras otras naciones atrasadas, á los libros y á los que los hacen, á los doctores y á los togados, á los industriales y á los patricios se la piden. Longanimidad y magnanimidad se llaman estas virtudes, mientras egoismo y reaccion y desconocimiento del derecho humano, ilegislable é inmanente, se llaman aquellos vicios. Sólo á un pueblo como tú, de hijos de Padilla y Riego, se le ocurriría la luminosa idea, que mármoles y bronces eternizarán á porfía, de buscar á los representantes de la opinion pública, á los autores de la ley escrita, en los cuarteles, donde está el fusil y la cartuchera, donde los hombres se doctoran en la *carga á once voces* y en el *paso redoblado*, como los buscas en los asilos benéficos, donde acoges á los incapaces de ganarse la vida, bachilleres de la sarna y licenciados de la perlesía.— ¡Oh patria! ¡yo te saludo feliz y regenerada en aquel elector, que va fumándose la colilla que le dí en la candidatura del diputado!

Pero confieso que aquellas impresiones y aquel primer empujon que me dió el sistema, sólo duraron hasta que salí á la calle y respiré aire puro. Me distrajo tambien el ¡viva la libertad! con que nos despidieron los nuevos empleados del Asilo. Yo no soy filósofo

sino á ratos, y principalmente cuando se trata de algun asunto que de un modo directo me interesa. Ruiz Zorrilla, cuidando con paternal amor sus alcornoques de Tablada, me tiene á mí sin cuidado, como Echegaray, cuando no es ministro, casi me inspira compasion al verle embutido entre sus dos homóplatos, que no parece si no que en vez de sacarle Dios una costilla para hacerle una mujer, por partida doble se las sacara, vengando anticipadamente á los maestros de escuela y al *Catecismo*. Un verdadero filósofo se remontaria en ambos casos á la contemplacion de los castigos providenciales, á la creencia de ese infierno que depara Dios en la vida á los que lo merecen; y yo me limito á murmurar encogiéndome de hombros: *suum cuique*. Por eso dicen de mí los discípulos de Krausse, que tengo una nocion incompleta de la egemonia trascendental del yo subjetivo. Mi madre dice pura y simplemente que soy un egoista de tomo y lomo.

Y debe de tener razon, pues hasta que en las pasadas elecciones se me antojó salir diputado, no me habia ocurrido estudiar á fondo el sistema. Ni esta ocurrencia me vino tampoco espontáneamente.

Una tarde, que despues de refrescar, saboreaba mi puro en el rincon del café, se me acercó el vendedor de corbatas y chucherías, que me surte de jabon, y me dijo misteriosamente:

—Señorito, ¿quiere V. ser diputado?

Le miré de piés á cabeza para convencerme de que hablaba con formalidad.

—¿Por qué me preguntas eso? exclamé en tono desabrido.

—Porque ha de saber V. que estoy en un compromiso, que ya... ya...

—¡Tú!....

—Si, señor; aquí donde V. me vé, tengo un amigo en el Gobierno, que se empeña en que sea diputado... ..

—¡Tú! repetí, faltándome poco para soltar la cajada.

—Y no me ha dado un gran destino, porque no sé escribir, y aunque me decia que eso no importa, yo tengo vergüenza..... pero, en fin, de diputado no puedo librarme, y el caso es que me ha recomendado á dos distritos y los dos me quieren..... los tengo tan seguros como este bote de agua de rosa..... (Y cogia un frasco de aquellos que llevaba en su caja.) Sí, señor; seguritos, seguritos; ¡de suerte, que si algun caballero me diese por el uno los gastos que he de hacer en el otro...

—Tú no tienes ropa para eso.

—Se alquila. ¡Habrá tanta ropa alquilada en las futuras Córtes!

—Mira, le dije, levantándome aburrido para marchar; no te metas en esas andróminas..... que te dé cosa mejor..... que te haga portero de un ministerio.

—¡Portero! ¡Cualquier dia! ¡con que ha hecho administrador de correos con 20.000 rs. á un mozo de este café, porque yo se lo pedí!

Me eché á la calle con la cabeza como una devanadera. Indudablemente estamos en un tiempo nuevo, tiempo que si no es el que quiso ver el marqués de Villena, como dice la *Redoma encantada*, hacen su



agosto los personajes de las comedias de magia, sobre todo, los Batuecos, los Simplicios y los Bobadillas. Hay que estudiar á fondo esta marimorena que aquí anda, que busca diputados entre los vendedores de café, y otras cosas que yo he oído decir y me dá vergüenza escribirlas. Aunque estaba suscrito al *Imparcial* y al *Universal* y á todos los periódicos acabados en al, para iniciarme en la doctrina radical, no comprendía bien este sistema constitucional, que tiene por base el sufragio universal. Cogí un libro, dos libros, tres libros..... ¡que si quieres! cada vez más á oscuras. Todos me decían lo mismo.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL ES INCOMPATIBLE  
CON LA MONARQUÍA.

—Pues ¿y don Amadeo? exclamaba yo dándome puñetazos en la frente. ¿Si habré visto visiones, cuando creía verle tantas veces por las calles de Madrid, tieso como un espárrago sobre arrogante bruto, seguido de una caterva de granujas, que iban gritando:—«¡él es! ¡ese, ese! ¡el rey! ¡nuestro rey!»—¿Habré soñado? ¿sería algún dentista de la escuela caballar de Nogués?

Si en teoría me hallaba lleno de cavilaciones, la práctica, con ayuda de un *Manual del elector*, me fué algo menos incomprensible. Cada distrito tiene diez mil votos, repartidos en veinte pueblos, *circum circa*. Y de aquí á echar mis cuentas y mis cálculos electorales, como el vendedor de corbatas, sólo había un paso.

Necesitaba que en un mismo día y á una misma hora, 6.000 ganapanes tuviesen todos la humorada

de soltar su azadon ó su piqueta, escribir mi nombre en un pedazo de papel, é irse pian pianino, como decía el coronel de marras, á la casa de ayuntamiento á meter los 6.000 papeles en 20 urnas..... ó 20 pucheros, que no en todos los pueblos se gastan esos requilorios. Necesitaba tambien que las 20 pucheradas de papeles se reunieran en la capital del distrito, sin que ningun gato goloso metiese en ellas la pata por el camino, y que el juez de primera instancia, abandonando sus importantes ocupaciones, se tomase el trabajo de contarlos uno por uno, y al llegar á los 6.000, sin haberse vuelto loco, echara á volar mi nombre y lo escribiera en otro papel con su firma y sello.....— Confieso que, á través de tantas manos, tantos papeles y tantos pucheros, se me aparecian el rey Amadeo, y la religion, y el órden, y otras mil cosas que yo he soñado que hay ó debe haber en mi país, se me aparecian, digo, como esas montañas de la luna, que ni son montañas, ni están en la luna, y hacen perder á quien piensa en ellas el sentido comun.—Yo á la verdad no lo tenia muy sano con tanto darle vueltas al sufragio universal, y al rey, y al vendedor de corbatas, que era mi texto vivo.

—¿No has visitado las pirámides? me dijo un amigo á quien consulté mis dudas.

—Sí por cierto.

—¿Y no te parecian desde lejos inaccesibles?

—Y desde cerca, pues sus escalones de metro y medio son infranqueables á la pierna humana.

—¿Y no encontraste allí, con ayuda de tu dragoman, varios pilletes griegos y turcos, que por una

piastra te cogieron en volandas y te remontaron á la cúspide, casi casi, como las cigüeñas llevan las sabandijas en las patas?

—Es verdad.

—¿Pues cómo quieres que falten en las provincias españolas turcos ó griegos que, como aquellos, por una piastra, y aun por menos, te ayuden á subir á aquel nido de cigüeñas del Congreso, que no es ninguna pirámide de Egipto, sino más bien nido de gorriones?

Efectivamente, esta oportuna metáfora fué una revelacion para mí. El amigo influyente del vendedor de corbatas era un griego, y el vendedor queria ser para mí un turco. La pirámide me iba pareciendo accesible. ¿Pero me habia de poner en manos de los enemigos de Dios, yo, español y cristiano tan castizo?

Hay en el hombre no sé qué instinto selvático que le hace hundirse con fruicion en el absurdo moral, y ya me encantaba á mí la idea de ver cociéndose al rey Amadeo, y á la religion, y al órden, y á todo lo fundamental del país, en las 20 ollas donde iban á meter la mano los 6.000 electores de mi imaginario distrito. En toda lo mitología no se encuentra una figura más humana que Orfeo, bajando al infierno ¿por quién? por su mujer.—Y en la política, esa mitología de un siglo que no tiene mujeres, ni maridos, como diria Echegaray, el pequeño inconoclasta, aunque él sea viviente prueba de lo contrario, ¿no está ahí Ruiz Zorrilla, abismado en el absurdo moral, hasta el extremo de creerse grande hombre y soñar que le plagian en

la calle del Pez los trabucazos históricos de la calle del Turco?—¡Orfeo! ¡Ruiz Zorrilla! ¡Echegaray!!.....  
 ¡Qué figuras tan simpáticas hacen estos personajes mitológicos de la edad moderna, cuando uno se asoma á la boca del sufragio universal, tonel sin fondo..... que justamente por eso Rivero nos lo trajo de Francia!  
 ¡Qué atraccion ejercen tan pasional! como Fourier diria. Dan ganas de tirarse de cabeza, sólo por caerles encima.

Mi resolucion no era dudosa. El vendedor de corbatas habia decidido de mi suerte. Por supuesto que nunca pensé aceptar su oferta, pues aunque hombre llano, que no rechazaria *la proteccion de un sastre*, —sobre todo la de mi amigo Santos Alvarez— eso de coger al vuelo un distrito rodando por un café, entre pastillas de jabon y botes de manteca de oso, me escarabajaba en el estómago como las patas de una araña. Yo soy una persona decente, y debo hacer las cosas de otro modo. Yo tengo casa y hogar, y pueblo y provincia, y aunque hoy los vendedores de corbatas y los mozos de café tengan toda España por suya, ha de faltarme un distrito,

que pueda decir que es mio,  
 como el rey godo del antiguo romance? Ya se ve que no.

Ahí está mi patria, Lobera, que me está diciendo: —cómeme:—que es un distrito para estos tiempos, ni pintado. Ahí están sus pueblos más importantes, llenos de consecuentes liberales, como Babia, Abrelojo, Salsipuedes, Quiebra-huesos, y sobre todo Granujera, la histórica Granujera, la última poblacion que

los moros abandonaron; la que más heroicamente resistió á los Fernandos é Isabeles; la que no pudo conquistar el reaccionario general O'Donnell, en cinco años..... populosa ciudad tan antigua como España, compendio y abreviatura de sus glorias; ahí están abriéndome los brazos.

Enzarzadas las ideas de una en otras, me iban presentando la eleccion facilísima. Daba la casualidad de que un librero que yo conocia, especie de rememdon de las pastas y pergaminos, que desde vender en un cesto novelas á real por el Rastro y los Estudios, habia ido ascendiendo hasta tener un *cajon* en Santo Tomás, acababa de ser nombrado Gobernador de mi provincia, y yo mismo le habia proporcionado recomendaciones y visitas, por lo cual me estaba muy agradecido. Por mayor fortuna, su secretario era paisano mio, y conocido tambien, y muy conocido, como que siendo agente de negocios allá por el año de 60, manejó el pobre tan mal los de mi pueblo, que tuvo necesidad de un indulto para no padecer eclipse presidencial por cuatro años,—y como está casado con una mujer bonita, yo contribuí á que lo consiguiera.—Tan favorables circunstancias no podian menos de animar á un hombre que ya lo estaba mucho por el vendedor de corbatas y el nido de cigüeñas.

Débenme favores las principales personas del distrito, y aun las indiferentes se deleitan con mis versos y mis obras, cuando yo se las regalo. El Alcalde de la capital está casado con una prima mia, y el de Granujera, que tiene 2,900 votos, me pidió una capa prestada para tomar posesion el día 1.º de año. Otro

Alcalde ha sido asistente de un hermano mio. Al juez de paz yo le enseñé á leer todo lo que sabe, que no es mucho, y los maestros de escuela del distrito, raro es al que no le he dado limosna. Los curas, los abogados y los médicos, han estudiado conmigo en el Instituto, y en cuanto á los jornaleros y menestrales no pueden olvidar que yo casi me arruiné por hacerles una carretera. En fin, allí era indudable el triunfo de mi candidatura, y así me lo aseguraban diez ó doce cartas que recibí en contestacion á 500 ó 600 que me hizo un litógrafo por 30 reales.

Una de ellas, la de Geromillo Birli, el hijo del maestro de mi pueblo, me entusiasmó. La eleccion era cosa hecha, si yo en persona iba á visitar á los electores, animarlos y robustecer su fé, muy quebrantada por los desengaños políticos.—«Pero tú eres nuestro hombre (me decia) y por tí quemaremos hasta el último cartucho. Ya sabes que desde mi casamiento civil tengo una gran posicion y muchas relaciones. Harémos un viaje triunfal.»

No habia tiempo que perder. Las elecciones estaban próximas. El Gobierno, que como buen liberal, no tenia candidatos ministeriales, habia inundado ya las provincias de gobernadores nuevos, por estilo del de la mia, para que le hiciesen el favor de inventarle los candidatos, y todas las Tertulias y todos los clubs de España se hallaban en sesion permanente para cumplir las órdenes de los ministros, proclamando los candidatos que les mandasen. La libertad democrática exige que estos caballeros no tengan ninguna, pues necesitan contar con el ministro, con el Gobernador, con

las Tertulias de provincia, con las de distrito, con la Diputación, con la Comisión provincial, y con el juez que hace el escrutinio, antes que con los electores, que son siempre el último mono. En mi distrito afortunadamente andan los ministeriales por las nubes, y el republicano, que otras veces había salido, era poco temible, según Geromo, si una persona decente se presentaba.

Dicho y hecho. Aunque mi familia, ni Bartolo, ni muchos hombres importantes me habían contestado aún, lo cual atribuía á lo llano del negocio, hice mi maleta, escribí al Gobernador anunciándole mi candidatura,—que no había querido hacerlo sin contar con lo que se llama *una base*;—avisé por telégrafo á mi hermano y á Geromillo, y prestando á mi mujer y mis hijos un negocio urgente, para que los sorprendiera á los pocos días la *Correspondencia*, diciendo:—«HA SIDO ELEGIDO DIPUTADO EL ILUSTRE PUBLICISTA »SR. BARVIC, POR 9.999 VOTOS.»—me embanasté en un coche de primera de la línea del Norte, enfrente de un tendero de ultramarinos, que iba á Santander á comprar cacao, y de una suripanta que le acompañaba, sin duda para batirle el chocolate.—Los demás viajeros guardaban el anónimo.

Antes de llegar á Torrelodones todos roncaban como unos benditos, menos yo ¡bruto de mí! que de mis preparativos de viaje había olvidado el más importante, el más trascendental, el que me había de servir más que la brújula al marino, más que el *abracadabra* al nigromántico, más que las babuchas al moro... el que había de ser para mí el *Sésamo*, *ábrete*, de las

urnas electorales.... Habia olvidado la síntesis, como dicen mis amigos los filósofos; la fórmula, el *introibo ad altare Dei*.—¿Qué era yo ante el sufragio universal? Un bípedo implume, según la sentencia, ni más ni menos. Así no puede presentarse un hombre de bien á un distrito, porque llega otro, suelta un pollo desplumado y ¡pataplum!.... Se llevó el diablo la candidatura.

Al amanecer me dí una palmada en la frente, que despertó á todos mis compañeros de viaje.

—¡Ya la tengo! ¡Ya está aquí mi síntesis! ¡y qué redonda es! ¡qué completa!

—¿Hay fuego?

—¿Ladrones?

—¿Los facciosos?

—¿Hemos descarrilado?

Todos me abrumaban á preguntas, enderezándose como espectros bajo sus gorros de dormir, y echando mano al revolver, mientras las señoras estudiaban la mejor postura para desmayarse. Yo no pude menos de quedar turbado.

—Perdonen Vds. señores, dije entre dientes, y como con sorpresa de que me hubiesen oído: es que he encontrado una síntesis, una fórmula, que me hacia suma falta.

—¡Ah! murmuró la suripanta, que era por lo visto marisabidilla, pues se habia dormido con el *Universal* debajo de las narices. Es un filósofo, que vá á Berlin á conocer al célebre Stopaenagua ó al no menos célebre Bizcochufwntz.

—¡Fórmula! añadió el comerciante, volviendo á



ponerse el gorro. Será un boticario que busque un rival para el aceite de bellotas.

—Alto ahí, señor mio, exclamé incomodado. No todas las síntesis son hijas de la charlatanería, aunque la palabra esté desacreditada, desde que los filósofos se la prestaron á sus buenos amigos los demócratas, como quien añade un serpentón á una orquesta de bombos. Ni yo voy á Berlin á conocer al famoso Schopenhauer, aunque me honraria mucho en ello, añadí lanzando una mirada fulminante al rincón donde estaba la cómica, acurrucada sobre la barriga de su contratista y con las manos Dios sabe donde. Mi síntesis interesa muy de veras á la humanidad política, que es la más doliente de todas las humanidades, y está destinada á hacer en las regiones del Atlas prodigios muy superiores á la sávia de coco ecuatorial. Se trata de una síntesis para que ningún partidario decente.... de-cen-te.... (y recalqué la palabra, por si encontraba incrédulos) del sufragio universal pueda negar su voto á un hombre honrado. ¿Comprenden Vds.? á-un-hom-bre-hon-ra-do.... Es decir, se le quita su carácter al sufragio universal, se le amansa, se le domestica, se le metamorfosea de león en burro, que es acaso y sin acaso su porvenir, pues cuando sólo puedan elegirse hombres honrados....—¿Que no? exclamé tomando por una negativa el ronquido del tendero, á quien sin duda la cómica le oprimía demasiado... el diafragma. ¿Que no? Oígala V. hombre, oígala V:—CATÓLICO, MONÁRQUICO Y LIBERAL.—¿He dicho algo? Candidato que se presente á los electores con esta bandera, diputado seguro. ¿Quién se resiste á votarle en un país donde

los no católicos son tan raros como garbanzos de á libra; en un país donde, ni en el barrio de Pozas, ha podido Echegaray formar escuela; (y no será porque á su alrededor dejen de ponerse los medios); en un país donde, hasta el general Prim (Dios le guarde en su gloria.... bien guardado) tuvo que ser monárquico para que Ruiz Zorrilla no le birlára, con otra candidatura como la del duque de Génova....?

Pero un coro de ronquidos, que todos los viajeros hacian, y el factor abriendo la portezuela, me dieron á entender que estaba predicando en desierto. Habia amanecido, y nos hallábamos en la primera estacion de mi distrito, en la cabeza de partido, que es al mismo tiempo mi dulce patria, como dicen los poetas. El corazon me saltaba en el pecho de alegría. Las musas me soplaban una oda. ¿Quién habia de decirles á las pobres, que poco despues habian de soplarme una letrilla, que acababa así:

¡ Adios, Lobera, Lobera,  
digna cabecera  
de esta ladronera!

---



## JORNADA PRIMERA.

---

OVACION ENTUSIASTA.—UN BURRO DESCOMPONE EL CUADRO.—POESIA REPUBLICANA.—ASOMA EL GOBERNADOR LA PUNTA DE LA OREJA.—EL CANDIDATO MINISTERIAL.—CATOLICISMO Y MONARQUÍA, IDEAS PASADAS DE MODA, SEGUN TEXTOS OFICIALES.—FUGA DE ELECTORES MONÁRQUICOS.—BELLOTA Y COMPAÑÍA.—PROGRESOS DE MI CANDIDATURA.—CONSEJOS DE UNA MADRE.—MOTIN NÚMERO UNO, EN COPLAS.—LA OREJA DEL GOBERNADOR.—EL ALCALDE Y LA MILICIA... VOLAVERUNT.—RENUNCIO Á MI CANDIDATURA Y BARTOLO NO LO CONSIENTE.—IDEA FELIZ.—UNA PIPA ME HARÁ CANDIDATO MINISTERIAL.—MOTIN NÚMERO DOS..... EN TIROS.

Dos embozados me esperaban en el andén. Uno era mi hermano Agapito, y el otro mi amigo y primo Bartolo, el Alcalde del pueblo;—pero no por gracia del sufragio universal, que ahora es ocasión de que lo diga, sino porque habiéndose sublevado los republicanos pocos meses antes, el Ayuntamiento los autorizó á repartirse una dehesa y dar al dueño una paliza, con que no pudo menos el juez de formarle causa, y el ministro de destituirlo.

Sin preguntarme por mi mujer, ni por mis hijos, ni por el estado de Madrid, que quedaba para estallar de un momento á otro, como es uso y costumbre desde *la gloriosa*, me preguntaron á duo:

—¿Traes eso?

—¿Pues no la habia de traer? les respondí abrazándolos. Magnífica, piramidal, redonda como una onza de oro.

—¡En onzas! repitieron á duo.

—Una síntesis, proseguí sin entenderlos bien, más expresiva que aquella *la propriété, c'est le vol*, que ha dado la vuelta al mundo y sobre todo á la carne.

—¡En onzas de oro! murmuró mi hermano con afliccion. Poco quieres á tus hijos. ¡Traer los 4.000 duros! ¡y en onzas!

—¡Traer yo 4.000 duros! repetí á mi vez cayéndoseme la baba. ¡Y en onzas! Tú estás loco.

—¿No has recibido ayer una carta nuestra... de los dos..... sobre las elecciones?

—No por cierto.

—Recuérdalo bien; te hablábamos de dinero, añadió el Alcalde.

—¡De dinero! ¿Y qué tiene que ver el dinero con mi candidatura?

Agapito y Bartolo se miraban uno á otro, entre confusos y apesadumbrados. Hizo éste señas con el baston de que se alejara, á un alguacil que estaba allí cerca, y mirando con ansiedad y misterio á su alrededor, me dijo:

—Barvic, ¿estás decidido á ser diputado?

—Ya se vé que lo estoy.

—¿Aunque arruines tu casa? añadió mi hermano.

—¡Arruinarla por eso! ¡qué disparate!

—Pero..... ¿es posible que tengas tú cuatro mil duros de sobra? repuso el Alcalde.

—Ni de sobra ni de falta; pero ya comprendo, exclamé poniéndome grave, ¿Me habeis tomado por algun zascandil de esos que no tienen más título á la consideracion de los electores, que el arrojarles unos cuantos ochavos, como á los granujas en bateo? Aunque yo sea en política desconocido, la misma limpieza de mi nombre, mi honrada reputacion literaria y social, ¿no son títulos más valederos ante un colegio electoral que el haber dado cuatro gritos en un motin, ó haber estado en presidio con algun personaje revolucionario?—Y de la Revolucion, añadí haciendo una elegante pausa oratoria, pues empezaba á gustarme ya mover la sin hueso con arte y armonía; de la Revolucion no hay que hablar, que pertenece á la historia, y se ha llevado ya tras sí al panteon del olvido á esos hombres que la acompañan siempre, como los cuervos á la tempestad, ó los gusanos á la carne podrida..... (Iban á interrumpirme, y yo proseguí con otro arranque oratorio):—Sí, pasaron, que no en valde tenemos ya un rey..... (ambos se sonreian de una manera cargante) si señor..... ¡un rey! ¡un rey hecho, y sobre todo derecho!... ¿á que me lo vais á negar, cuando yo mismo le he visto, á pié y á caballo, por delante y por detras..... y otros le han visto mejor que yo todavia, hasta en paños menores, en Bilbao y en Santander.....

—¡Si no se trata de esos problemas!... repuso mi hermano algo aburrido con mi charla.

—¡Problema la existencia de Amadeo 1.º de Castilla! ¡problema un hecho indiscutible, incuestionable, fundamental y radical, que hasta en cajas de

fósforos y en coplas de ciego anda por las calles.... como ésta, que no se le cae á mi criada de la boca:

¡Ay qué risa, qué risa, qué risa  
que Amadeo lo he visto en camisa!  
¡ay salero, ay salero, ay salero,  
que á Amadeo lo he visto yo en cueros!

—En fin, vosotros direis cuanto se os antoje, pues por lo visto no andan aquí las cabezas muy sanas; pero yo no soy ni seré nunca de los candidatos que necesitan venir al distito cargados de onzas, pues sobre tener un nombre puro y respetable, ese distrito es mi patria, es el asiento de mi numerosa y acomodada familia, de mis infinitos amigos, y todas las clases sociales me deben favores, pues he sido el contratista de una carretera que las está enriqueciendo...

—¡Carreteras!. ¡favores!.. murmuró Bartolo, bajo el embozo de su capa.

—Pero ¿no eres siquiera candidato ministerial?... añadió tímidamente mi hermano.

—¡Líbreme Dios! Eso me perjudicaria en un sistema purificado y perfeccionado por la revolucion de Setiembre. Además, ya no se estila eso; ya no hay ministeriales ni de oposicion, sino buenos hijos de la patria. ¡Como se conoce que vives en provincia!

—Tú sí que estás en el limbo! exclamó mi hermano.

—¡Agapito!

—Ya te lo dirán de misas, si no eres candidato ministerial, ni traes siquiera 200 onzas preparadas, lo que por otra parte celebros mucho, porque me intere-

san tus hijos y tu mujer. Mira, añadió bajando la voz, pues entraba en la estación un grupo numeroso de gente; ahí vienen los amigos.... los que se dicen partidarios de tu candidatura.... no te comprometas mucho.... no sueltes prenda que no puedas recoger.... La cosa es más difícil y más cara de lo que á tí te parece. Te la pintarán como fácil los que piensen explotarte ó á la sombra de tu candidatura darse aires de influencia; pero tu familia y tus verdaderos amigos estamos conformes. Sería una locura....

—Es verdad, añadió Bartolo, y lo mejor que podrías hacer....

—¡Viva nuestro candidato!!! resonó como un trueno en la estación.

—¡Vivaaa!

—¡Silencio! dijo un hombrecillo regordete, que caminaba delante de todos á guisa de capitán. ¿No dije que no se gritase? Vamos á levantar la caza antes de tiempo. ¡Y á fé que no hay moros en la costa! como que están esperando á su candidato.

En efecto, los mozos de la estación, los infinitos mendigos que acudían á pedir limosna á los viajeros, y los paletos que iban y venían con fardos y baules, todos á un tiempo, cual movidos por un resorte, se habían quedado estáticos contemplándonos. Uno de ellos, que cargaba un burro á la puerta, se dirigió á mí resueltamente, metiéndose la mano por debajo del sombrero para rascarse.

—¡Hombre! me dijo mirándome de hito en hito. No le asperábamos acá entadía. ¿Es V. el que viene á eso de los votos?

—¡Silencio! me apuntó mi hermano, tirándome del gaban; pero ya era tarde, porque habia yo respondido:—Si señor.

—¡Muchachos! repuso volviéndose á los mozos de la estacion; ya está aquí nuestro candiato, el que nos ha recomendado el Directorio.

—No, señor, me apresuré á decirle, conteniéndole por un giron de la chaqueta. Yo soy monárquico.

—¡Arre, burro! gritó el hombre con sorna, volviéndose á su bestia y soltándole un palo que la convirtió en una ese.

Esta escena fué tan rápida, como profunda la impresion que nos causó. Las cosquillas que al pobre jumento le hacia el palo eran menos vivas que las que nosotros sentiamos.... salvo la comparacion.

—Bien dije yo que íbamos á levantar la caza, murmuró el jefe de mis partidarios, que era Geromillo Birli, mi mejor amigo de la infancia, el hijo del maestro de escuela, por mal nombre Bellota, á causa de su estatura y de su cuerpo rechonchete. Ahora se llamaba D. Gerónimo, porque habia tenido la habilidad de casarse por lo civil con una viuda algo rica, que habia sido ama de un canónigo, cuando los canónigos tenian amas ricas, y le mantenian sin trabajar, hecho un señor. Me abrazó tres ó cuatro veces, y me fué presentando uno á uno á los ocho jayanes que le acompañaban, todos electores influyentes, que de cada bolsillo podian sacarse en un apuro mil votos lo menos

—Este caballero es D. B. de V., que dispone enteramente del pueblo de San Jinojo.

—Muy señor mio y amigo, le decia yo; celebro esta ocasion....

Y le alargaba, la mano y D. B. de V. me daba un apretón y un gruñido.

—Este es D. X. de Z., que en el pueblo de Malhondo puede llevarse las urnas á su casa.

—¡Oh caballero!...

Y se repetia el apretón.

Así fuimos pasando la revista de ocho pueblos y ocho manos, que parecian de mortero. Allí estaba lo más granado del distrito, aunque la mayor parte de aquellos nombres nunca hubiesen llegado á mis oidos; pero empezaba ya á connaturalizarme con los fenómenos del sufragio universal, y no era grande la impresion que me hacian. Al contrario, la seguridad de contar con ocho tan respetables influencias, que me aseguraban por lo menos la tercera parte de los votos del distrito, me ensanchó el corazón, un tanto oprimido á la verdad, por la conferencia con mi hermano; y más cuando añadió Geromo:

—Todos son partidarios tuyos hasta la pared de enfrente, no sólo porque te estiman por tus antecedentes en el pueblo, sino porque están entusiasmados con tu libro *Olla podrida*, que creen una delicada apoteosis de la Revolucion.

—Y lo es en efecto, amigos míos, dije aprovechando esta ocasion de pronunciarles un discursito al alma; pero mayor apoteosis y más completa la encontrareis todavía en mi síntesis política, en el programa que traigo pensado, que será el lábaro salvador que nos lleve á la victoria.....

—Nos esperan á almorzar , dijo mi hermano con un humor de perros.

Salimos de la estacion paso entre paso , acompañados por la turba multa que allí bullia , y que más de una vez me hizo contemplar de reojo sus sonrisas y sus miradas , que juro á Dios me parecieron sardónicas al vislumbre. Entre mis propios partidarios sorprendí tambien algun cuchicheo desagradable.

—¿Es por fin candidato ministerial? preguntaba D. B. de V. á D. X. de Z.

—Sospecho que no , respondia el de Mamalhondo , porque el Alcalde acaba de decirme que no ha recibido aviso ninguno del Gobernador.....

—Ta , ta , ta , repicaban con la lengua , á coro , el sanjinojano y el mamalhondeño.

En la carretera alcanzamos al hombre del burro , que caminaba muy despacio detrás de su compañero , haciendo eses los dos , y él (no el burro) con las manos á la espalda y la vara sobre los riñones , iba cantando , ó por mejor decir , gruñendo , porque no tenia la lengua muy espedita.

—Yo conozco esa voz y esa mala facha , dije á Bartolo.

—Ya lo creo , y él te hubiera tambien conocido á no venir.... Es la hora del aguardiente. A ese pobre muchacho lo han perdido con hacerlo secretario del club , porque dicen que sabe escribir. Vino del servicio hará dos meses.

—¿ No es el hijo de aquel sacristan que se cayó de la torre?... Pero... ¡ calle! ¿ qué es lo que canta?

—Mientras quede un cura vivo,  
y un rey, y un rico en la tierra,  
no habrá *pa* los liberales  
*felicidá* verdadera.

—¡Aprieta!, bárbaro! exclamé con indignacion. Él, menos que nadie, debiera cantar semejante copla. ¿No le dejó el pegujal que tiene, el señor cura difunto?

—Ni sabe lo que dice, repuso Bartolo. Esas cosas las aprende en el club, como un papagayo. Cuando se cansan de hablar disparates y de beber vino, cada uno echa su tonáa, como ellos dicen.

—¿Con que hay club tambien aquí? repuse preocupado; que á la verdad iba sintiendo al acercarme á los patrios lares, una especie de repulsion instintiva.

—Sí, hay un club en la escuela, que lo preside el maestro.

—¡Tu padre! exclamé volviéndome hacia Gerónimo.

—Sí, tengo ese disgusto, respondió friamente el caballero Birli, colocándose entre los lábios un papel de cigarro, mientras desmenuzaba el tabaco para hacerlo en la palma de la mano. Como el pöbre ya chochea, entre el médico y el albeitar me lo han hecho republicano, para tener á su disposicion la escuela, que es, como sabes, espacioso local; pero no hay cuidado por eso ¿verdad, don Agapito? añadió dirigiéndose á mi hermano; es hombre de bien y se deja manejar por nosotros.

Agapito no respondia y esto me dió en qué pensar. Llegamos á casa, donde las primeras horas se

pasaron en abrazos, en saludos, en apretones de manos. Mi candidatura tenía entusiasmada á toda la parentela, excepto á mi madre y á Agapito, que se sonreían tristemente cada vez que mis hermanas me llamaban:—*el diputado* por aquí, *el diputado* por allá.

Mis partidarios, según la campanuda frase de Geromero, almorzaron en nuestra compañía; pero la locuacidad de las mujeres no nos permitió al principio hablar nada de provecho. Las muchachas se veían ya emperegiladas como cordero de rifa en el Teatro Real, y que se preguntaban todos los pollos:—«¿Quiénes son aquellas forasteras tan guapas?»—«¡Tóma! las hermanas y las primas y las sobrinas del diputado «Barvic.»—«!Oooohh!»

Por mi parte confieso que no me disgustaba la escena, que me hizo olvidar el club y su secretario, aunque se pareciese no poco al sainete de *Las aceitunas*, pues por si habían de ir de mantilla ó de sombrero á la apertura de las Córtes, movieron una disputa que hasta lágrimas hubo, y fué preciso que interviniera mi buena madre, que las contemplaba con una sonrisa tan diferente de la mia, como es un entierro diferente de una boda.

A los postres se pusieron mis agentes electorales tan expresivos, que las pobres muchachas, sin ocultar su sentimiento, nos dejaron solos. Habíamos necesitado, por ser el calor sofocante, abrir la ventana, y un tropel de granujas agarrados á la reja como zánganos al colmeno, con sus tonterías y sus indiscrecciones nos molestaban, interrumpiéndonos alguna vez; pero el

rico vino de mi bodega nos hacia prescindir de aquella inconveniencia social. Ya habia iniciado Geromo la seccion de los brindis, y ya sus lacónicos compañeros empezaban á ponerse del color de los lacayos de S. M. cuando el alguacil trajo el correo para el Alcalde, que consistia en un pliego del gobierno de provincia.

—Me huele á elecciones, dijo Bartolo.

—Por cierto, añadí yo, que tambien espero carta del señor Gobernador.

—¿Le conoces? exclamó Geromo con alegría.

—Sí, me ha vendido más de un libro de esos que mi mujer dice que huelen mal.

—¿Le habrás pedido ayuda para la eleccion?

—No por cierto. Me limitaba á anunciarle mi candidatura, y en nombre de nuestra antigua amistad, á esperar de él, no proteccion, sino justicia.

—¡Cosa más particular! refunfuñó Bartolo, que estaba leyendo el pliego.

—¿Anuncia el candidato ministerial? le preguntó Bellota.

—Al contrario, replicó el Alcalde profundamente disgustado; me dice que no lo tiene el Gobierno ni tampoco él, lo cual es bien chocante en un gobernador, y que por ende el porvenir de los principios liberales aconseja votar....

—A mí, por supuesto, exclamé reventando, porque tenia la boca llena de uvas. Bien hice en escribirle. Es un buen amigo.

—Al republicano, dijo el Alcalde secamente. Mira. Y me alargaba el papel.

—; Al republicano! repitieron todos con un palmo de boca abierta, y dejando caer, quien el vaso, quien el mendrugo que en la mano tenia.

—Primero dejo la vara, murmuró el Alcalde.

—¿Con que tú has visto por Madrid al rey Amadeo? me preguntó mi hermano, con una sorna capaz de levantar de patillas á un guarda-canton.

—No tiene sangre en las venas si consiente eso, añadió mi madre.

Iba á contestar á Agapito ciego de rabia, cuando una voz varonil, pero cascada, nos metió esta coplilla por entre las rejas del comedor:

¿Cuándo querrá Dios del cielo  
que la tortilla se vuelva,  
que los pobres coman pan,  
y los ricos coman.....

—; Hijo de tu madre!... exclamé cogiendo un plato para arrojárselo al cantor.

La mia, cuyo rostro revelaba una mezcla de terror y sorpresa indescriptible, me cogió por el brazo.

—No ha sido un muchacho, dijo en voz baja; ha sido un hombre.

Y me hacia señas indicándome á Geromo, que se habia vuelto de espaldas á la ventana, más blanco que el mantel.

—Ha sido el maestro Birli, añadió mi madre.

Hice un esfuerzo, pues me habia quedado inmóvil de disgusto, y como la estatura de Bellota lo permitia, por encima de su cabeza miré á hurtadillas por la ventana... En efecto, pegándose como una lagartija á

las tapias de mi huerta, se deslizaba el viejo chocho, reventando de satisfacción, que aun pude oír las carcajadas soeces que reprimía.

Mi madre y mi hermano salieron del comedor.... pienso que á llorar juntos. Bartolo tambien se despidió hasta luego.

—Mirándolo bien, murmuró Geromo, en voz insegura todavía, nos conviene que el candidato ministerial sea el republicano, porque así tendremos á todos los hombres decentes de nuestra parte. Propongo un brindis á ese Gobierno y á ese Gobernador, que hacen su candidato á un aprendiz de peluquero.

Mi pobre agente electoral procuraba aturdirse y aturdirnos; pero no fué él quien lo consiguió, sino el cartero, que en aquel momento entraba con una carta para mí.

—Ya empezamos á recibir noticias, añadió Gerónimo con su locuacidad forzada.

—Es del Gobernador, dijo el cartero, muchacho curioso, que tenia cara de lechuza, y quizás habia leído la carta.

Yo la abrí maquinalmente, pues todavía la copla me estaba retumbando en los oídos; pero á los primeros renglones desarrugué el entrecejo, lanzando una exclamacion de gusto y sorpresa.

—¿Nos apoya? ¿nos apoya? preguntaron todos

—Creo que sí... nos apoya... como puede... Pero déjenme Vds. acabar.

La carta estaba concebida en estos términos:



«Muy reservada:

Mi distinguido y antiguo amigo:

»Es en mi poder su favorecida, que me causa gran sorpresa con la noticia de su presentacion por el distrito de Lobera, cosa enteramente nueva para el Gobierno y para mí. Seria mayor mi satisfaccion, si V. fuese candidato ministerial, porque así podria pagarle antiguas deudas de gratitud, como deseo, y V. probablemente espera,—(subrayado)—lo que ahora no puedo hacer sin faltar á mis deberes oficiales. El Gobierno tiene compromisos con los republicanos, y como en ese distrito no se presenta candidato ministerial, siendo el de aquel partido persona digna y aceptable, que convendria atraérnosla, tengo orden de prestarle mi apoyo á raja tabla. Aunque ya he tomado al efecto algunas providencias, no se alarme usted; es sólo por cubrir el espediente, y para dar tiempo á que V. negocie en Madrid la aceptacion por el Gobierno de su candidatura. Esto se lo aconsejo como un buen amigo, pues en caso contrario, ya comprende V. cuales serian las exigencias de mi posicion.

»Tambien voy á permitirme indicar á V. mi opinion sobre algunas apreciaciones de su carta. A esto me autoriza el presentarse V., segun me dice, como hombre nuevo, ageno á la política y deseoso del acierto. Creo que no debe V. hablar mucho al cuerpo electoral de catolicismo ni de monarquia, que son ideas gastadas, que ya no hacen efecto. La Iglesia española y los poderes públicos, sin definirlos, suenan mejor á nuestras masas democráticas, sedientas de libertad y progreso, que han declarado á Amadeo el último rey, y á Pio el último Papa. Yo en conciencia por mi parte, aunque el Gobierno me lo mandara, que no me lo mandaria, le hago esa justicia; á un candidato que

»enarbolase tan vetusta bandera no le prestaria mi  
»apoyo oficial ni particular.

»Esto me recuerda que hace V. verdadero abuso de  
»la palabra *liberal*, tan gastada como las otras, y más  
»que gastada, reaccionaria á todas luces. Lo que menos  
»puede un hombre ser hoy es liberal. En el estado de  
»la ciencia política, y bajo la monarquía transitoria que  
»nos impuso el general Prim, por zafarse de sus com-  
»promisos con Montpensier y de otras cosas que V. sa-  
»brá, se comprende el socialista, se comprende el petro-  
»lero, el republicano, el radical, el carlista, el alfonsino;  
»pero ni aun como escepcion, ni aun como fenómeno,  
»se comprende el tipo soso, deslabazado é insustancial  
»de aquellos simples doceañistas, que hacian de la liber-  
»tad un ídolo chino, panzudo y mofletudo, pintándola  
»al lado de la justicia, con su balanza á la derecha y  
»para mayor bobería las columnas del *non plus ultra*  
»en lontananza. No señor: hoy la libertad ha de impo-  
»nerse por medio de sabias instituciones, que ya vamos  
»en España comprendiendo, gracias al gran partido  
»en que tengo la honra de militar.—Imponerse he  
»dicho, porque los pueblos están envilecidos por el  
»oscurantismo de tantos siglos, y podrian consentir,  
»si nuestras instituciones no se lo impidiesen, que se  
»nos impusiera á nosotros algun sistema desacredita-  
»do. En una palabra, amigo mio, los reyes sólo pue-  
»den servir ya en los desenvolvimientos de la ciencia,  
»para abrir á la humanidad las puertas de la demo-  
»cracia, y los liberales, para hacer tonterías, como la  
»de Vicalvaro y Alcolea, ó dicho más claro, para poner-  
»nos á nosotros el puchero.

»Disimúleme V. esta franqueza, en gracia á mi  
»buen deseo. Yo celebraria convencer á V. de la efi-  
»cacia de los grandes principios que representa la si-  
»tuacion, y que los abrazase con el entusiasmo que yo  
»lo hice desde el momento que fuí Gobernador, abando-  
»nando por servir al país mi grandioso establecimiento

»de Santo Tomás. El ilustre autor de *la Olla podrida*  
 »debe comprender mejor que nadie estos argumentos  
 »prácticos y concluyentes. Crea V. que el porvenir es  
 »de la democracia, y que esta vez no nos echa nadie,  
 »porque no consentiremos, celosos defensores del de-  
 »recho y la libertad, que la monarquía ni cualesquiera  
 »otro elemento gastado, prescindan de nosotros,  
 »únicos capaces de labrar su felicidad, aunque sea  
 »á golpes, que así se labra el diamante.

»Es de V. afmo. amigo S. S. Q. B. S. M.

*Blas Gil.*»

Doblé la carta lentamente y me puse á cavilar. Mi pobre síntesis me daba en la memoria gemidos lastimeros y en la conciencia nerviosas sacudidas. *Católico, monárquico y liberal.* ¡Antiguallas pasadas de moda, como las armas de España y las columnas de Hércules, como la gabota y el pantalon colan! ¡Ideas caducas, impotentes, vacías! ¡Qué desengaño!

Pero ¿cuales eran las que Blas Gil me recomendaba? Porque yo no comprendo bien lo que es la democracia en acción, así como comprendo perfectamente lo que es la demogógia, desde el sitio de París, y aún en mis cortos estudios las había á una con otra confundido, como dos hermanas gemelas. El Gobernador me hablaba de sus instituciones, y yo no he visto funcionar más instituciones democráticas que la partida de la porra, la Tertulia, los fusilamientos de Andalucía, las manifestaciones que arrojan lodo á los niños de Amadeo, piedras al Alcalde de Madrid, navajas *largotas* á las narices del Gobernador, y veré probablemente el Jurado, si Rivero, presidente de la comisión,

sigue tomándolo á pechos, que es como le gusta á él tomar las cosas. En cuanto al sufragio universal y los derechos individuales, como todos los autores me dicen que son incompatibles con la monarquía, no los puedo creer institución democrática, á no ser un mito el rey Amadeo. Pero ¡que diablo! ¿no había creído también un mito los candidatos ministeriales?

La presencia de mi hermano me sacó de estas graves meditaciones.

—Ahí has tenido, me dijo, un recado de D. Felipe. Que le dispenses, pues se ha marchado ayer á Cádiz á un negocio urgentísimo.

—¡Ah! sí, añadió Geromo; pero creo que contaremos con la gente de su fábrica para la elección.

—Tampoco ha venido D. Eleuterio á verme, añadió meditabundo.

—Está fuera, respondió una voz.

—Siento que un hombre de tanta influencia....

—Hoy vale bien poco, añadió Bellota.

—¡Poco un propietario de 10.000 duros de renta!....

—¿Y qué es eso para el sufragio universal? Hoy escasamente contará con su voto y el de los criados caseros, pues los del campo son republicanos....

—Ni ha venido el señor cura...

—Mejor, que es un reaccionario.

—Pero el abogado D. Cosme, que tampoco ha venido....

—Tiene *vista* en la Audiencia. Me dejó dicho que lo sentía, pero quizás no pudiera volver hasta después de las elecciones.

—Ese sí que vá á hacernos falta, exclamé. ¡ Un hombre tan respetable! ¡tan inteligente! ¡tan querido en el pueblo!

—Al contrario, repuso Geromo; desde que perdió el pleito del albeitar le ha puesto el club la proa y lo tienen hundido. Esa gente cayó con el sufragio universal, y es á las veces utilísimo que se pongan en contra, porque así el pueblo no desconfía del candidato. Ellos no saben manejar esta máquina, y acá lo sabemos bien. Ya me ves á mí, añadió poniéndose en jarras con las manos en los bolsillos del chaleco. Sólo tengo cuatro pegujales en comparacion de lo que ellos tienen, y meto en la urna 500 votos como 500 soles. ¿Por qué? porque no le hago ascos al sufragio universal, ni le tengo miedo, y si es preciso voy á la taberna ó al club á buscar votos, mientras á los ricos les dá vergüenza pedirles un favor á sus criados, les guardan inquina por sus habladurias del club, sin comprender que se les vá la fuerza por la boca. Ahí tienes á tu hermano, añadió bajando la voz y señalando á Agapito, que se salía por la puerta afuera con su acostumbrado talante de mal humor; ahí tienes á tu hermano que es el hombre de menos pecho que he visto en mi vida. Él y tu madre lo ven todo negro desde la gloriosa, y piensan que nos vá á tragar la tierra el dia menos pensado. Cada vez que se reune el club les dá calentura, y si hay manifestacion atrancan la puerta. Yo por el contrario, he aprendido que los males de la libertad se curan con la libertad misma; y cuando corre el pueblo borracho por ahí, cantando coplas, le abro mi bodega.

Se habrá reparado que los otros amigos de Bartolo no despegaban sus labios. Así es la verdad. Si la estatua del Comendador tuviera acompañamiento, de semejantes hombres se compondría; hombres de estos que se acostumbran á que piense y obre por ellos otro, que llaman las mujeres mangonero, y los políticos mullidor ó notabilidad de campanario. El coro de mi amigo Bellota se entusiasmaba con las palabras de éste, ó abría los ojos tamaños como huevos, ó á lo sumo, á lo sumo, se permitía menosílabos como *bien—corriente—en efeuto*; y cada vez que hacia semejante esfuerzo, para descansar metía uno de ellos los dedos en mi petaca é iba repartiendo cigarros á sus colegas. Birli por su parte conservaba como herencia paterna aires y tonillo de pedagogo.

Sin embargo, al hablar del club todas las diez y seis cejas de los ocho grandes electores se habian arrugado extremadamente á un mismo compás, y uno de ellos, D. B. de V. se atrevió á decir:

—Pero esta vez..... esta vez..... el republicano viene.

—Si es candidato ministerial, replicó Bartolo, tendremos que apretar los puños; pero yo he de verlo para creerlo, pues aunque esta gente no tiene rey ni ley, la cosa pica en escándalo.

—Pues yo lo doy por hecho, dije recordando la carta, aunque pienso que el Gobernador no se matará por él. Parece que el republicano es hombre apreciable, y el ministerio quiere atraérselo.

—¡Apreciable! repitieron todos.

—Era barbero, dijo una voz.

—Peluquero, repuso otra.

—Aprendiz, señores, aprendiz de ambas cosas, añadió Geromo.

—Pero ¿cómo ese hombre ha podido hacerse aquí tanto partido? pregunté yo.

—Nadie te lo explicará, repuso Bellota; y hasta lo ignoran ciertos periódicos de Madrid, que le han tomado por su cuenta en la gacetilla. Aquí vino por la feria de 69 á comprar pelo para la peluquería de su amo, que hace con moñas y trenzas postizas gran negocio. La cosa chocó sobre manera á las mujeres, y como él es guapo y fornido, les agradaba. Luego tiene una lengua, que por nada del mundo se detiene, badojo de campana que toca del lado que le dan. A la sazón se hallaba el médico formando el club y el albeitar le servía de Cirineo. Este, según se dijo, fué á vender al peluquero una cantidad de cerda, pensando engañarle, y estuvieron para darse de navajazos; pero como suele suceder entre tales gentes, á la postre quedaron amigos. Un día, que estaban los tres leyendo entusiasmados en un periódico de Madrid, que era una monserga la Santísima Trinidad, dijo el médico interrumpiendo la lectura:—«Ahora que nadie nos oye, y que puede uno pensar libremente, gracias á la gloriosa revolución, voy á decir á ustedes que yo creo eso á puño cerrado, como creo en la trenza chamuscada que descubrió mi amigo Echegaray en el quemadero de Madrid. Es preciso abrir los ojos, aunque la clerigalla rabie y patalee. He hecho muchas autopsias, y ni una sóla vez he encontrado el alma con el escapelo.»—«¿Cómo habia V. de encontrarla, repuso inmediatamente el

»flebotomiano, ¿cómo había V. de encontrarla en las  
»cornucopias, si el alma no es más que el calorífero de  
»las vísceras pensantes, que se dilucidan al exhalar los  
»alimentos vitalicios?»

Yo solté una carcajada, que hizo entrar á mi madre en la habitación, creyendo que me había dado un accidente.

—Lo contrario que tú hizo el albeitar, prosiguió Bellota, pues vertiendo de entusiasmo lagrimones como puños:—«Ginesillo, le dijo, (se llama Gines) dáme esos cinco. ¿Por qué no vienes al club á enseñar al pueblo esas grandes verdades?»—«Cuando tú quieras, contestó el peluquero.» Lo demás se explica por sí mismo. Dos veces le han elegido diputado. Le mantienen en Madrid á cuerpo de rey, con el producto de una suscripción semanal de dos cuartos, que paga religiosamente cada jornalero del distrito. Las mujeres se vuelven locas con él, porque les ha hecho creer que por su influencia se han suprimido las quintas. Las entiende, eso sí, que les pronuncia unos discursos de á kilómetro, donde las vísceras pensantes alternan con el maternal pentágrama, desgarrado por el cántaro del tributo sanguinolento. Les dice que come con Zorrilla, que bebe con Rivero, y yo mismo le he oído asegurar que D. Amadeo le hizo una visita, y él en persona le contestó que no estaba en casa. En fin, tu presenciarás, si viene al distrito, como se espera, espectáculos dignos del circo de Price en día de fiesta radical.

—Mirándolo bien, murmuré yo, afrenta y humilla al mejor liberal del mundo, ponerse frente á frente de

esos Ginesillos de Pasamonte, domadores de la bestia del público, porque saben henchirle mejor el pesebre. Se me quitan las ganas de entrar en tan vergonzosa competencia.

—Eso dice tu hermano, saltó mi madre, y debias seguir su consejo, Barvic.

—¡Quite V. de ahí, señora! repuso el capitán de mis partidarios; si hasta la presente nos ha vencido es porque no teníamos un candidato de verdadera fuerza, de prestigio en el país; pero esta vez... ya verá V., ¡ya verá V. qué zurra lleva el ¡peluquero! Nos han de sobrar mil votos, respondo con mi cabeza.

—Hijo, prosiguió mi madre, comprendiendo sin duda la situación de mi espíritu ¿por qué no duermes la siesta? debes estar rendido.

—No me vendría mal, repuse adivinando su cariñosa intención. He pasado una noche de perros.

—Sí, sí, dijo Bellota, aunque muy contrariado, tomando el sombrero y encasquetándose, operación que repitieron como un sólo hombre sus ocho amigos. Necesitas descansar un rato. Quedamos en reunirnos á prima noche para arreglar los trabajos, repartir los papeles y disponer el viaje al distrito, pues no hay tiempo que perder. ¡Pasado mañana empieza la lucha!

—¡Quedamos! repetí yo, que no había quedado en nada, y aun empezaba á vacilar en mi propósito.

Mi madre me hacia señas para fortalecer mi energía.

—Es imprescindible. Mira, añadió sacando un papel; ya tengo aquí trazado mi plan, y hecho el cóm-

puto de votos, que no falla en 50. ¡Si lo que yo he trabajado en estas 48 horas!.... Con decirte que ya está corriendo tu candidatura por todos los pueblos, y dentro de dos horas tendremos 10.000 impresas. Siempre habré escrito ¿no es verdad, señores? añadió dirigiéndose á su coro, que todo él á un tiempo bajó la cabeza; siempre habré escrito sus 1.500 cartas.... Mira....

Y que quieras que no, me hizo pasar los ojos por una especie de mapa, donde se hallaban clasificados los 20 pueblos del distrito, no sé cómo, porque no veía.

—Sí, sí, luego estudiaremos eso despacio, le dije por despachar. No puedo con el alma.

—Hijo, murmuró mi madre, vas á ponerte malo.

—Este cuadro facilita mucho nuestra tarea, prosiguió Birli, resistiéndose á soltar su presa; presenta á un golpe de vista....; pero te estás durmiendo. Hasta luego.—Señores, nosotros á trabajar.

Efectivamente, se me cerraban los ojos y ya de puro aburrido y mareado me daban vértigos aquellos ocho angelotes, que no hacían sino mirar al techo, fumar cigarros y dejarse presidir por Geromo, como ovejas con churro. Caí sobre un sofá sin apercibirme siquiera de que mi madre cerraba de puntillas la ventana; sin sentir en la frente la grata y dulce humedad de un beso, que sin embargo oí, allá, dentro del corazón, perfectamente, como si fuera el aleteo del ángel del sueño trayéndome al espíritu reposo y calma.

Cuando desperté á la caída de la tarde, estaba la

pobre viejecita sentada á mi lado en el sofá, contemplándome con angustia. ¿Qué quería? pronto me lo dijo.

—Barvic de mi alma, no te metas en la política, que se ha acabado la religion en el pueblo.

—Señora, balbuceé yo á medio despertar, eso no es posible. Si se hubiera acabado la religion, nos devoraríamos unos á otros.

—¿Y tanto falta para devorarnos? ¡Si tú vieras qué cosas se dicen en ese club!.... ¡Si tú vieras qué proyectos se hacen!

—Pero ¿por qué Bartolo no lo prohíbe? dije yo incorporándome y encendiendo un puro. El derecho de asociacion no es el derecho de blasfemia, el derecho de insulto, ni el derecho de desmoralizar á las masas. Desengáñese V. que tenemos un Alcalde muy para poco.

—¡Prohibir! replicó mi madre abriendo la ventana. ¡Buen réspice le echaria el Gobernador! Y los republicanos le arrastrarian. ¿Sabes lo que dice el pobre muchacho? que hoy es preferible estar en presidio á ser Alcalde. ¡Más veces le ha pesado cojer la vara! ¡Pues si por mucho menos que eso nos dan unos sustos!... figurate que los sábados, cuando cobran el jornal, casi todos los del club se emborrachan y andan por esas calles cantando unas coplas.... mientras sus pobres hijos se mueren de hambre, que nunca ha habido tanta miseria en el pueblo. ¡Y pensar que las mujeres son las peores!...

—Otro medio hay para cerrar el club, añadí, fijando la atencion en un rumor sordo, que á lo lejos se oia,

El maestro es funcionario municipal. Que el Alcalde le llame al órden; que le quite la escuela en último caso. Es un escándalo que el templo de la ilustracion, consagrado á la niñez inocente, lo profanen pasiones tan inmundas.

—Sí, sí, facilillo es eso. Ya ha querido hacerlo Bartolo, aunque le costara reñir con Bellota, que en mi concepto es tan peine como su padre, que están haciendo una comedia y se han repartido los papeles.....

—¿Cree V. que Geromo?... exclamé yo indignado.  
¡Imposible! malicias de aldea.

Iba aumentando el ruido de la calle en tanto grado, que mi madre se dirigió con inquietud á la ventana, en el momento en que la puerta se abria, y Bartolo y Agapito entraban en la habitacion algo sobresaltados.

—¿Qué ocurre? les pregunté.

—Creo que tendrémós manifestacion, porque se ha reunido el club para protestar contra tu venida.

—¡Cielos! exclamó afligida mi madre. Tendrémós jarana. Vendrán á rompernos los cristales.

—No será mientras yo empuñe este baston, dijo Bartolo. No hay que asustarse. He enviado al alguacil á indagar noticias, y pronto sabrémos la verdad. Parece que estaban de acuerdo con el Gobierno de Madrid para que se dejase á los republicanos este distrito, y creen que les ha hecho traicion, y que tú eres candidato ministerial.

—Entonces no hay cuidado, repliqué yo, aunque á la verdad estaba inquieto, pues nunca me habia pasado por las mientes provocar una reunion extraordinaria.

naria de un club republicano. Tranquilícese V. madre. Esa es nube que pasará, cuando sepan que no soy candidato del gobierno, ni quiero serlo. Voy á salir ahora mismo á decírselo á todo el mundo.

—¡No salgas por Dios!

—A nosotros nos quieren en el pueblo. No hemos hecho mal á nadie, sino muchos favores. Veré tambien al maestro de escuela, y su hijo no ha de consentir....

—No te fies, murmuró mi hermano.

—Se dice, añadió Bartolo, que el maestro es el que ha alborotado el club, porque sabe por su hijo que eres amigo del Gobernador.

—¡Eh! ¿qué tal? repuso mi madre. Ese tuno de Bellota.... le voy á poner como un trapo.

—Nada tiene de particular que le haya dicho.....

Pero la entrada del alguacil me interrumpió.

—¿Qué ocurre, Carranza? dijo el Alcalde.

—Están todos en el ferro carril. Ha venido Ginesillo.

—¡Su candidato!

—Si señor; pero no viene de Madrid, viene de la capital, de conferenciar con el Gobernador..... están muy contentos. Ya saben que V. no es candidato ministerial, añadió dirigiéndose á mí. Antes le habian puesto un telégrama al Directorio, y la contestacion ha sido horrible.

—¡Horrible! repitió mi madre cruzando las manos.

—Que no consientan otro candidato, aunque tengan que pegarle fuego al pueblo.... que para eso el Gobierno los apoya.

—¡Viva la libertad! murmuró el Alcalde.

—Y el rey Amadeo, añadió mi hermano.

—¡Hijo mio, por Dios, márchate á Madrid!

En esto se oyó una voz que cantaba en la calle:

    Mi mujer está descalza,  
    mis hijos me piden pan....  
    ¡cuánto tardas, cuánto tardas,  
    república federal!

—¡Jesús! dijo mi madre. Voy á guardar los cubiertos.

Todos nos lanzamos á la ventana.

—¿Quién habia de ser? exclamó el Alcalde. Ese holgazan del tio Cangrejo, que prefiere morirse de hambre á ganar un jornal.

Pero él nos habia visto, principalmente á Bartolo, que estaba en primera linea, y apretó el paso; más sintiendo luego que venian tras él otros hombres, húbole de parecer sin duda vergonzoso abandonar el campo, y se arrimó á la pared mirándonos frente á frente con insolencia, donde se puso á cantar:

    Asómate á esa ventana  
    verdugo de liberales,  
    que aquí traigo la escopeta  
    para mejor saludarte.

—¡Verdugo yo!.... murmuré con la sangre helada.

—Es á mí, dijo Bartolo.

—A mí, replicó mi hermano, que le tenia arrendada una tierra y he tenido que quitársela porque no la labraba.

—Es á mí, no lo duden Vds., añadió el alguacil, que le llevé á la cárcel el otro día, porque robó la petaca á un panadero.

Entre tanto se habian reunido unas quince ó veinte personas entre hombres y mujeres, que regresaban del ferro-carril alegres como unas pascuas. Nos retiramos de la ventana sin cerrarla, aunque se oia en el resto de la casa grande estrépito de puertas, llaves y cerrojos.

—¡Pues no quitan las macetas del balcon! dijo en la calle una voz de mujer. ¡Si comerémos los probes yerba güena!

—Dile á las muchachas, grité á mi hermano, que no hagan tonterias, que se estén al balcon.

—Voy á armar á los criados, replicó Agapito saliendo.

—Yo tengo mi revolver de diez tiros.

—Todo el mundo quieto, exclamó Bartolo ¿Para qué soy yo Alcalde y jefe de la milicia?—Carranza, dijo al alguacil, haga V. entender á esos brutos que no estoy dispuesto á consentir semejante escándalo.

Pero las coplas no cesaban. Una voz borracha, que se caia á pedazos, cantó esta:

Mi trabuco me decia  
al limpiarlo la otra tarde:  
«ya llegan las elecciones  
«y hay que sacar federales.»

Otra voz de mujer, desgarrada y estridente, metió esta otra por la ventana:

Si nos cumplen la palabra  
Zorrilla, Rivero y Martos,  
le pondremos á Amadeo  
el pasaporte en la mano.

Y por último, un zagalon medio tísico, con la cara  
llena de costurones y de lepra, echó tambien por aque-  
lla boca podrida este cantar:

Me dan cuatro mil reales,  
y seis fanegas de tierra,  
si me hago republicano  
y no voy nunca á la iglesia.

—Señor Alcalde, dijo el alguacil volviendo, una  
comision del club quiere hablar con V.

—¡Para oír tonterías estoy yo! respondió Bartolo.  
Que vayan á la noche á casa, y que se lleven pronto  
á esa gente de ahí, ó mando llamar á los civiles....

—Es que dicen, añadió el alguacil, que traen un  
oficio urgente del Gobernador.

—¡Del Gobernador! eso debe ser mentira.

—Lo ha traído Ginés.

—Que se lo den á V.

—¿Querrán?

—V. pídaselo.

Entretanto, los de la ventana, que debieron de  
oír algo de nuestra conversacion, habian cantado esta  
copla:

Al cabo de los civiles  
le tengo de dar un tiro,  
que dice que la república  
se proclamará en presidio.



Carranza volvió con el papel.

—No creí que lo soltáran, dijo; pero me han jurado que si no se lo vuelvo á llevar pronto...

—En efecto, es del Gobernador, dijo Bartolo, desdoblándolo, que estaba arrugado y súcio.

Todos contemplábamos con ansiedad al Alcalde que leía. Sus exclamaciones de sorpresa y sus gestos de desagrado nos contristaban.

—Esto no se hace con negros de Guinea, exclamó al concluir. Ganas me dán de romper este baston, símbolo de una autoridad envilecida. Toma.

Y me alargó el papel.

Yo leí dudando de mí mismo.

—Repone al Ayuntamiento caído...

—¡El republicano, el que preside el albeitar, el que autorizó el reparto de la dehesa y el asesinato del dueño.....

—Pero ¿no estaba encausado?

—Y ¿qué importa eso?

—¿Es posible? dijo mi hermano. ¡Volverémos á tener puñaladas todos los días, y todos los días la milicia en la calle!

—¡Y me decia que no me alarmára, el pillete del gobernador! ¡Vaya un modo de cubrir el expediente!

—La milicia, repuso Bartolo, queda disuelta.

—Es verdad, añadí yo; aquí lo dice...—«disuelta, »y para garantía del orden público tan amenazado »en esa poblacion por los manejos reaccionarios, se »formará una compañía de 30 peseteros, bajo el »mando de Cristóbal Sanchez.....»

—¿Quién es éste? añadí interrumpiendo mi lectura.

—¡Cristóbal Sanchez! exclamó mi hermano. ¡El tío Cangrejo! ese borrachon perdido de las coplas.

—Decididamente mi candidatura, exclamé con decision, os vá á traer todas las plagas de Egipto. A Madrid me vuelvo.

—Haces bien, dijo Agapito, abrazándome. No están los tiempos para que personas decentes y honradas se mezclen en elecciones. El presidio suelto de aquel ilustre general, que cerró los ojos al mundo por no ver las desgracias de España, ha venido á enseñorearse del país y está tratándonos á todos como presidiarios. Haces bien en marcharte, hermano mio, si no quieres ver hundida tu casa y tu pobre madre muerta de pena.

—Al contrario, dijo Bartolo, que se paseaba por la habitacion, sombrío como una fiera en su jaula. Ahora no te irás. Yo tomo tu eleccion por mi cuenta. Pues qué ¿hemos de ceder el campo sin luchar, á esa turba de advenedizos y mentecatos, que no tienen más fuerza que nuestra cobardía? ¡Yo no sufro sin vengarme la afrenta de dejar mi silla municipal á un hombre encausado, aborrecido en el pueblo, que apalea á su mujer y tiene á su último hijo sin bautizar! Yo, hombre que nunca ha dado que hacer á los Tribunales, primer accionista de la fábrica de D. Felipe, donde comen todos los pobres del pueblo, yo, suplantado por el albeitar, que sólo sirve para pervertirlos! Ese imbécil Gobernador no sabe lo que ha hecho. Le llevaré al Tribunal Supremo, le pondré el mismo grillete que él le quita al nuevo Alcalde..... y le ganaré la eleccion.

—¡Bartolo...!

—Considera... murmuró mi hermano que estaba literalmente espantado.

—Lo dicho, dicho. Si vosotros no teneis valor para gastaros una talega, yo me gastaré diez por el honor de la familia.

—¿Viene ese papel ó no viene? dijo una voz desde la ventana, en tono arrogante y grosero.

—¡El albeitar! murmuró mi hermano.

—Sí, señor, dijo Bartolo acercándose á la ventana, verde de cólera. El papel y el baston y la Alcaldía. Ahí van.

Y se los arrojó á la cara en medio de la calle. Afortunadamente para nosotros y para el órden público, Bellota y compañía desembocaban en aquel momento en direccion á mi casa, de suerte que cuando los republicanos, repuestos de la sorpresa, se preparaban á vengar aquel insulto, lanzando gritos de petróleo y destruccion, plantóse mi amigo en medio de ellos y se puso á predicarles. Su padre estaba allí, como del nuevo Ayuntamiento, que era síndico.

Nosotros habiamos cerrado la ventana. Saqué de mi maleta el revolver, y Bartolo y Agapito se prepararon tambien á la resistencia; pero el peligro habia desaparecido. Los republicanos se fueron silenciosos á tomar posesion del Ayuntamiento, dejar cesantes á todos los empleados, é incautarse de las arcas que esperaban encontrar llenas, por lo mismo que ellos las habian dejado vacías. Cuando abrimos la puerta á Bellota y mis electores, se les presentó en *la colada* de mi casa un cuadro imponente. Hasta el sexo femenino, menos mi madre, que en un rincon lloraba como una

Magdalena, se había armado, quién de cuchillo, quién de tijera, quién de asador, aunque debo decir que mis pobres hermanas y sobrinas, antes parecían cadáveres que Amazonas, pues tiesas, inmóviles y desencajadas, sólo se les conocía la vida en los tiritones que les daban los nervios de vez en cuando. Si hubiera habido allí mozos casaderos, de seguro dos ó tres de ellas se nos desmayan.

—Pues no han tenido Vds. poco miedo, exclamó Bellota, que á la verdad tampoco estaba muy tranquilo. Es preciso acostumbrarse á estos estravios de la libertad.

—¿Quién se acostumbra á morir de susto á cada hora? replicó mi hermano. Entre las tribus de África se vive más tranquilo.

—Yo los meteré en cintura, dijo el ex-Alcalde encarándose conmigo; cuando seas diputado nombras un buen juez para este partido; echa á presidio seis ú ocho personas, que en él debieran estar si hubiese justicia, y queda el pueblo como una balsa de aceite.

—Pues, ¿insistes....? murmuró mi hermano.

—Ya se vé que insisto. Es el mejor remedio para nuestra situacion.

—Barvic, hijo mio, hazte caso de tu madre; vuelvete á Madrid; piensa que tienes mujer; que tienes hijos.

—¿Y no tiene sangre en las venas? gritó Bartolo que estaba fuera de sí. ¿Nos dejará entregados á estas hordas salvajes, cuando quizás en él consiste que volvamos á encerrarlas?... ¡Ah! añadió echando un taco y encarándose otra vez conmigo, que andaba de aquí pa-

ra allá como un autómeta, sin energía, sin fuerza moral, abrumado por los sinsabores que á mi tranquila casa y á mi buena familia acarrea; ¡ah! ¡si encontráramos medio de que fueses diputado ministerial!.... Entonces, sí, que nuestra venganza sería completa. Sólo así concibo tener un pariente de la situación.

—Ministerial, eso es, dijeron á un tiempo dos muchachas, que probablemente estarían pensando en la apertura de las Córtes.

—Si fuera ministerial, añadió otra, nos defendería la guardia civil, y el juez, que ni siquiera ha parecido en este amargo trance.

—Temerías faltar á la Constitución, dijo mi hermano. Después que la casa hubiera ardido.....

—Yo tengo una idea, añadió Gerónimo, plantándose en medio del corro; una idea que no hago más que darle vueltas..... Se trata de un gran personaje que me ha escrito dos ó tres cartas.

—¿Aquel pariente de un ministro que vendía cruces? le preguntó el ex-Alcalde.

—No, señor, aquel que me escribió sobre un periódico..... que no quiso V. tomar, por si era ó no era filibustero.

—¡Ah! murmuró Bartolo animándose por grados. Ya recuerdo. *Cuba y siempre Cuba.*

—El puede tanto ó más que los ministros.

—En efecto. Dicen que no es temible para el Gobierno, porque está siempre entre dos luces, y le dejan hacer cuanto se le antoja.

—Ya caigo, añadí yo, dándome en la frente unapalmada; ya caigo quien es. Ese que pintan en las cajas

de fósforos al lado de una cuba deshecha, y gritando:  
 ¡Viva mi cuba!

—Si le escribiera yo una carta.....

—Pero eso no es bastante, replicó meditabundo mi primo. Mejor idea me ocurre á mí, que dádivas quebrantan peñas. Ya eres candidato ministerial. ¿No teneis vosotros el mejor vino que se cosecha en la provincia?

—Se confunde con el Jerez; pero es el caso que como estamos en Agosto, no quedan dos arrobas.

—¡Qué fatalidad!.... pero no importa, añadió pasado un rato de nuevas meditaciones. ¿No teneis tambien espíritu de vino?

—Y tan bueno y tan fuerte, que es peligroso el manejarlo por la combustion espontánea.

—Se le dice que es un aguardiente especial..... de estranjis..... se le pone un nombre inglés, que huele á borrachera. Él ya tiene madre en el estómago, como las tinajas, y sólo con ver la 'pipa lo hará aguardiente. ¡Á ver! que preparen una al momento de 25 arrobas para enviarla con la carta.

—Poco á poco, dije yo solemnemente, á medida que penetro las sinuosidades del sufragio universal, y veo algo clara esta política que siempre, como dice Hartzembuch, está oscura y huele á queso, más recuerdo la prediccion que me hizo un amigo sobre los turcos y los griegos.....

—No se trata de turcos, sino de turcas, dijo el ex-alcalde interrumpiéndome, y es preciso no desdeñar á esas señoras tan influyentes en la situacion.

—Sólo aceptaria el ser candidato del Gobierno, si él

aceptase mi programa con mi síntesis: *católico, monárquico y liberal*. Si no se dice esto en la carta, renuncio á la candidatura y á Madrid me vuelvo, como el personaje de Breton.

—La escribirás tu mismo.

—Y no ha de constar que el aguardiente es mio.

—¿Quién tiene hoy nada suyo y menos aguardiente? Pero renuncias á tu mayor título de gloria ministerial.

—Todo se arreglará, dijo Birli. A poner la carta, que vá á salir el correo.

—Y con el mismo tren la pipa. Es necesario que lleguen juntas, si hemos de ser ministeriales.

—Vá á costar un sentido, murmuró mi madre.

Pero ya no la oíamos, por haber corrido al despacho, donde con nerviosa mano, la cabeza hecha una olla de grillos y discutiendo con mis colegas frase por frase, escribí la siguiente carta, que firmó Bellota, y que ha sido el origen de los mayores disgustos de mi vida.

«Excmo Sr. D. Purificacion Bodega.

«Muy señor mio: aunque sin otros títulos para usted que el haber procurado complacerle, buscando suscripciones para su periódico *Cuba y siempre Cuba*, me permito hoy molestarle para llamar su atencion sobre lo que pasa en esta localidad. El Gobierno, porque no tiene candidato, apoya al ex-diputado republicano..... (Aquí levanté la cabeza, para preguntar:—¿Le ponemos don á Ginesillo.»

—Hombre sí, porque como el caballero de la carta

tiene excelencia y han sido sobre poco más ó menos lo mismo, puede creer alusion.....

—Bueno. Y escribí: «D. Gines Pasa».... ¿No es Ginesillo de Pasamonte? Volví á preguntar :

—No, dijo el ex-Alcalde. Pasalodos. Aquellos Gineses del tiempo de Cervantes andaban por arriba y estos andan por abajo.

Continué:

«Don Gines Pasalodos, siendo así que aquí tenemos al ilustre publicista Barvic, autor de muchas obras maestras y en particular *Olla podrida*, cuya nueva edicion dedicará á V. si le permite escribir en su primera página el único nombre digno de ocupar-la. Aunque él es católico, monárquico y liberal, yo garantizo á V.....» Volví á interrumpirme:

—¿Y que voy yo á garantizar á este hombre? como no sea otra pipa.....

—Esa es la dificultad, murmuró Geromo pensativo.

—Podrá sucedernos lo del cuento, que él pregunte quien te garantiza á tí.

—No lo preguntará, dijo Bartolo, que á este le garantiza la pipa de aguardiente.

—Continuémos, pues, y salga lo que salga..... «que el Gobierno, debe apresurarse á aceptar su candidatura, pues de ningun modo podrá vencerle el republicano. ¡Tanto es su prestigio en el país! Bien le consta al Gobernador de la provincia, que le surtia de libros antiguos en Madrid, lo que prueba que es hombre de algun dinero.

»Ruego á V. que de aceptar mis indicaciones, como espero, se sirva hacer que por telégrama venga la

proclamacion de la candidatura ministerial del señor Barvic, pues siendo pasado mañana *el dia de las mesas*, no hay tiempo que perder.

»Adjunto me permito incluir á V. el talon (porte pagado) de una pipa de esquisito aguardiente, único y desconocido en España, que procede de New-York-Taberne, donde el famoso Edgardo Poe murió por probarlo de combustion espontánea, habiendo comprado el resto á peso de oro lord Beod, Presidente de *Intemperance Society*. Es cosa digna de una persona como V.

«Si le agradase, como espero, podré remitirle cuantas cantidades guste.

»Con esto tiene el honor de repetirse á las órdenes de V. su más considerado, respetuoso y afectísimo

S. S. Q. B. S. M.

«Gerónimo Birli.»

—Perfectamente, dijo el ex-Alcalde. Tengo por seguro que esta pipa te hace candidato ministerial, siendo espíritu divino que alumbra al señor Bodega.—Mañana debes irte con Geromo á recorrer el distrito, que yo me encargo de lo demás.

—¿Y mis remordimientos? exclamé con las manos en la cabeza. ¿Y si ese hombre dá un estallido?

—Tranquilízate. Lo tiene su familia asegurado en *la Union*.

Cuando nos levantamos de la mesa, tocaban generala por las calles para desarmar la milicia, y se oían algunos tiros.

## JORNADA SEGUNDA.

---

MIL DUROS Y PICO PARA HACER BOCA.—MAPA ELECTORAL, ILUSTRADO POR GERÓNIMO BIRLI.—CONATOS DE VOLVERME Á CASA.—¿QUIÉN VIVE?—OTRA OREJA DEL GOBERNADOR.—EL PRIMER DURO.—GEROMILLO DEFIENDE AL CUARTO ESTADO.—CONTRABANDO.—MIS ELECTORES DE BABIA.—UN SARGENTO QUE SERÁ GENERAL.—¡ZAPATOS POR AMOR DE DIOS PARA EL MAESTRO DE ESCUELA!—NUEVOS CONATOS DE RETIRADA.—GRANUJERA Y SU AYUNTAMIENTO.—TRIUNFO DE LA PIPA.—ECHO EL RESTO POR SER DIPUTADO.—CHAPARRON DE TELÉGRAMAS.—PARAGUAS IMPERMEABLE DEL GOBERNADOR.—LOS BONOS DEL AYUNTAMIENTO Y LOS BIENES NACIONALES.—RECADOS Á MONIPODIO CON RINCONETE Y CORTADILLO.—BIRLI ME BIRLA EL DISTRITO.

*La del alba seria* cuando montábamos en sendos jacos Geromo y yo, seguidos de Carranza, el ex-alguacil, que aquella misma noche habia sido despedido por el Ayuntamiento republicano en sesion plena, apellidándole pillo y holgazan por haber llevado á la cárcel al tío Cangrejo por el robo de la petaca, y aún hubo quien pidiese al Alcalde en nombre de la libertad, que le metiera en un calabozo; pero el albeitar con magnanimidad notoria, se negó á ello, limitándose á decir que el que fuera hombre se tomase la justicia por su mano, como en los Estados Unidos, á lo que

ninguno se atrevió en vista de la enorme navaja, con que el ex-ministro picaba su cigarro tranquilamente en medio del consistorio. Montábamos, digo, los tres al romper el alba, y nos abrían ya la puerta del corral, cuando asomó en ella Bartolo con una enorme porra en la mano.

—Se me olvidó preguntarte anoche, me dijo, si vas bien preparado.

—Ya lo creo, le respondí. Llevo cincuenta tiros para el revolver, éste su escopeta, y Carranza su alfiler.....

—Y esto, añadió el ex-alguacil, haciendo asomar entre los pliegues de su ceñidor encarnado el puño de un enorme cuchillo de monte, de esos que hacen chuletas á un jabalí en cinco minutos.

—Bien, nunca está demás en viajes electorales algo de armeria blanca y negra, repuso Bartolo; pero yo te hablaba de dinero.

—Llevo ocho ó diez onzas.

—¿Nada más?

—¿Te parece poco para un viaje de tres ó cuatro días?

—Pero tú eres muy cándido, Barvic, sino crees que esta fiesta vá á costarnos mil duros por lo corto.

—¡Ah! dije, sacando la pierna del estribo para apear-me del caballo. Pues entonces renuncio á la candidatura. No les quito yo á mis hijos una finca por el gusto de subir á aquel nido de gorriones de la carrera de San Gerónimo, donde probablemente ni aún piar sabría para que me dieran trigo.

—Poco á poco, replicó el ex-Alcalde conteniéndome.

Ya te he dicho que este es negocio de honra y que yo lo hago mio. Posible creo además que la legalidad y moralidad que el Gobierno decanta, impidan el desarrollo de la gangrena social que en otras elecciones ha roído á media España.

—Y yo tengo muchos amigos en todos los pueblos, añadió Bellota.

—Eso y la carabina de Ambrosio viene á ser lo mismo, dijo Carranza, metiendo su cucharada en la conversacion, defecto propio de los alguaciles. Creame usted, señorito; andando esto del sufragio universal, los electores que yo no lleve con mi navaja, tendrá usted que llevarlos con su bolsillo.

—¿Me dirás á mí, exclamó irritado Geromo, que don Tomé Rio Revuelto, y el Alcalde de Babia y el cura de Calabazar y todos los ricos de Granujera y Ojo al Cristo, que son amigos míos, no pueden llevar á las urnas tres mil votos sin gastar un cuarto?

—Por si acaso, añadió el ex-alcalde metiéndose la mano en el bolsillo del pantalon, donde se le divisaba un bulto.....

—Pues yo no llevo un cuarto, saltó Bellota, porque no lo necesitamos, y si lo necesitáramos, bien se arreglaría todo, que para más tengo crédito.

—No, no, dijo mi primo, sacando un bolson; toma esos veinte mil reales.....

—¿Estás en tu juicio? repuse yo. Por ser negocio de honra no tendria inconveniente en gastar una friolera de doscientos ó trescientos duros; pero una cantidad tan respetable, en manera alguna.



—Tómela V. señor Barvic, añadió Carranza, que oros son triunfos aquí y en Valladolid.

—Por precaucion, murmuró Geromo, no estaria demás.

—Llévalo y no seas tonto, replicó el ex-Alcalde, metiendo el bolsillo en la pistolera, no sin trabajo, pues tanto Birli como yo las llevábamos llenas de candidaturas.

—No lo gastaré, dije muy seria y muy formalmente; antes de gastarlo me harian cuartos; pero si lo gastára, te lo pagaria.

—Oye, añadió mi primo, en esas cartas que te dí anoche, hay algunas tan importantes que pueden asegurar la eleccion. El cura de Mamalhondo, que es aquel muchacho del Calabazar que estudió con nosotros, puede hacer mucho; pero él no se decidirá si no engatusas al ama, que es moza de cuenta y sabe lo que le conviene. Tambien visitas en cuanto llegues á Doña Teresa Mancebía, que tiene mucha mano con los federales, porque es partidaria del amor libre..... y aun creo que lo practica. Y sobre todo en Granujera, el presidente del club, Furraco por mal nombre, que ha sido porquero mio, si le trasteas bien y le alargas como quien no quiere la cosa veinte ó veinticinco duros, es posible que te baile el agua delante. Allí tengo muchos amigos, personas decentes, que por eso no querrán mezclarse en la eleccion; pero bueno es que los veas por si acaso; ya llevas las señas y anoche mismo les escribí.

—Serán los primeros que busque, porque prefiero un voto de esos á ciento de la pillería.

—No seas niño, me contestó Bartolo, que te hacen los ciento diputado y el uno te proporciona una paliza.

—De todos habrá, dijo Birli, cuyo caballo se impacientaba por salir al campo.

—Y ten desparpajo y labia y poca aprension, añadió mi primo. Si ves la mano del Gobernador en alguna parte, que pienso que sí la verás, al momento le soplas al Presidente del Consejo un telégrama:—«*En nombre de la moralidad y la legalidad y la longanidad que preconiza Vuestra Farsantidad, me quejo de tal ó cual barbaridad, etc., etc.*»—y duro en él. Lo mismo á Blas Gil, que me parece un púa para dejar tamaño á Gil Blas en nuestra ínsula Barataria. Siéntale la mano, y amenázale con el Tribunal Supremo, que aunque sea la carabina de Ambrosio para los Gobernadores, siempre suena bien y tiene un retintin de presidio que hace su efecto.

—No será necesario, dijo Birli, porque yo confio en la pipa, que antes de medio dia estará en Madrid. Ya he encargado á la familia que nos mande á Granujera los telégramas y el correo.

—Adios, le gritó Bartolo, viendo que su caballo le sacaba por la puerta del corral.

Y volviéndose á mí añadió:

—Mucho ojo con éste, que es un tunante; pero nos puede ser útil, porque conoce á la chusma que mangonea en el sufragio universal. Dicen que en la eleccion pasada le comió 30.000 rs. al candidato del Gobierno. Yo voy á echar el resto aquí. No te ocupes para nada de Lobera. Adios.

Cuando salimos al campo, me preguntó Bellota:

—¿Estudiaste el plan que te di anoche?

—¡El plan! repetí yo, que empezaba á marearme con tanto encargo, tanto nombre propio y tanta advertencia.

—Sí, chico, aquel papel que te dí, cuando me retiré á casa en medio del fuego graneado que hacían por las calles los peseteros, para celebrar su formacion y la llegada de Ginesillo. Por cierto, añadió con un chiste brutal que me hizo muy poca gracia, por cierto, que le han roto la crisma al rey David que hay en la fachada de la Iglesia. Ya por lo visto ni en las iglesias están los reyes seguros.

Yo entretanto, con la brida sobre el arzon, me registraba todos los bolsillos en busca del dichoso plan, entre un inmenso fárrago de papeles.

—Ese es, dijo Birli, señalando un envoltorio grande, que parecia un mapa-mundi en cuatro dobleces.

Y acercó su caballo al mio, soltando igualmente las bridas sobre el arzon.

—Papeles son papeles, dijo Carranza, que caminaba detrás de nosotros, pues su cabalgadura era bastante inferior. Ponga V. por debajo de todos esos garabatos «no he dicho nada.» —Más he de hacer yo en la taberna, cuartillo vá cuartillo viene, ó en la plaza ofreciendo á este el jornal y al otro la peseta, que todos esos señorones, que no se atreverán siquiera á entrar en los colegios.

Entretanto, leia yo á media voz la más extraña estadística que imaginarse pueda. Ya la pondré aquí para que el lector se rompa los cascos, porque en Dios y en mi ánima juré trasmitirla á la posteridad,

cuando estuviesen llenas dos casillas, que con el resultado de la eleccion y mis propias observaciones pensaba añadirle.

—Acaso, dijo Bellota, no entenderás bien esa última casilla, que es sin embargo la más importante, la que facilita el trabajo de tal modo, que con ese papel á la vista puede un niño hacer la eleccion.

—En efecto, le respondí, noto en algunos pueblos signos misteriosos, que si no me los aclaras.... ¿Quiere decir esta P entre paréntesis, que hay al lado de Doña Teresa la de Mamalhondo? La P es mala letra para mujeres.

—Quiere decir que hubo palos en ese pueblo en la pasada eleccion.

—¡Hola! ¡hola!

—Chichones y descalabraduras nada más. La misma, en Abrelojo, quiere decir que á palos se conseguiria algo de ciertos elementos recalcitrantes.

—¿Y estas Tes, al lado de algunos nombres propios, que las has hecho en forma de cruz, y cualquiera diria que están ahí para crucificarlos como ladrones?

—Tambien te equivocas. Es que son unos tunantes esos individuos.

—Debes de haberte quedado corto.

—Conozco pocos tunantes.

—¡Hombre feliz! Te saludo como novena maravilla y digno reemplazo del achicharrado Escorial. Yo he visto las pirámides; yo he visto el canal de Suez; yo he visto la casa de Tablada.... en la *Ilustracion*; yo he visto á Rivero en estado normal.... hace muchos años; pero ni he visto ni pensaba ver



en mis días un hombre que conociera pocos tunantes, bajo el reinado de Amadeo I de Castilla. No en valde nos encontramos entre Lobera y Abrelojo.

—De buen humor estás, murmuró Birli, bastante cargado, y eso es raro en tí.

—Prueba de que lo tengo muy malo es que tomo á risa estas cosas del sufragio universal, que van á llenarnos los ojos de agua y el cuerpo de plomo lo que resta de siglo. Pero continuaré, no sin decirte que le has puesto una T como una casa á dos padres curas, que son amigos míos y no la merecen.

—Pero son reaccionarios, y reaccionario y tunante valen para mí una misma cosa.

—¿Y este 1 con un 4 arriba, que parece un cuartillo mal hecho?

—¿En qué pueblo está?

—En Salsipuedes. ¿Qué quiere decir?

—Que hubo un muerto y cuatro heridos en la elección.

—¡Soplal! ¿De suerte, que en Granujera, los muertos fueron dos y los heridos, once?

—Por eso no hay cuidado, murmuró Carranza, que aquí estoy yo.

—Y una M y una O ¿qué significan?

—Mucho ojo..... que andemos como las grullas.

—¿Y tantas cccc como veo más abajo, más arriba, por acá y por acullá, qué parece una escritura del siglo XV?

—Cuartos, hombre, cuartos, como decia un ministro célebre á un director idem.

—De manera que M y O, y M C ¿querrán decir...

—Mucho ojo y muchos cuartos.

—Pues entonces me vuelvo á casa, exclamé cojiendo las riendas del caballo y obligándole á pararse. Por lo visto, en casi todos los pueblos se necesitan cuartos. Me habeis engañado.

—Hombre, Barvic, tú no te haces cargo de la situación, ni del verdadero carácter de ese mapa, repuso mi amigo en el tono de maestro de escuela, que le era peculiar algunas veces. Ya te dije que esas advertencias se refieren á la eleccion pasada. Con el sufragio universal cada nueva eleccion presenta aspecto diferente.

—Y cada vez peor, ¿no es esto?

—En otros distritos no te lo niego; pero nuestros paisanos, aunque rústicos, son honrados y bonachones. ¿De qué distrito de España podrá contarse, como de Lobera, que sólo en cinco ó seis pueblos se venden los votos, y en tres ó cuatro se hacen las elecciones á palos? Además que la otra vez no teniamos, como ahora, un candidato decente, conocido y estimado en el país.....

—Favor que tú me haces, le respondí satisfecho á medias y receloso, que los alhagos de la vanidad se embotaban un tanto en mi temor de gastar dinero.

Juzgo ya conveniente que el lector pase los ojos por el Mapa-mundi electoral del distrito de Lobera, para que con alfileres ó palillos de dientes pueda seguir el derrotero de nuestro viaje, y donde demos un tumbo ó nos maten á un elector, ponga una cruz y un R. I. P.

PROVINCIA DE ASINARIA.  
DISTRITO ELECTORAL DE LOBERA.

PUEBLOS.	Número de electores.	Monárquicos.	Federales
Abrelojo. . . . .	320	200	120
Babia (villa). . . . .	288	272	16
— Calabazar... . . . .	470	110	360
Don dinero. . . . .	756	700	56
— Espinares (aldea). . . . .	133	2	131
Farfulla. . . . .	214	107	107
Granujera (villa y juzgado).. . . . .	2.900	1.000	1.900
— Hinojo ó Jinojo (san). . . . .	315	"	"
Inflacanes (aldea). . . . .	223	"	"
Jura en falso. . . . .	260	260	260
Lobera (capital del distrito, juzgado).	2.100	853	1.247
Mamalhondo (villa) . . . . .	646	640	6
Niporesas.. . . .	212	"	212
Ojalcristo. . . . .	194	14	180
Palos. . . . .	216	10	206
Quiebra-huesos.. . . .	349	47	302
Rabias (aldea). . . . .	27	"	"
Salsipuedes (villa).. . . .	433	"	433
Trapisonda. . . . .	215	215	215
Viveros. . . . .	296	"	"
	10.517	4.430 (*)	5.751 (**)

(\*) Hay que restar de estas sumas los 260 votos por votación doble de *Jura en falso* y los 215 de *Trapisonda*, que produjeron la nulidad de las actas respectivas.

(\*\*) Idem, idem. De no hacer esta resta resultaría tener el distrito 11.042 votos y

Amigos que allí tenemos y resortes que deben tocarse.

D. Tomé del Río Revuelto, buena persona de toda mi confianza.—El estancero Joaquín Marrajo, contrabandista; hay que ofrecerle apoyo con los carabineros (C. C. C.)

Reaccionarios. Alcalde (T.) Cura (T.) Tienen el necio empeño de establecer otra escuela. (P.)

Consecuentes liberales. Hay tertulia. D. Roque Bobo, su Presidente, la persona más ilustrada del pueblo, es amigo y de fiar (C. C. C.)

—(C. C. C.) (S.)

D. Pantaleón Acebuche, teniente retirado, lleva muchos votos, ofreciéndole la faja. Esto se hace siempre y nunca se cumple. (P.)

—(C. C. C.)

Ricos, canallas.—Alcalde, persona honrada y de fiar.—*El Furraco*, presidente del club, amigo de confianza (2/11). El Juez (T.) (M. C. y M. O.)

—No suelen votar. Sería posible sacarlos del retraimiento (C. C. C.)

—Idem id. D. Pedro Rapis, de apodo *el gitano*, es hombre de confianza.

Alcalde y Secretario valen mucho. Siempre estas actas tienen intrínquilis, porque suelen ponerle todos los votos del pueblo á todos los candidatos. (M. O.)

Podemos contar con alguna gente del club por mi padre. (C. C. C.) El Juez, buena persona, sabe llevar votos. Consecuente liberal.—El médico y el albeitar, de confianza.—El P. Matías. (T.)

Contrabandistas, pero manejables y buena gente.—Doña Teresa Mancebia, señora respetabilísima, tiene mucha influencia. Su flaco son los hombres fornidos y rechos. (P.)—Doña Magdalena, el ama del cura, madre del Alcalde, beata y carlista. (M. O. porque domina al P. Marcos).

—Todos contrabandistas y republicanos; pero de buena fé, manejables. (C. C. C.)

—Idem, id. (C. C. C.)

—Con una compañía de Guardia Civil y (C. C. C.) se gana la elección.

—Idem ó de carabineros.

—

—(M. O.) Pueblo contrabandista (C. C. C.) (1 1/4)

—Todo mio. Le pusieron á los dos candidatos igual votación, por mi consejo.

Estos se agazapan hasta ver quien paga más los votos. No votaron en la elección pasada, porque pedía 25 duros cada uno y el candidato se asustó. (C. C. C.)

so, y los 215 de *Trapisonda*, que produjeron la nulidad de las actas respectivas. la sabiduría de las Cortes Constituyentes no pudo incurrir en semejante barbaridad.

—¿Sabes tú quien fué, me preguntó Geromo, siguiendo la plática, nuestro candidato la otra vez? Un ricachon de Madrid, que se nos metió á última hora por Lobera sin más títulos que una letra de 50.000 reales.... miento que tambien traia cartas de la Tertulia para algunos progresistas del distrito, que se han muerto hace muchos años, y ocho ó diez credenciales en blanco de cruces y destinos.

—Pues ¿por qué le aceptasteis? repuse yo escamado con aquello de la letra.

—Principalmente por dar una leccion á los republicanos, que se creian invencibles. Tuvimos cuatro mil y tantos votos, por cinco mil y pico de Ginesillo.

Con esto habiamos llegado á un punto donde partian de la carretera dos caminos vecinales.

—¿Adonde vamos primero? pregunto Carranza, que habia echado delante para dejarnos hablar. Yo opino que almorcemos en Abrelojo, y á comer en Babia, que está dos leguas.

—Aunque Abrelojo es pueblo importante, en Babia nos esperan los amigos á almorzar, contestó Gerónimo. A Granujera debemos ir á la caida de la tarde para celebrar una reunion.

Así quedó convenido y seguimos hablando.

—Este señor de Abrelojo, pregunté á Bellota, señalándole la casilla correspondiente del mapa, ¿es tan rico como dices? Nunca le he oido nombrar.

—¿Quien? ¿D. Cosme del Rio Revuelto?

—Sí.

—Hace poco que se ha establecido en el pueblo. Era de por allá..... de hácia Málaga ó Jerez.

—¿Y nada más sabes?...!

—Nada más.

—¿Pues no sois íntimos amigos? ¿no dices aquí que es hombre de toda tu confianza?

—Te diré..... pero yo no creo las cosas que se cuentan..... á tí no debo ocultarte nada. Se dice que era un revolucionario muy furibundo de por allá de Andalucía, y cuando la gloriosa, como entraron en algunas casas..... pero esto es sólo un se dice.....

—Entiendo, entiendo.

—Si se lo encontró ¡mucho dinero debía de ser!

—¡Encontrar! ¡vaya una frescura! El dinero no se pierde. Él lo buscaría, descerrajando cómodas y armarios.

—¿Quién vive? gritaron detrás de la tapia de una huerta; y á los rayos del sol, que empezaba á salir, brilló entre los árboles el cañon de una escopeta, apuntando al ex-alguacil.

—¡Bruto! gritó éste, retrocediendo hasta nosotros, Que somos de casa.

—¡Atrás!

—¡Como atrás! dije yo incorporándome en los estribos. Ni que fuéramos facciosos. A ver, Carranza, pregúntele V. á ese.....

—Señor, si sigue apuntándome.

—¡Atrás! gritó otra vez aquel energúmeno, viendo que yo avanzaba.

—Parece un criado de D. Tomé, dijo Bellota. ¿Colás?

—¿Quién me llama?

—¿Qué es eso? ¿qué haces ahí? añadió Geromo, acercándose á la tapia de la huerta.

—Ni un paso más ó te frío.

—Pero ¿no me conoces?

—Sí, señor; pero no ejaré que pase naide.

—¿Quien te lo ha mandado?

—El Gobernaor.

—¡El Gobernador! repetimos los tres á un tiempo.

—En toas las entrás del pueblo hay otros criaos de D. Tomé, pá lo mesmo. Denguno de Lobera pué pasar.

—¡De Loberal... tú estás soñando. El Gobernador nó ha venido, ni puede venir en este momento.

—Preguntaiselo á mi amo, que se le coló anoche en casa... Si él mesmo en presona me ha dicho:—«Colás, esta es la consina. Por naa en el mundo dejas entrar á naide que venga e Lobera, y si se empeña, »tiro en él.» Viene á eso de las lisiones.

—¿Será verdad? le pregunté á Geromo.

—No puede serlo. Hubiera pasado por Lobera.

—¡Oiga V.! dijo Carranza, metiendo su cucharada; anoche á la una estuvieron los republicanos de nuestro pueblo hablando mucho con un señor, que venia á escape de la capital con dos guardias civiles á caballo. Decian que era un delegado del Gobernador.

—Justo, dijo Colás. Gobernaor segregao.

—Pues yo necesito saber la verdad, le dije á Geromo, por que le planto un telégrama al Presidente del Consejo, que arde Troya

—Colás, añadió mi amigo, vas á llevarle un recado á D. Tomé.

—Cualisquiea día me meneo yo de aquí, como no sea en peazos. El segregao me há icho que en mí con-

siste que triunfe la república, y primero..... ¡pus bonitos semos nosotros los republicanos para estas cosas!

—Pero..... mira que tu amo se enfadará.....

—¿Y que tengo yo que ver con el amo? en tratándose é la república y las votáas de las lisiones soy más libre que Dios.

—¿Qué hacemos? dijo Bellota.

—Que vaya Carranza con el recado.

—Yo iré, si me deja, respondió el ex-alguacil.

—¿Usté es de Lobera, aunque sea mal preguntar?

—No, señor, yo soy de Quiebra-huesos.

—Estonces pue usté dir, porque mi consina ni va ni viene con la gente que no sea é Lobera.

—Pues mire V. Carranza, dije yo al alguacil, nosotros esperamos á V. en Babia. Pique V. al caballo, porque ya me bulle la sangre por llegar á Granujera, donde hay telégrafo.

—Le cuenta V. á D. Tomé, añadió Geromo, lo que nos ha pasado, y que le explique á V. bien qué quiere decir esto de las centinelas para no dejarnos entrar, escándalo inaudito de que nos quejarémos á Madrid, y nos oirán los sordos. Dígale V. tambien que el señor Barvic va á ser el candidato ministerial; qué ya verá cómo el Gobernador muda de bisiesto, quizás mañana mismo. En fin, que se anime y trabaje como me ofreció.—Nosotros volverémos por aquí el primero ó segundo dia de elecciones.

—Déle V. esas candidaturas, añadí yo, alargándole uno de los paquetes que llevaba en la pistolera.

Carranza entró en el pueblo, y nosotros íbamos á

volver grupas, cuando me apuntó Geromo á la oreja:

—Dale á ese chico un durete, que nos podrá servir mucho.

—¿En qué?

—En hablarle á su amo bien de tí y á los del pueblo. Yo he de mirar tus intereses como los propios míos; pero ya sabes que hay ocasiones en que conviene sembrar un duro para recoger mil.

—¿Qué importa que esa bestia salvaje hable mal ó hable bien de mí? Si fuera un periodista ó al menos un orador, un ex-diputado, yo le daría un duro ó treinta reales por complacerte; pero á semejante mameluco...

—Pues, Barvic, en tiempos de sufragio universal no pueden mirarse así las cosas. Estos influyen á veces más que los oradores y los periódicos, porque pasan su vida en las tabernas y en las casas de juego, que es donde hay más votos.

—Tienes razon.

Y acercándose á la tapia de la huerta arrojé un Amadeo, que parecia de plomo, diciéndole á Colás:

—Vaya para echar un trago.

—Gracias, D. Geromo, dijo éste arrimando su escopeta á la higuera para coger el duro, y mirándonos de reojo con esa maligna sorna de los patanes que sienten crecer la yerba, pues repitió:

—Gracias, D. Geromo:

—No, hombre, replicó Bellota, arreglándose en el caballo para continuar el camino; es este caballero el que te obsequia, el Sr. Barvic.

—Vaya V. con Dios, Sr. D. Geromo, repuso Colás, que la intincion del Sr. Barbecho ya estaba cono-  
cia.

Volvimos grupas á buscar otro camino, pues se nos habia cerrado el más corto, que para Babia desde Lobera todo el mundo suele ir por Abrelojo.

Tan taciturno me puse y tan decidido á abandonar el campo, con aquella contrariedad, que Bellota lo conoció y me dijo:

—Ahora verás cómo cambia la decoracion completamente. Babia es todo nuestro; ese te dá el acta, como yo me llamo Gerónimo.

—A menos que el delegado haya hecho tambien de las suyas, repuse yo. Si no recibo hoy mismo contestacion de Madrid á lo de anoche, abandono la partida. No se puede luchar con un Gobierno sin freno y sin ley, que nombra Gobernadores como Blas Gil, para los cuales no hay consideracion, respeto, ni valla alguna. ¿Qué les importa á ellos que una provincia se perturbe para muchos años, que la sociedad se pervierta y las pasiones se envenenen?... ¿qué les importa? ellos son forasteros en esa sociedad, á la cual no los une otro lazo que el destino; ellos en la política sólo tienen ese bastardo interés, y como el dia que lo pierden vuelven á caer, y con mayor golpe, en la cloaca social de donde han salido, á trueque de no perderlo, hacen lo que Sanson y lo que Erostrato, le pegan fuego á la casa.—Todavía no he visto en libro ni en periódico un argumento, que me parece concluyente, para explicar la degradacion política, administrativa y hasta social, que la democracia produce... eso que aquí se llama democracia, añadí reparando el gesto que hizo mi amigo; eso, que es una demagogia vergonzante y estúpida, pues no maneja el nivel inteligente del

arquitecto, sino el pico brutal y demolidor del albañil. Casi todos los hombres que á la vida pública saca por fuerza, contrariando las corrientes sociales, llenos de pasion bastarda, de apetitos no satisfechos, de groseros deseos y ambiciones impotentes, mal casados por añadidura con mujeres locas ó despilfarradoras, ó en el concubinato sumidos y la prostitucion, figúranse que han sido hasta entonces víctimas de la injusticia social, y cuando la sociedad comete uno de esos errores que se llaman revoluciones, aprovechan la ocasion para tomar la revancha y tratarla como enemiga. Antes de volver Blas Gil á su puesto de libros de Santo Tomás y á confundirse con el pueblo, que odia en el fondo de su alma, como Cain odiaba á Abel, ¿qué no hará en ese gobierno de provincia, teniendo á la mano todos los resortes de inmoralidad y corrupcion, que un poder envilecido proporciona?

—Yo sobre eso, replicó Geromo, tengo mi opinion; y creo que aunque produzca trastornos el advenimiento del cuarto estado, produce tambien notorias ventajas, como la satisfacion que es de una necesidad histórica ineludible.

—Frases vacías, le repliqué en agresivo tono, y frases hechas fuera de España, que repetimos como papagayos para cubrir con el ropaje de una vana ciencia, el vergonzoso vacío de nuestra ignorancia. Si el cuarto estado es el pueblo, y no puede ser otra cosa, á España no tenia que venir. ¿Cuándo no ha sido la democracia el espíritu ingente de todas nuestras instituciones, desde el Ayuntamiento electivo de la edad media hasta el Municipio insaculado de Isabel la Ca-

tólica; desde la monarquía de Sancho el Bravo y Pedro el cruel, defendida por los comunes, por los populares, por los gremios, por esos gremios que como una gran novedad quiere *la Internacional* resucitarnos, hasta el mismo trono de Felipe II—; me choca tu asombro!—de Felipe II, sí, que, cuando arrojaba herejes al quemadero y ahogaba en sangre los fueros de Aragon, era el primer plebeyo de su época, por que eso queria, eso pedia, así opinaba entonces la plebe, mientras las clases privilegiadas solian opinar lo contrario. Y no era por cierto la plebe romana, que no lo fué nunca el pueblo español, á quien llamó ya Isabel I ciudadano; ni el siervo de la gleba del norte feudal y burgrave, que aquí el feudalismo fué institucion transitoria, siempre aborrecida por nuestra monarquía democrática,—no te asombres de la palabra, que es exactamente histórica;—nuestra monarquía, que inventó contra el feudalismo la carta puebla, el fuero, la ciudad, y sobre todo el fraile, el fraile, que es la más democrática de las instituciones.....; aunque te asombres otra vez y mill! ¿Qué más? ¿Puede hablarse del advenimiento del cuarto estado, en un país que tuvo milicia nacional en el siglo xvi? Si hasta esa burguesía, que nos refriega *la Internacional* por los hocicos á cada instante, es una palabra antigua española.—Pero dejemos esta conversacion, Gerónimo, que no es propia de un viaje tan desdichado como el que vamos haciendo, en busca de la Dulcinea del sufragio universal, que empieza á recordarme á D. Quijote de la Mancha, sino por lo gracioso y original de las aventuras, por los porrazos que

pronóstico, por los tiros que huelo, por los Ginesillos y galeotes que veo ya venir, de que es buen ejemplar el centinela de Abrelojo, que á tí te agradece el duro y á mí me lo saca, y dime en Dios y en conciencia si no has abierto el ojo con tan buen principio, porque de mí te digo que el tal pueblo me ha puesto los dos, que ya podrian servir para un puente.

—Yo no desmayo por tan poca cosa, respondió Birli, sacando un papel para un cigarro, que era en él señal evidente de preocupacion. Estoy curtido en estas aventuras, y sé bien donde me aprieta el zapato. Las elecciones de sufragio universal presentan muy estravagantes fenómenos, y á las veces el que principia bien acaba en la horca, como dicen los gitanos. Hombre que el dia de las mesas lo vé todo de oro y azul, se tira de los cabellos al escrutinio. Que conteste pronto el señor de la pipa, y que conteste bien, y ya verás tú la carrera en pelo que le damos á ese indigno amigo tuyo, á ese Gobernador, que debia recordar los favores que te debe.

—Más de 50 duros le di el año pasado, exclamé con indignacion, sólo por cuatro librotes del siglo xvi, que mi mujer dice que le apestan la casa, porque huelen á humedad y sobaquera. Hasta le proporcioné una *Coleccion de los bibliófilos*, que valdrá mil duros en el siglo xx. ¡Y así me lo está pagando ese *Caco, cuco, cain, biblio-pirata!*... como decia un difunto escritor, amigo mio.

—Por allí viene, dijo Bellota, acabando de liar su cigarro y alegre sin duda porque la conversacion se cortaba, un hombre en una mula, que debe de ser co-

nócido. Por él sabrémos si el delegado sigue visitando esos pueblos de más arriba.

—De alguna feria vuelve, añadí yo, porque trae dos fardos.

—Joaquin parece, el estanquero de Abrelojo.

—Será dia de saca.

—No, porque viene de Babia, y la saca del tabaco la hacen en Lobera.

En esto el hombre de la mula, antes de llegar á nosotros, se metió por una trocha que conducía más pronto al pueblo.

—¡Eh! buen amigo, le gritó Geromo!

—Pero ¿ es el estanquero? pregunté yo.

—Jurára que sí, aunque viene cabeceando, que apénas se le vé la cara.

—Pues cuenta que no quiere hablar con nosotros.

—Eres muy mal pensado, Barvic.

—Llegará á escaldarme hasta el agua fria.

—No, pues á mí no me la pega, repuso Bellota picando á su jaco. Yo le seguí con curiosidad de ver en qué paraba el lance.

—¡ Buen amigo!

No respondia y seguimos avanzando. Un barbecho nos separaba ya y nos metimos por él.

—¡Joaquin! gritó Geromo.

La mula apretaba un poco el paso; cosa extraña, pues todo animal, cuando siente llamar á su ginete, lo acorta por instinto. Yo jurára que aquellas piernas que iban colgando en la barriga de la mula, alguna vez se le clavaban en los hijares, como á la descuidada.

—¡Joaquin! volvió á gritar Geromo, saciéndolo á la trocha.

El hombre levantó la cabeza y se enderezó con los ojos cerrados.

—¿Quién me llama?

—¿Ibas dormido? le preguntó Bellota.

—¡Hola D. Geromo! Sí, señor..... he andado toda la noche.

—¿Cuándo saliste de Abrelojo?

—A las tres.

—¿De dónde vienes?

Rascóse Joaquin la cabeza y haciéndose el distraído, sacó del bolsillo un poco de tabaco en rama, y se puso á desmenuzarlo, ofreciéndonos también. Yo acepté, porque me agradó el tabaco.

—¿Qué traes aquí? le preguntó Geromo señalando á los fardos.

—Estoy helado, murmuró el estanquero arrojándose de la mula, y estirando las piernas como si las tuviese entumecidas. Vengo desde el amanecer durmiendo y el relente.....

Geromo seguía con la mano puesta sobre el fardo.

—Eso es tabaco en rama, dije yo.

—¡Tabaco! repitió Bellota.

—¡Chist! dijo el estanquero, poniéndose pálido. Ustedes no querrán perder á un pobre, que gana como puede el pan de sus hijos.

—Pero ¿viene V. á estas horas....? le pregunté yo.

—V., aunque sea mal preguntar, ¿es el señor Barvic?

—Ya hablaremos de eso, dijo Birli con refinada ma-

licia. Tú traes tabaco de contrabando en medio del día. ¿Quién te cubre las espaldas?

—Vds. no perderán á un pobre.....

—Hombre, no; hable V. con franqueza.

—Ya sabe D. Gerónimo que soy todo suyo, y que he trabajado por el señor Barvic, y trabajaré, y le llevaré muchos votos....

—Pero, acabemos, ¿quien te cubre las espaldas?

—El delegado del señor Gobernador.

—Ya pareció aquello, dije yo.

—Anoche bien tarde, prosiguió el estanquero, me llamaron al Ayuntamiento, donde estaba ese señor con la guardia civil y mucho boato..... ya saben Vds. como se hacen esas cosas..... me ofreció el oro y el moro, y yo erre que erre, que Barvic..... que todos mis votos serian para él, porque no tengo más que una palabra, y esa se la he dado el señor D. Gerónimo; pero amigo..... sacó un papel.....

—¡La cesantía! exclamé yo. ¡Qué iniquidad!

—¡Quiá! no, señor. Una órden de prision..... porque la verdad, uno anda siempre buscando un pan para sus hijos, y el año pasado le dieron soplo á la guardia, que yo tenia unas resmas de papel sellado que me envió á mitad de precio el Administrador de la provincia.....

—¡El Administrador!

—Y el caso es que me habia escrito él mismo que no tuviese cuidado, que ni siquiera se formaria causa, porque andaban en el asunto altos personajes de Madrid.

—¿Y el delegado se fué?....



—En seguida.

—¿Y está ahora en Babia?

—No señor; más allá nos hemos cruzado en el camino. Yo anduve toda la noche porque no había tiempo que perder..... Tenia esta carguita en un barranco junto á Granujera, sin poder entrarla, porque los carabineros me pedian un sentido.

—Pero ¿como se llama ese delegado? ¿no lo sabes?

—Espere V. que aquí llevo el papel que me dió..... Y metiendo mano al bolsillo, sacó de un cartapacio de piel de gato un papel con sellos dobles, donde leyó Geromo lo siguiente:

Capitanía general	Gobierno civil
de la	de la
provincia de Asinaria.	provincia de Asinaria.

Todas las autoridades, así cíviles como militares dependientes de estos centros superiores, prestarán cuantas fuerzas y auxilios pueda necesitar al señor D. Calisto Monipodio, funcionario público, para una comision urgente del servicio, sin replica ni contradiccion alguna, y bajo su más estrecha responsabilidad.

El Gobernador.	El capitan general,
<i>Blas Gil.</i>	<i>Santiago Rompelanzas.</i>



—¡El listo Monipodio! murmuró Bellota, poniéndose las manos en la cabeza.

—¿Le conoces? le pregunté.

—Sí. Es un orador trashumante, que el año 69 andaba por los pueblos predicando socialismo y amor libre, hasta que le trincó la guardia civil por cojerle quemando una era.

—Me asombra que no sea hoy subsecretario.

—Le formaron causa, y la sentencia fué de cuatro años de presidio; pero acaban de indultarle hace pocos días, aunque la parte, que era un pobre labradorcito, le negaba el perdón, porque se ha quedado á pedir limosna.

—No lo has leído todo, dije echando una mirada al papel que tenía Bellota en la mano.

—¡Psche! será la autorizacion á Joaquin..... (Y leyó) «El puesto de carabineros de Granujera dejará pasar al dador con un mulo cargado, sin reconocerlo.

»Abrelojo, tantos de Agosto.

»El delegado del Gobernador civil,

«*Calisto Monipodio.*»

—Es decir, añadió Bellota, dirigiéndose al estanco, que te has hecho agente ministerial, pues sólo á los agentes se hacen estos favores.

—No piense V. que sea gran favor, porque llevaba un legajo de papeles como este mio, con los nombres en blanco para él llenarlos.

—Eso no destruye mi sospecha.

—Pero, Geromo, ¿quien lo duda? exclamé yo. Se ha pasado al enemigo con armas y bagajes.

—¡Por vida del chápиро! gritó Joaquín, tirándose de los pelos con una sinceridad que á cualquiera hubiese engañado. ¡Que se atrevan Vds. á creer eso de mí, cuando yo no le falto al señor de Birli por todo el oro del mundo, y además aborrezco á Ginesillo, que si no fuera ya un señor me daría con él de puñaladas!

—¿Es decir que podemos contar contigo? le preguntó Bellota.

—Como siempre. Uno tiene que hacer ciertos papeles, porque no le quiten el pan; pero en mi interior, ya sabe V. que soy suyo.

—Me lo figuraba, replicó satisfecho Birli; pero es preciso que trabajes..... tanto más cuanto que este caballero, el señor Barvic, vá á ser el candidato ministerial.

—¡Hum!... refunfuño Joaquín. Si el Ayuntamiento y todos los del pueblo están en que vá á serlo el republicano; y aquel señor decía que por cima de Cristo....

—Pues no tengas duda. Pero oye ¿qué hizo aquel señor en tu pueblo, que han puesto centinelas para no dejarnos entrar?.

—Lo ignoro, porque me vine en seguida á recojer mi carga, para no faltar hoy del estanco; pero allí dijeron que paró en casa de D. Tomé, y que á este habian tenido que sangrarlo.

—¡Sopla!

—Quedamos pues, dije yo sacando el reloj y viendo que se hacia tarde, quedamos.....

—Ya sabe D. Gerónimo como las gasto yo. No puedo hacer más que lo que hice la otra vez. Sin dar la cara, porque no me quiten el destino, le llevo á V. 60

votos, que no costarán arriba de doscientos reales.

—Bueno, bueno, se apresuró á contestar Geromo, cuando iba yo á protestarle los diez duros. Oye, y en ese pueblo ¿has oído algo?

—Babia está para V. entera. No ha podido sacar el delegado lana para una pelota, y vá echando chispas.

—Más furioso hemos de ponerle todavía. Adios, y cuando te encuentres á Carranza, al que era alguacil, que se ha quedado atrás, dile que apriete el jaco.

—Bueno, señorito. Vayan Vds. con Dios.

—Es buen hombre éste, dijo Bellota, apenas volvió la espalda el estanquero.

—Te contradices, Geromo, le respondí; tú mismo le pusiste una T en el mapa, y si quiere decir tuno debiste añadirle una R, para que dijera redomado tuno.

—En estos tiempos y en estas cosas electorales, replicó sentenciosamente Bellota, la tuneria es relativa, y puede llamarse buen hombre á un tuno que vá derechamente á su negocio, como el estanquero, porque otros van muy torcidos.

Como el pueblo está en una altura, algunos amigos que se hallaban en la plaza tomando á par el matutino fresco y el aguardiente, nos habian visto mucho antes de llegar y salieron á esperarnos. Formaban los babiecos lucida comitiva. Pobres, pero honrados y limpios, rebosaban salud y satisfaccion, recordando aquel proverbial dicho latino: *mens sana in corpore sano*. su entusiasmo al vernos fué el único sincero que pienso en mis días contemplar.

—¡Viva nuestro candidato!

—¡Vivaa!

—¡Vivaaa!

—¡Y viva también D. Gerónimo Birli!

—¡Vivaa!

—Preparate á oír tonterías, me dijo Bellota, porque estos labradores de Babia son verdaderos babiecos. ¡Hay más carlistas!...

—Hombre, no, le contesté. Aunque gente poco ilustrada, es de la mejor de la provincia. El cura es un santo, el maestro no cierra la escuela, verdadera heroicidad en estos tiempos, y en el Ayuntamiento no hay partidos.

Después de los apretones y pechugadas de rigor, nos llevaron á casa del Alcalde, donde estaba el almuerzo preparado. Allí me esperaban el cura y otros amigos, excepto el maestro, que me envió á decir le dispensara hasta que *diese punto* á los muchachos. La mujer y las hijas del Alcalde estaban vestidas de fiesta, con sayas verdes, pañuelos de fondo encarnado y ramos claros, que llaman en el país de sandía, y sendas arracadas de oro portugués.

—¿Con que ván á pagar al clero? me preguntó el señor cura al sentarnos á la mesa.

—¡Pagar! repetí yo. Tú no conoces, Antonio, el tiempo en que vives.

—Si lo ha dicho un caballero, que venía de parte del Gobernador.

—Ya me parecía á mí, saltó la Alcaldesa, que era un farsante.

—Ya me parece á mí que vas á murmurar, la interrumpió su marido.

—¡Pagar al clero esta gente! refunfuño la Alcaldesa,

sin darse por vencida. Ellos no estarán contentos hasta que se cierren las iglesias. ¡Judios!

—Pues yo tengo que pedirte, Barvic, añadió el cura si te sacamos diputado.....

—¿Qué te paguen? exclamé yo.

—No, hombre, aunque me vendria muy bien, pues hay días que no tengo pan que llevar á esta boca, y sino fuera por algunos buenos amigos..... pero tendrá el Gobierno atenciones más urgentes.....

—Ya lo creo, dijo Bellota. Solamente la guerra de los carlistas cuesta un sentido.

—Más nos cuesta en generales, repliqué yo.

—Lo que deseo, repuso el cura, es que le saques al ministro de Gracia y Justicia dinero para componer la iglesia, que se nos está hundiendo.

—Mejor seria que le pagáran á V., repuso Gerónimo.

—¿Que tal es el rey? me preguntaba entre tanto la Alcaldesa.

—Monta bien á caballo, y sabe nadar.

—Dicen que la Reina es una santa.

—Si, señora. La eterna ley de las compensaciones..... y los contrastes...

—¡Y les han tirado tiros!.... ¡yo tuve un susto!....

—Pues yo no, porque como iba con ellos el Gobernador, me dije al momento:—«Este sabe que no vá á pasarles nada.»

—A propósito del Gobernador, dijo Birli que no le cabia la lengua en la boca, ¿qué les ha mandado á ustedes por conducto de ese señor, que pasó esta madrugada?

—Una tontería, contestó el Alcalde; que votemos al republicano Ginesillo.

—Yo, primero que votarle, me iría del pueblo, dijo el señor cura.

—Y yo.

—Y yo.

—En Babia no hay más que hombres de orden.

—¡Pues no tuvo el atrevimiento, prosiguió el padre Antonio, de amenazar á esta pobre gente, y decirle que se habian de acordar de él!

—Palabrotas que se lleva el aire.

—Que se las lleve ó no, dijo la Alcaldesa, poco nos importa, porque aquí ni debemos ni tememos. Las contribuciones están pagadas.....

—¿Qué entiendes tú de eso, mujer? la interrumpió su marido. Ya saben el señor Barvic y el señor Birli, que nos tienen á casi todos á su disposición, como cualquiera persona decente que quiera ser diputado.

—¡Casi todos! repetí yo, extrañando la frase.

—Hombre, sí, dijo el cura, porque anda por esas calles un sargento licenciado, que se niega á votarte si no le ofreces cierta cosa.....

—¿Y qué cosa es? pregunté yo.

—No lo dice; pero tiene algunos amigos que le hacen coro, y que no te votarán si él sigue en sus trece.

—Pues debes hablarle, dijo Birli.

—Mándele V. un recado, añadió el cura dirigiéndose al Alcalde.

—En seguida estará aquí, añadió la Alcaldesa, por-

que se pasa el día en esa taberna de al lado, jugando á las cartas. ¡ Hombre más perdido !

—V. no puede ver á ese infeliz, murmuró la mayor de sus hijas, Mariquita, doncella pesarosa de 25 años, y arrepentida de más de 50.

—Tú si que le ves demasiado.

—¡Cómo! ¡cómo! dijo el Alcalde. ¿Esas tenemos, niña? primero te romperé.....

—Y diga V., señor Barvic, prosiguió la madre, para que yo no fijára la atencion en aquella escena. ¿Por qué llaman los periódicos á la Tertulia de Madrid el *Meson del Peine*?

—Porque este meson está en una calle muy estrecha, y por consiguiente sólo pueden entrar en él caballeras.

La llegada del ex-sargento, que efectivamente fué cosa instantánea, interrumpió aquel drama de familia, que iba interesándonos.

—A la órden, dijo presentándose con aire marcial y alzada la mano á la cabeza, que tenia cubierta con un pañuelo bastante viejo. Una chaqueta, que habia sido amarilla, un pantalon raído y unas alpargatas completaban su vestimenta. Por lo demás, era guapo, bigotudo, y le hacia bastante gracia un chirlo, que de ceja á oreja completaba su aire marcial, aunque bien mirado, no de sable, sino de navaja parecia.

Pasamos á otra habitacion para estar sólos, y me dijo con el mayor desembarazo:

—¿Es V. el señor diputado?

—Candidato, le contesté

—Allá se van, porque si todos los pueblos son como este, le sobran á V. votos.

—Se conoce que está V. en Babia.

—Yo tambien soy partidario de V. por ir con todo el pueblo; pero la verdad..... uno está á su conveniencia..... Yo he sido sargento.....

—Ya lo sé.

—Y he estado en Filipinas.

—¿En el servicio?

—En el sollado de un buque.

—¡Ya!

—Por ser un consecuente liberal.

—Lo iba sospechando.

—Pero cometí la tontería... como uno ha nacido en Babia, pedí indulto á la Reina Isabel, y no me lo han perdonado. Cuando todos mis compañeros ascendian, á mí me dieron la licencia. ¡Lo que yo he rodado por aquel ministerio de la Guerra, desde la Revolucion acá!... al fin y á la postre me lo han dicho clarito! «Usted no puede justificar haber hecho ninguna hazafia »el 22 de Junio y por lo tanto, sin grandes empeños.....»

—Y bien, V. ¿qué quiere?

—Volver al servicio.

—Difícil me será; pero lo intentaré.

—Por supuesto, con el grado que me corresponde.

—Ese ya es otro cantar.

—¡Pues no que no! habia yo de ver á mis compañeros por ahí arriba... yo necesito que me hagan teniente coronel. Es lo menos con que puedo contentarme. No lo merecian otros tanto.....

—No pase V. adelante, le dije poniéndome en pié; aunque fuera diputado, aunque fuera ministro, nunca apadrinaria yo pretensiones como esa.

—Pues votaré á D. Ginés...

—Haga V. lo que le plazca.

—Y ganaremos la eleccion.....

—Aquí, lo dudo.

—Pues no lo dude V., aquí mismo, porque nos apoya el Gobernador hasta la pared de enfrente, y me ha mandado á decir con el señor de Monipodio, que se pondrá mi despacho de teniente coronel á la firma del rey, si meto en la urna todos los votos del pueblo.

—Trabajo le ha de costar á V.

—Es que en ese caso tambien se conforma con que me lleve á Lobera los libros del padron electoral.

—¡Sopla! (Bueno es saberlo.)

—Pero yo he querido verme antes con V. por ser amigo del Alcalde. Y Dios sabe que lo hago con buena intencion, porque Mariquita está empeñada en que nos casemos... ¡tiene una prisa! Pero en fin, si V. la dotára, aunque no me hiciesen teniente coronel.....

—¿Qué ha dicho V.? do..... tar.....

—Sí, señor; dotarla..... darle 15 ó 20.000 realitos para un par de mulas y una casa..... Yo no soy como estos pobres babiecos que no saben lo que valen los votos..... yo quiero hacer con el mio la felicidad de mis hijos.

—¿Está V. loco? Hemos concluido.

Y le dejó con un palmo de narices. Salió detrás de

mí paso entre paso, hizo un saludo, y se fué, lanzando á Mariquita una mirada de fusil aguja.

—¿Se han arreglado ustedes? me preguntó el Alcalde.

Yo no sabia qué contestar á aquel pobre hombre. Si sólo se tratara del negocio político, fácilmente hubiera salido del paso; pero el corazón me anunciaba que su hija corría peligro, y exigía mi honrada conciencia que en algun modo se lo advirtiese. Mariquita por su parte me observaba á hurtadillas ansiosamente, y comprendí que el negocio amoroso estaba algo más adelantado que el electoral.

¡El negocio electoral! Tan aburrido me tenia, que hice propósito firme de renunciar á la candidatura, aunque rabiase mi primo Bartolo, si no encontraba en Lobera telégramas favorables de Madrid.

—Si te has arreglado con el sargento, dijo Bellota, tendrémos al pueblo unánime.

Llamé á un lado al Alcalde, no sin que Mariquita se pusiera pálida como la cera, y le dije misteriosamente:

—Es preciso tener mucho cuidado con los libros electorales, porque los van á robar.

El hombre abrió la boca, y se le helaron las palabras.

—Créame V. y guarde secreto, señor Alcalde.

—Me los traeré á mi casa.

—Bien pensado.

—Pero explíqueme V.....

—No puedo. También, como amigo, aconsejo á usted que le quite á Mariquita de la cabeza.....

—Ya le entiendo á V. ¿El sargento....?

—No me pregunte V. nada.

—¡Ah pícara! dijo el Alcalde, blandiendo el baston de borlas, que no se le caía de la mano.

Yo miré de soslayo á Mariquita, que se levantaba como una estatua y salía de la habitacion.

—Ahora, Gerónimo, á caballo, que tengo mucha prisa de llegar á Granujera.

—Pero ¿no esperamos á Carranza? dijo Birli.

—A esta hora, añadió la Alcaldesa, con el calor que hace.....

—No le esperarémos. Que tome aquí un bocado y siga.

Yo me ahogaba en aquella atmósfera, tan pura, tan patriarcal; bajo un aspecto, pero tan amenazada de corromperse, el corazon me lo decia, por la diabólica influencia de la política. Los circustantes, entre confusos y disgustados, nos acompañaron á las afueras del pueblo. El Alcalde quiso una porcion de veces hacerme preguntas; pero yo le corté el reversino.

En el egido me dió un muchacho una carta del maestro de escuela, rogándome que le dispensára, pues no tenia zapatos. Habia pensado ir á verme por la noche, creyendo que la pasaríamos allí. No pude menos de reconvenir asperamente al Alcalde.

—No tiene él la culpa, dijo el P. Antonio, sino el Gobierno, que no paga la renta de las inscripciones, ni nada de lo que tiene entre las uñas. A este pueblo se le trata á zapatazos. Todo el mundo se rie de Babia. Ya se vé, como los pocos hombres de bien de la provincia están en Babia.....

—Pues es preciso pagar al pobre maestro, dije yo. No es justo que Babia se confunda con el resto de España.

—Ya se vé que le pagarémos, contestó el Alcalde, y del primer dinero que se coja; y como vá á ser mucho, pues nos deben un dineral, establecerémos otra escuela, que hace suma falta.

—Recargar el presupuesto..... murmuró Geromo; ¡Qué tontería!

—¡Eso es! repuse bruscamente. ¡Tienen Vds. al maestro sin zapatos y piensan en otro! ¿Por qué no establecen ustedes una universidad libre? ¡Así Babia sería un pueblo como todos.

Cuando nos quedamos sólo Geromo y yo, refrescóse mi espíritu y se ensanchó mi alma, á pesar del calor que hacia. Eran las doce y teníamos que andar cuatro mortales leguas. La idea de correr tres horas á caballo por terrenos escuetos de labor, á pique de que el sol de Agosto nos devorára, parecíame preferible á verme frente á frente con nuevos electores. Tan hecha y asentada estaba mi decision de abandonar el campo, que tambien convencí á mi compañero, y convinimos en que si no habian llegado los telegramas á Granujera, yo regresaría á Madrid, y él por el mismo camino á nuestro pueblo, anunciando á los amigos mi retirada. Era, sin embargo, Birli, espíritu más fuerte y democráta que yo, que apénas le causó impresion aquel espectáculo de un funcionario público aconsejando un crimen al primer quidam que se le presenta, y un crimen por todo estilo inútil y escandaloso, como el robar los padrones electorales.

—¿Sabes, me decía, que mirándolo bien es una idea nueva, y que me hace gracia?

—Pero es inmoral, indigna, y estéril. Podrán así anularse los votos de un pueblo; pero no se ganará jamás una elección.

—¿Quién sabe? replicó Birli, cuya ancha manga me iba horrorizando. Figúrate que cuentas con el Gobernador y con el juez de primera instancia..... se puede hacer el acta en la cabeza de partido.

—¡Jesús que disparate!

—¡Disparate! repuso Bellota un tanto picado. Ni habría necesidad de falsificar las firmas, porque los mismos que el libro se llevarán, podrían hacer veces de presidente y secretarios, escrutadores.

—Pero ¿y la junta de escrutinio?

—Se tiene mayoría en ella, ó *se hace la mayoría*, y en último caso ¿para qué está la guardia civil? un motín preparado con maña es una gran cosa.

—Irian todos á presidio, exclamé pasándome ganas de añadir: —Y tú con ellos.

—El presidio en las elecciones á nadie asusta..... es otro mito como la partida de la porra. Además, contando con el Gobernador, se contaba con el Gobierno, y el acta resultaría más blanca que la nieve.

La idea me horrorizó, máxime desarrollada con aquella frialdad matemática. Piqué al caballo y corrimos hasta reventar. Geromo se quedó algo rezagado. Cuando llegué á la vista de Granujera, las casas y algunos escasos árboles del egido giraban humeantes á mi alrededor, como si estuvieran cociendose en un hirviente volcán. Me creí atacado de apoplejía. Estaba

el caballo blanco de espuma. Esperé á Bellota debajo de un árbol, y nos fuimos á una posada, agradeciendo á Dios que no hubieran salido á recibirnos los amigos, para descansar algunos instantes.

Granujera es el pueblo más importante de mi distrito, como ya dije, y como puede ver el lector estudioso en el mapa ilustrado de mi amigo Bellota. 2.900 electores entre carlistas, alfonsinos, republicanos, progresistas y petroleros. Hay club, hay Tertulia radical, y hubo una escuela antes de la revolucion. Tenian ya juntito un poco de dinero para una plaza de toros, y se lo sacó un célebre ministro de Hacienda, ofreciéndoles costear su construcción por el presupuesto de Fomento. Quedábanle algunas inscripciones intransferibles, unos bonos y acciones del ferro-carril; pero el Alcalde los habia enviado á Madrid para cobrar los intereses, y como el ramo de correos anda tan perdido, ni llegaban al agente las cartas del Ayuntamiento, ni al Ayuntamiento las del agente.—Me apresuraré á decir que el Alcalde era inamovible. Lo eligió la gloriosa en medio de la calle, entre un guardacanton y una taberna, sin ser republicano, ni socialista, ni hombre de partido, sino un mozo que tenia muy trillada la frontera con fardos al hombro y retaco en mano, siendo por ello providencia de los emigrantes y amparo de los que se escapaban de la treña. Habialó sido pocos años atrás de un general que atravesó media España, destruyendo puentes y cortando ferro carriles, por que un Gobierno ominoso le impedia adelantar la hora del progreso y la civilizacion, y hétele popular y niño mimado de la señora opinion pública.

Entónces fué cuando tuve ocasion de prestarle el servicio de la capa. Yo me hallaba en el pueblo liquidando negocios de la carretera, y supe que los nuevos concejales no podian tomar posesion por falta de ropa.

Nombrado con tanta solemnidad Alcalde, el hombre se propuso no soltarnunca la vara. Eligiéronle sus enemigos diputado provincial, por quitárselo de encima, y siguió siendo Alcalde desde la capital de la provincia y volvió tan fresco á sentarse como si tal cosa en el sillón del consistorio; que aunque le hubieran elegido Papa, desde Roma seguiria siendo Alcalde, pues como patricio de la buena escuela, ningun honor le halagaba como presidir á los venticuatro de Granujera. Estaba condecorado con varias cruces de distincion, y aunque descuidase ya mucho lo de los fardos, por el concejil decoro, iba subiendo su casa como la espuma, susurrándose *que lo hacia por debajo de cuerda*.

En cuanto al secretario, era un antiguo amigo mio, que empezó á estudiar para escribano y no pudo con el Febrero; pero sí aprendió los otrosies y el parezco y digo, y arreglaba un protocolo en la punta de la uña, sacando de él á pedir de boca testamentos y mandas pias y hasta bulas de difuntos; amen de otras habilidades que tenia, de las que dan lustre en la sociedad, como hacer juegos de manos y convertir un duro en *alcali-volatil*, cuando el duro era ajeno.

Castor y Polux, Pílates y Orestes, sombra y cuerpo del honrado concejo granujeril jamás se separaban Alcalde y Secretario, como si el guardador de la fé municipal no abrigara mucha en el encargado de



atizar su fuego, y solian andarse por la villa representando los *Magvares*, para solaz de la gente murmuradora y deslenguada, que en tiempos democráticos suele hacer su Agosto, la cual les llamaba Rinconete y Cortadilló, aunque ellos se llamásen á secas, Pepe Lobo el Alcalde, y Paco Leon el Secretario.

Era la posada un caseron antiguo que parecia un palacio moruno, por sus dos torrecillas flanqueado, con sendos balcones de piedra, que recordaban á los trovadores. La planta baja, única habitable en verano, tenia multitud de puertas para los varios usos de su destino, pues en la feria se acomodaban allí las rifas y los juegos ambulantes, en un salon el teatro, en una corralada el circo olímpico, y allá por los pasadizos y cuchitriles interiores algo semejante á lo que en lo antiguo llamaron mancebía.

Apañamos desde luego una habitacion de esquina por ser fresca y ventilada, lleváronse los mozos los caballos, y mientras yo caia en una silla, *come corpo morto cade*, á esperar la fuente de gazpacho que nos aderezaban en la cocina con pimientos y tomates, mi amigo Birli, más impaciente y más político, salia en busca del telégrafo, que estaba por fortuna en la misma calle.—Victoria en toda la línea! gritó un momento despues entrando en la habitacion con un telégrama en la mano. ¡La pipa nos ha hecho ministeriales!

Me dió un vuelco el corazon que me quitó el cansancio, pues ya mi amor propio se interesaba en la lucha, y corrí á Geromo que me puso con solemnidad delante de la cara el borrajado papel. Apenas daba crédito á mis ojos, cuando leí:

*Sr. D. Gerónimo Birli.*

Madrid (tantos) de Agosto

*Recibida pipa. Esquisito. Contestacion correo. Aviso gobernador aceptado candidato ministerial usted. Título á firma. ¿No habrá un par?*

BODEGA.

—Aprende á tener amigos, dijo Bellota.

—Pero no entiendo bien esta parte, contesté á Gerónimo, entre regocijado y pensativo. El maldito telégrafo deja siempre medio á oscuras.

—Está bien claro. Que le ha gustado mucho el aguardiente; que dá las gracias por el correo; y que el Gobierno acepta el candidato ministerial propuesto por mí.

—Conformes hasta ahí. Pero ¿y eso del *título*?

—No lo entiendo en verdad muy bien; pero eso es secundario.

—¿Y el *par*?

—Tampoco lo entiendo.

—Vamos por partes, añadí yo, dejando caer un momento la cabeza entre las manos. ¿Será que me hagan *conde de la Gran Pipa*?

—Pudiera ser.

—Me pondrían en ridículo.

—Por menos se hacen hoy condes y marqueses.

—¿Había de repetirse conmigo aquella escena de las Cortes de Cádiz, que quisieron titular á un general

inglés por la batalla de la Cabeza del Puerco? ¡Cómo no me hagan *márques de la Olla podrida*, en agradecimiento á la dedicatoria!

—Lo de *el par* es más oscuro, dijo Bellota.

—Eso lo veo yo más claro. Este pobre Gobierno anda sin duda escaso de candidatos ministeriales, y te pide otro por amor de Dios para algun distrito huérfano y desvalido.

—Otra cosa pensaba yo, replicó Birli.

—¿Qué pensabas?

—Que pide Bodega otras dos pipas... ó sean cincuenta arrobas más.

—¡Quita allá! sería monstruoso. Con cincuenta arrobas de espíritu de vino hay para pegarle fuego á Madrid. Prescindes del sentido gramatical. El *par* se refiere á candidato.

—Yo creo que se refiere á pipa.

—Están una legua distantes las dos palabras.

—Estarían juntas en la mente del autor.

—Entonces hubiera puesto el telegrama así:—*Recibida pipa. Esquisito. ¿No habrá un par?*

—Me convences. Los escritores teneis salida para todo.

—No lo dudes. Te pide otro candidato. Y por cierto que es cosa de pensarlo, añadí lleno de benevolencia hacia un Gobierno que me iba pareciendo aceptable, tanta es la debilidad del corazon humano. ¿Por qué no te ofreces tú mismo?

—Hombre, dijo Bellota con gravedad; eso tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Es preciso pensarlo con madurez. Me estoy ensayando en estas escaramu-

zas, para cuando llegue mi día. Todo se andará.

Y véase lo que es el corazon, abismo de contradicciones. Cuando ví que con tanta blandura acogia mi propuesta, me avergoncé á mis propios ojos y reconvine de alentar pretensiones descabelladas de hombres ignorantes, para otras cosas nacidos, contribuyendo yo mismo á dislocar la sociedad y corromperla, que es el más grave error de la falsa democracia, por mí á todas horas censurado. En vez de decir á mi amigo: —«estudia, medita, educa tu inteligencia para la vida política»—le decia:—«tómala por asalto á favor de la pipa, aprovéchate del rio revuelto, conviértete en un Blas Gil, en un Monipodio, en un demócrata «cualquiera.»—; Oh miseria humana! ¿Y por qué esta caída tan vergonzosa? meramente por disimular á mis propios ojos otra mayor, que siéndome antipático y aborrecido el Gobierno, por una simple cuestion de amor propio me convertia en candidato ministerial.

Igual reaccion se verificaba en mi debil naturaleza física. Yo, tan cansado de idas y venidas, de vueltas y revueltas, de miserias é indignidades, de electores y elegibles, yo, que empezaba á renegar y maldecir de la hora en que bajé á los infiernos del sufragio univèrsal, más positivos y diabólicos que los que el Dante y Orfeo visitaron, sentia ya complacencia en seguir bajando, bajando á lo más hondo del abismo, y mi cansancio desapareció, y fué mi desaliento esperanza, y el asco moral apetito desordenado..... Entróme una fiebre de actividad tan grande, que dije á Gerónimo:

—Esto ya nos compromete á no dormirnos en las pajas, y ahora van á ver los señores republicanos

quien es Calleja. Hasta me siento capaz de sacrificar unos cuartos.....

—Eso es imprescindible, ya te lo he dicho, me contestó Bellota. El sufragio universal, como el avestruz, digiere los metales mejor que los garbanzos.

Convinimos en la necesidad de activar los trabajos aquella misma tarde, anunciando á los amigos de los pueblos la buena nueva, y empezamos por enviar al telégrafo la siguiente minuta, para vengarnos de Blas Gil, á quien yo guardaba rencor.

»*Presidente del Consejo, Madrid.*

»*Delegado Gobernador atropella, veja, cohibe. Escandalo inmoral desprestigia Gobierno. Obranán Tribunales.*»

»BARVIC.»

Acto seguido, en un dos por tres, entre Geromo y yo, por via de postre á una magnífica fuente de gazpacho, escribimos veintitantas cartas muy breves; pero donde se introdujo este parrafito elocuente y sustancioso, que redactó Birli:

»Escuso decir á V. que no vacile ni deje vacilar á »nadie, aunque sea necesario hacer algunos gastos, pues »deseando no ser en manera alguna gravoso á mis »amigos, estoy completamente decidido á no omitir »por mi parte sacrificios para la victoria.»

Mucho nos hizo discutir este párrafo, que yo quería poner el gasto en singular, añadiéndole el epíteto *extraordinario*, y lo de mi decision, menos expresivo; pero me hizo reparar Geromo, que en tales momentos

no era conveniente usar anfibologías ni tiquis miquis con los electores, por temor de que alguno dudase cuales gastos serian de abono y cuales nó. El argumento me pareció irrefutable.

Hízome reparar tambien, despues de cerradas las cartas, que algunas iban á llegar tarde por el correo y convendria enviarlas con propios que llevasen además cantidades á buena cuenta, porque el falso pundonor suele hacer en las elecciones del sufragio universal efectos desastrosos, pues hombre hay que no se atreve á pedir cuartos al candidato frente á frente, pero los toma de cualesquiera mano secundaria que se los dé. Tambien hay quien deja caer en el momento de la lucha su espíritu, celoso á la par y agraviado de que tal tabernero ó cual jefe de partido haya pescado un adelanto.....

En este momento paró un caballo á la puerta, y se nos puso Carranza delante.

—Gracias á Dios, dijo Bellota, ¿qué hay de Abrelojo? ¿Qué le ha dicho á V. para mí el señor de Rio Revuelto?

—Menos que nada, respondió el ex-alguacil, que está el pobre que ni dá ni toma, y me parece que lia el petate de esta hecha. Cuatro sangrias le han propinado, desde que anoche le visitó D. Calisto Monipodio, con quien delira y charla más que una cotorra, en medio del calenturon que se lo lleva al gran viaje. Su mujer, que es de la Serranía de Ronda y gasta bigote, no consiente que nadie hable con él, y cuando yo me colaba en la alcoba hurtándole las espaldas, á empellones me hacia salir, echándome tacos redondos co-

mo una bala de cañon. Seria porque no oyera que el enfermo, como si tuviese delante una fantasma, unas veces le pedia perdon á Monipodio, y otras veces juraba y perjuraba, que antes de sacarle 20.000 duros por no ir á presidio le habian de hacer pedazos.

—Eso es, dijo Bellota, que le han descubierto las cacas de Jerez, y le amenazan como no dé sus votos á Ginesillo.

—En el pueblo se dice, prosiguió Carranza, que Monipodio ha descubierto en la Administracion de bienes nacionales, que D. Tomé ha metido en la dehesa de propios que compró todas las tierras que habia al lado en media legua á la redonda, y le pide 20.000 duros por guardar el secreto.

—Tambien es posible, dijo Bellota.

—Pero en resúmen, ¿nada le ha dicho á V. la redonda para nosotros?

—Nada más, sino que ellos les dan todos sus votos al Gobierno, y la sangre le darian si se la pidiera. ¡Si es una señora tan ministerial, que no se le cae D. Amadeo de la boca y está pagando misas por el alma del general Prim!

—Entonces son votos seguros, dijo Birli, cuando sepan en Abrelojo que tú eres el candidato ministerial. Y en el pueblo, añadió dirigiéndose á Carranza, ¿ha encontrado V. buena disposicion? ¿á quien piensa votar aquella gente?

—Al que quiera el Gobernador. ¿No vé V. que hacia seis meses que el Ayuntamiento no cobraba un cuarto, y les van á dar 5.000 reales, que ya estará el Alcalde en la capital á recibirlos? y buena falta que le hacen a l

pobre, pues tenia sin segar su senara y ya hoy al amanecer andaba en la plaza ajustando segadores.

—¡Con el dinero del Ayuntamiento! murmuró Bellota. Buena ocasion para buscarle las cosquillas.

—¡Si, que no lo hice yo, repuso Carranza, metiéndome en la taberna donde habia un jollin de todos los diablos contra el Alcalde! Solo de allí hemos de sacar cien votos, pues el tabernero es amigo mio, y le he dejado dicho que los dias de eleccion á todo el mundo se le dá borrachera grátis, con tal que vote.

—¿De manera, dije yo, qué ya no hay que ocuparse de Abrelojo para nada?

—Sí, respondió Bellota, conviene enviarle al tabernero quinientos reales adelantados, pues esos carros no andan bien si no se les unta el eje antes de salir de casa.

—Justamente, repliqué yo, hay que buscar ahora mismo diez ó doce propios de confianza, pues ván á llevar dinero.

—Aquí todo el pueblo es mio, exclamó el ex-alcuila, poniéndose el sombrero. Dentro de diez minutos están con sus jacos á la puerta.

—Oiga V. hombre. Tambien tiene V. que buscarme al Furraco; pero muy en secreto; ya sabe V. quién es; el presidente del club. Déjese V. caer con él, diciéndole que le traigo 500 rs. de parte de D. Bartolo.

—Entendido, entendido.

Antes que saliera Carranza, llegó un mozo del telégrafo con este parte.

«Señor Barvic.—Granujera.

»Mando Gobernador retirar delegado.

»EL PRESIDENTE DEL CONSEJO.»

—Esto se llama un hombre político, exclamamos Bellota y yo. Fino, lacónico, eficaz...

—¡Del presidente de los ministros! repitió Carranza entusiasmado. ¿Con qué de veras es V. ministerial? Ahora sí que nadie nos disputa la breva.

—Es preciso, Carranza, añadí yo, que corra la noticia por la poblacion. Es preciso que todo el mundo sepa que soy el candidato ministerial, y que el Gobierno por indicacion mia, no sólo retira el delegado del Gobernador, sino que quitará á éste como siga haciendo barrabasadas.

—¿Qué me dice V. á mí? ¿si entenderé yo estas cosas?

Y salió como un cohete.

—Hay que avisar á los amigos que hemos llegado. La reunion de esta noche estará brillante. Verás que pronto viene aquí Paco Leon, cuando sepa que soy ministerial.

—Hagamos la distribucion del dinero para los propios, dijo Bellota.

—Mira, le contesté, yo no tengo la cabeza para números, y necesito escribir á mi mujer, que con estos lios no he podido hasta ahora dedicarle cinco minutos. Encárgate de eso tú. Ya sabes que en el maletín hay mil y pico de duros. ¿Tendremos bastante? añadí arrancando las palabras del corazon.

—¿Pues no hemos de tener? y sino que lo pongan los amigos. Luego saldremos á cuentas.

¡Yo, que jamás habia dado mil reales sin recibo, entregaba mi dinero y mi crédito á un hombre de escasa confianza! ¡Qué trasformacion! Y apenas puse

cuatro letras á mi mujer, ¡yo que le escribo siempre las cuatro caras! Ni me acordé de enviarle besos para mis hijos. Así me contestó llamandome de usted, y encargaba al propio tiempo á mi madre espresiones *para ese caballero*.

Geronimo habia salido á la puerta de la calle, á llamar á los propios que iban llegando, para despacharlos en otra habitacion.

—Ya viene el Ayuntamiento, me gritó desde allí; pero.... ¡calla! no: el Alcalde y el secretario entran por otra puerta de la casa...

—Se habrán equivocado. ¡Mozo!—dígales V. á esos caballeros cual es mi cuarto, que sin duda vienen preguntando por mí.

—No, señor, respondió el mozo de la posada, están con el delegado del Gobernador; no dejan la ida por la venida.

—¿Con que está aquí el delegado?

—Sí, señor; llegó tres horas antes que ustedes. Esta inesperada noticia me obligó á permanecer un rato cabizbajo y cejijunto.

—¿Hay permiso? preguntó una voz á la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

—Adelante.

Y entraron Lobo y Leon, unidos como dos hermanos gemelos.

—¡Barvic! exclamó con los brazos abiertos Leon.

—¡Paco! exclamé, dejándome abrazar.

El Alcalde, recordando sin duda lo de la capa, me refregó de mala gana su zamarra por la pechera de la camisa. A las primeras palabras les anuncié que era

candidato ministerial, lo que no les cogía de nuevas.

—Me alegro de que estés sólo, dijo Leon, porque tenemos que hablar de asuntos de importancia. En este pueblo vas á tener dos mil votos redonditos, si te comprometes á presentar un proyecto de ley en seguida, en seguida.....

—¿Para abolir de veras las quintas?

—No, á nosotros ¿qué nos importa eso?

—¿Para rebajar las contribuciones?

—Tampoco, dijo Rinconete con desden. Por 1.000 duros más ó menos, no es el pueblo más rico ni más pobre.

—Para que se nos aplique, añadió Cortadillo en voz muy baja, aquella ley sobre las cuentas del Ayuntamiento de Madrid, porque nuestros antecesores los reaccionarios nos han dejado ahí una reata de inscripciones que han desaparecido y bonos que se han negociado en Bolsa.....

—Asunto concluido, dijo Birli entrando en la habitación. Ya están los propios en marcha, y pagado su viaje de ida y vuelta á duro por barba. —¡Hola, señores! ¡cuánto bueno por aquí!

—¿Venis de despedir al delegado del Gobernador? les pregunté, variando de asunto, pues comprendí cuanto les embarazaba la presencia de mi amigo.

—¡Despedir! respondió Paco. El delegado no se vá.

—Pues ¿no ha recibido telégramas del Gobernador?

—Sí, más de uno. En el primero le dice:—«Suspenda V. el trabajar por D. Ginés Pasalodos hasta nuevo aviso.»

—Esa es la sentencia de muerte de Ginés, exclamé lleno de gozo. ¡Como que yo soy el candidato ministerial!

—En el otro parte le dice:—«Queda retirado el nombramiento de anteayer, y en su lugar sale hoy por correo otro nombrando á V. comisionado en esos pueblos.»

—¡Qué infamia! grité yo.

—Pongamos al ministro nuevo telegrama, dijo Bellota.

—Sí, sí. Él no puede tolerar esta indigna burla. ¡Hacer juego de palabras una cosa tan seria! Y con mas rabia que el moro Tarfe, cuando escribió su famoso cartel de desafío,

que donde pone la pluma  
el delgado papel rasga;

redacté el telegrama siguiente:

*«Presidente del Consejo.—Madrid.*

*»Gobernador burla V. E., Gobierno sentido comun. Retira delegado nombra comisionado. Este incendiario público. Gran indignacion electores.*

*»BARVIC.»*

La contestacion fué aún más rápida y satisfactoria que la otra vez, pues todavía estaban allí el Alcalde y el secretario.

*«Sr. Barvic.—Granujera.*

*«Gobernador enérgicamente reprendido retirará comisionado. Tranquilice V. nobles liberales granujeros.*

*»EL PRESIDENTE DEL CONSEJO.»*



El Alcalde, que estaba en brasas desde que entró Geromo y no sabia disimularlo, dijo como quien no quiere la cosa:

—¿Vamos á ver si ha recibido Monipodio el pasaporte?

—Vé tú, le contestó el secretario. Aquí te espero.

—Vamos juntos, replicó Rinconete.

—¿Para qué? dijo Cortadillo, que al parecer estaba resuelto á quedarse.

El buen Lobo, aunque de mala gana, tuvo que salir.

—Gerónimo, le dije á Bellota, ¿me haces el favor de sacarme del maletín las cartas que traemos para estos?

Y cuando salió Bellota del cuarto, volviéndome á Leon le dije:

—Me he quedado sólo, para decirte que lo que me pides es muy grave, muy difícil; pero.....

—El Ayuntamiento haria cualquier sacrificio, incluso partir contigo, porque ese hombre nos tiene en un compromiso atroz. Ha comprado bienes nacionales con los bonos. ¡Tú no puedes figurarte cuantas gracias le he dado á Dios de que sea un amigo como tú el candidato ministerial!

El Alcalde se coló de rondon en la pieza, mirando á un lado y á otro como un grillo que siente pasos entre la yerba.

—Me parece que es inútil cuanto V. haga, dijo. Ese hombre no se vá.

—¿Cómo? ¡imposible!

—Se le retira el nombramiento de comisionado y se le nombra visitador.

—Pero ¡esto es una farsa indigna! exclamé ahogándome de rabia. Si piensan aburrirme, se equivocan. Estoy resuelto ya á salir diputado, aunque todo mi caudal me cueste. Pero no puedo creer que el ministro sea cómplice en esta ridícula comedia. Ya veremos quien se cansa primero, y como le quite la máscara.....

En seguida puse este parte:

»*Presidente del Consejo.—Madrid.*

»*Gobernador merece destitucion y más. Burla mandatos V. E. Retira incendiario comisionado. Nómbrale visitador. Indignacion popular. Motin-imminente.*

«BARVIC.»

A correo vuelto iba á decir, pero fué á telégrafo vuelto, cuando tuve la siguiente respuesta:

«*Sr. Barvic.—Granujera.*

»*Gobernador consecuente liberal celoso funcionario. Abusos quizás secretaria donde queda meritorio enemigo situacion. Doy apremiantes ordenes. Juez campo lucha electoral respetará Gobierno voto público. Cesante meritorio.»*

«PRESIDENTE DEL CONSEJO.»

—Juro por los alcornoques de Tablada, dije al leerlo, que es un villano el que dude de este hombre, y se lo haré bueno á pié ó á caballo, en los Bufos ó en



Price. Tengo la seguridad de que á estas horas el señor Monipodio habrá tomado las de Villadiego.

—¿Por qué no vas á verle? dijo el Alcalde enca-rándose con el Secretario.

—¿No quieres tú ir? respondió éste, poniendo una cara de perro cogido entre dos puertas.

Pero haciendo de tripas corazón, salió por la que conducía al centro de la posada.

Comprendiendo Geromo que estorbaba desde que le pedí las cartas, iba y venía á la puerta de la calle, donde unas veces su voz y la de Carranza otras, sonaban entre un grupo de hombres del pueblo, esperando sin duda que me quedára solo.

—¿Le ha dicho á V. su amigo....? me preguntó en voz baja Rinconete.

—Sí, señor, y se hará lo que se pueda, aunque....

—Yo, como le quiero tanto, daría hasta mi sangre por sacarle del apuro, pues ha empeñado en Madrid los intereses del Ayuntamiento para comprar bienes nacionales.

En esto entró Cortadillo, que ya no le daré otro nombre que el que la perspicacia popular le daba.

—Pues, señor, dijo mirándonos con recelo, aquí hay gato encerrado.

—¿Qué, no se vá Monipodio?

—Le ha nombrado el Gobernador comisionista.

—¿Co-mi-sio-nis-ta? Pero ¿esa gente quiere que yo haga una barbaridad?

—Me parece que Monipodio tiene gana de explicarse contigo. ¿Por qué no vas á verle? Casi me lo ha indicado. Él es buen hombre, y habla de tí como me-

reces. Al fin habeis de entenderos, pues siendo tú candidato ministerial y él agente del Gobernador, al fin y al cabo, trabajará por tí. En reserva me ha confesado que si hablárais los dos se arreglaría todo.

—Dice bien. Siempre me ha gustado atacar de frente las dificultades. Voy á despachar á esos hombres, y en seguida....

—Pues hasta luego. Vamos á preparar á los amigos para la reunion de esta noche en el Ayuntamiento. Medio pueblo estará allí.

En cuanto me vieron sólo, entró Carranza, que dándose asomadas en la puerta ocho ó diez cabezas, que todas debian de ser de grandes de España, pues eran caballeros cubiertos. El ex-alguacil hizo señas á uno de que se acercára.

—Mire V., me dijo, éste cuenta con seis cuadrillas.

—Y aquí están las céulas, y aquí están ellos mismos apuntaos en este papel, añadió el hombre, sacándose de la faja un lio mugriento y nauseabundo.

—Pero ¿qué quiere decir cuadrillas? pregunté yo. ¿Cree que busco gente para la siega?

—¡Toma! los eletores, los que pueen dir al Ayuntamiento á echar el voto.

—Diré á V., añadió Carranza, es que están organizados en cuadrillas de 40 á 50...

—Pus velaí, y el que más dé se llevará los votos de toos.

—Ya voy comprendiendo, murmuré, hondamente desazonado, porque yo no sirvo para tratar negocios de dinero, ni aun negocios decentes. ¿Dónde está Gerónimo? le pregunté á Carranza.



—Le han llamado al telégrafo á conferenciar.

—¡Hola! me parece de buen agüero la conferencia. Él podrá hacer este ajuste.

—Señorito, dijo el paleta dándole vueltas entre las manos al envoltorio; nosotros no le hemos robao á naide estos papeles; el menisterio nos los ha dao. ¿A qué están los probes? á ganarse un jornal. Si esto lo vale, mientras uno tiene un duro á naide se lo pide, y ajorra de coger la azaa.

—¿Con que es decir que por el valor de un jornal me darán el voto esas cuadrillas?

—¡Quia! no, señor; la vez pasaa nos los pagaron á duro, y ahora no se puen dar ménos de 50 riales, que hay hombre que quíe comprar un lechon pa engordarlo á la montanera.

—Eso es muy caro. ¿Cuántos hombres tienes tú?

—Misté, yo tengo seis cuadrillas, que entre toas dán 215 votos, y aquel rubio, que es el aperaor del Secretario, tiene mas de doble, y aquel regordete, que está sin afeitar, tiene algo ménos, y entre toos le llevamos á V. una sombreráa de votos que naide se la menea, y aquí no hay dengun aquel ni dengun mijuage, que hemos de estar á la puerta del Ayuntamiento pasándoles lista, y V. pué mandar allí otro que lo vea por sus mismos ojos, y el que no eche el papel no cobra..... y san sacabó.

—Pues bien, le dije con tanto asco en el estómago como si hubiera bebido aceite, yo os avisaré con Carranza.....

—Miste, señor, si lo deja V. pa el último dia le pué salir peor la cuenta, porque nosotros estamos al que

primero nos jabla, y si el dia é mañana vienen á ofrecernos uno ó medio los que le dán á uno é trabajar, no les puee uno volver la cara.

—Sí, sí, no tengas cuidado, que yo te avisaré con tiempo.

—Vamos, dijo el hombre rascándose la cabeza, que si los pagára usted toos á cuarenta reales, nos habiamos de arreglar.

—¿Pueo yo icir una palabra? preguntó el regordete desde la puerta.

—Una y diez, le contestó el ex-alguacil.

—Pues yo igo que el señorito podia pagar á medias con el que vaya á ser senaor, que tiene el mesmo interés como quien dice; porque mire V. señorito, á nosotros los probes ¿qué nos vá ni nos viene en que usted ó el otro ó el de más allá sea senaor ó deputao? ni esto (y se mordió el canto de la uña). ¿Y qué más nos dá echar una papeleta que echar dos? Con que si ustés se arreglan, caa uno pué pagar su tanto en su proporcion, y sale más barato.

—Has jablao como un libro, dijo otra voz á la puerta.

—Bien, bien: repito que os avisaré, grité por acabar tan vergonzosa escena.

Y viendo los hombres que no les hablaba más, se fueron refunfuñando. Las cabezas de la puerta desaparecieron tambien.

—Pues mire V., dijo Carranza, ahora están más razonables, porque la otra vez, empezaron pidiendo á 25 duros por cada voto, para acabar dándolos al precio de un jornal, aunque ellos dicen que á duro. Ha

hecho V. bien en no cerrar el trato, porque barrunto que esta vez han de llevarse á peseta.

—¡Hágalo Dios! exclamé sin saber lo que decía, porque al pronunciar la palabra Dios, el remordimiento de la conciencia me hizo olvidar los retortijones del estómago.—Pero ¿qué votos, añadí, tienen las personas influyentes de este pueblo? Si los mismos aperadores de los concejales venden el suyo y el de sus cuadrillas, ¿con quién cuentan los señores?

—Con ocho ó diez amigos y nada más. Esto sólo pasa hasta ahora en las poblaciones grandes; pero continuando el sufragio universal, sucederá también pronto en las pequeñas; cuando no haya quien pague, los jornaleros no votarán, porque dicen, y dicen bien, que no valiéndoles nada ¿para qué les sirve ese papel? Si viera V. el pobre Furraco ¿qué desesperado está!

—¿Le ha visto V.? ¿Qué dice? ¿Quiere ayudarme?

—No es la gana lo que le falta, pues los veinticinco duros le vendrían como pedrada en ojo de boticario; pero los del club desconfían hasta de su sombra desde que el gobierno les ha hecho esa mala pasada, y teme el Furraco que le asesinen si dá un mal paso. ¡Pues sino fuera por eso...! quinientos votos me ha dicho que le daría á V. por los quinientos reales.

Gerónimo entró en aquel momento muy pensativo.

—Venía calculando, me dijo, que se pierden fuerzas y tiempo en la manera que hacemos los trabajos. Mañana se votan ya las mesas, y no más que tres pueblos llevamos recorridos. Caminando de sol á sol, podríamos ir á Mamalhondo, Salsipuedes y Ojo al Cristo á todo rabiarse; pero nos quedarían á derecha é izquierda

muchos pueblos importantes, como Quiebrahuesos, Trapisonda y sobre todo Farfulla, donde yo tengo mis mejores amigos.

—Es verdad.

—Opino que nos separemos. Aunque la eleccion vá muy bien, y la aseguras con ser candidato ministerial, hasta el fin nadie es dichoso, que el refran dice muy bien, á Dios rogando..... Yo nada hago aquí esta noche, y puedo irme á dormir á Trapisonda. Quédate con Carranza, y nos reuniremos en Lobera el último dia de elecciones. Ya habrás comprendido mi plan. Los pueblos de la orilla del Dondinero, para mí, y los de la falda de la sierra Niporesas, para tí.—Ahítienes el apunte de las personas á quien se han remitido esos cuartos. Voy á ensillar la jaca.

Y dándome un apretón de manos y un papel, hizo á Carranza cargar con su maletín y se dirigió al interior de la posada.

Como habia sido tan rápida esta escena, como no me dió tiempo siquiera para meditar su proposicion, y sobre todo y ante todo, como yo estaba mareado con aquel teje maneje, con aquella interminable procesion de figuras chinescas, que sentia en el cerebro una pesadez semejante á la del que pasa el trópico en dia de calma chicha, me quedé con el papel en la mano y la boca abierta sin saber lo que pensar. ¿Era aquello una traicion? ¿era un abandono? ¿era una prueba de sincera amistad? ¿creia Birli asegurada la eleccion, ó la dejaba por imposible?

En estas reflexiones se me pasaron los quince ó veinte minutos, que tardó en oirse el galope del caba-

llo. Entonces hice un esfuerzo para llamar á Bellota; pero era tarde, no me hubiera oído, y me dirigí á descargar mi mal humor en el delegado, antes de ponerme en campaña en busca de mis parientes y electores. Al llegar á su puerta, que estaba entornada, me detuve. Se oía dentro una voz aguardentosa, pronunciando estas fatídicas palabras:

—Ninguna persona decente puede darle su voto por menos de cinco duros. No le rebajeis un cuarto. Ese hombre es un farsante, que compromete al Gobierno. ¿Cómo había de ser candidato adicto, quien sale ahora con la paparrucha de católico, monárquico y liberal? Bien se han burlado de él en Madrid.

Retrocedí, porque había olvidado sobre la mesa el telégrama del caballero de la pipa, y quería metérselo al delegado por la boca, ó quizás en el corazón con una bala. Corrí á mi cuarto, y júzguese de mi asombro cuando hallé sobre la mesa este otro despacho, cerrado todavía y con el recibo entre los pliegues del sobre.

«Sr. Barvic.—Granujera.

»¡Traicion infame! Candidato ministerial Birla que hasta pipa nos birla. Le dán título marqués. Indignacion general: personas decentes con nosotros. Republicanos furiosos. Juran matar padre que vuelve casaca. Gobernador agota horrores. Nosotros sobran medios. Apretemos hasta gastar último cartucho.

»BARTOLO.»

—Sí, grité ronco de rabia; aunque mis hijos pidan limosna; aunque tenga que atizar los ódios entre pobres y ricos; aunque tenga que pegarle fuego á la sociedad, encerrando á cada elector en una pipa de aguardiente, yo venceré á ese villano. ¡Pues no faltaba más, sino que el hijo del maestro Birli, que apenas sabe leer, saliera diputado..... con mi dinero y con mi pipa!!!

---



## JORNADA TERCERA.

---

ARIA SENTIMENTAL SOBRE EL SUFRAGIO.—DESAFIO ENTRE EL ROM Y EL AGUARDIÉNTE.—CORRESPONDENCIA ELECTORAL.—LA VENTA DEL MAL LADRON.—¡OTRO MAESTRO DE ESCUELA!—LAS DAMAS DE MAMALHONDO.—¿POR QUÉ EL AMA DEL CURA DEFIENDE EL CASAMIENTO DE LOS CLÉRIGOS?—MOTIN NÚMERO TRES... DE FALDAS.—MOTIN NÚMERO CUATRO, EN SALSIPUEDES.—QUIEREN FUSILARME POR FACCIOSO.—NOTABLE CAMBIO DE LA OPINION, AL SABER QUE COMPRO VOTOS.—ME CONVIERTO EN UN CARABINERO DIFUNTO.—VIDA PASTORIL.—ROBINSON ELECTORAL.—EL ESPANTA-PÁJAROS.—ME LLEVA LA DESNUDEZ Á OJO AL CRISTO.—METE LA PATA MONIPODIO.—BANQUETE ELECTORAL EN INFLACANES.—HACE FALTA MÁS DINERO.—¡ÚLTIMO DIA DE ELECCION!—PIÉRDESE POR MÍ LA DONCELLA PESAROSA.—REGRESO Á LOBERA.—¡LA MAR!!!!

Si estragar el estómago de mis lectores me propusiera, ó hacer de este *viaje electoral* un gorro de dormir, como los discursos de Salmeron, Bautista Alonso ó cualquier hombre grande del meson del Peine, llevaríalos ahora pueblo por pueblo y casa por casa á recorrer aquella interminable calle de la Amargura, donde mi pobre bolsa, abofeteada y alanceada, pero nunca escupida, fué mi único Cirineo hasta llegar al Calvario del escrutinio, proporcionándome de paso al-



gun traspies mortal, como verá á su tiempo el lector curioso. De propósito semejante líbreme Dios, que tambien tengo mi estómago, aunque ya en este viaje corrompido, y quiero abreviarlo todo lo posible, para que pronto lleguemos al día de la purga. Ni en verdad merecen bajo el aspecto estético de la sentencia horaciana, *utile et dulci*, la gran mayoria de los productos del sufragio universal, ocupar la atencion de lectores sensatos, si bien á la truhanesca literatura que los antiguos escritores españoles estudiaban en el Potro de Córdoba, en el Azoguejo segoviano ó entre los forzados de las galeras, podrian ofrecer modelos inimitables. El afortunado sistema político que consiste en dar más valor á cuatro quintos que á un coronel, á dos mozos de cuerda que á un Académico y á las cuatro patas más que á un banco, desarrolla el ingenio pícaro de las clases ínfimas de la sociedad, en tal manera y por tan nuevos rumbos, que si fuera posible que España continuase metida en este berengenal, dentro de 20 años seriamos todos Patturots y Rabagás, capaces de dar quince y falta á los Rinconetes, Pasamontes y Lazarillos. Y es por cierto estraña antítesis, contradiccion más dolorosa que cuantas registra el gran demoledor, que hizo carne el verbo de la disolucion social, dando á las clases proletarias la medida de su fuerza bruta; es terrible contradiccion que sólo produzca lances ridículos y peripecias grotescas el drama trágico que ha entrañado en su seno más catástrofes, desde la caida del poder romano. Hombre sério, melancólico y con ribetes de misántropo soy yo, y ántes que con la gravedad de D. Quijote, andaba por aque-

llos pueblos con la zumbona sonrisa de Sancho Panza, aun siendo como eran, mi bolsillo, mi tranquilidad y más de una vez mi cabeza víctimas propiciatorias del sacrificio.

De las horas que pasé en Granujera, no quiero acordarme, que semejaron fuego graneado de burlas, desengaños y socaliñas. Desde que corrió la noticia, por el Gobernador comunicada á Monipodio y demás representantes del ministerio, de no ser yo sino Birli su candidato, por cada puerta que se me abría, se me cerraban ciento. Visité uno á uno aquella tarde á los amigos de Bartolo y míos, que todos se ponían las manos en la cabeza al saber el suceso de la pipa, y todos al unísono exclamaban:—«adónde vamos? ¿qué presidio »suelto es este? ¿cuando se unen los hombres de orden »para dárselo á esta sociedad que por momentos se »desangra?»—pero todos de igual manera me declararon su resolución de no tomar parte en la lucha. El que más hizo fué ofrecerme traer del campo sus trabajadores para que me votáran; pero añadiendo que este sacrificio le ocasionaría gastos, para que yo me apresurase, como siempre me apresuré, á tranquilizar su espíritu, poniendo los jornales en mi cuenta. Bien sabe Dios que no desistí de mi empeño, dando al diablo el dinero gastado, porque á medida que penetraba en el corazón electoral del pueblo, sentía palpar más claramente aquella organización por cuadrillas, que iba siendo mi única esperanza, por aquello de preso por mil, preso por mil y quinientos. El desengaño sufrido por los republicanos, que introducía en sus filas honda división, era también para

mí favorable elemento, que los cuadrilleros y Caranza hábilmente me esplotaban. Mi conciencia iba embotándose, como un instrumento que trabaja en fango.

Los parientes que allí tengo, pues sino lo he dicho ya lo habrá el lector adivinado, que no puede menos de tener parientes en Granujera un hombre que se mete en negocios electorales en estos tiempos, sólo me sirvieron de fiadores para girar una letra de 2.000 duros contra Madrid, al 15 por ciento al tirón, que no tirón sino puñetazo fué para mí, que aún sospeché fuesen ellos mismos los negociadores, pues no habiendo posibilidad de cambios en un comercio que es todo contrabandista, me proporcionaron un amigo íntimo, que juró á Dios sino era su testaferro. En cuanto á votos, paladinamente se me declararon carlistas, ofreciéndomelos sin embargo con todos los de su comunión, para cuando Cabrera sea Arzobispo de Toledo y Manterola ministro de la guerra.

Con el Alcalde y el secretario, pasaron cosas que no debo ocultar al pio lector que me compadece. El primero se proclamó enemigo irreconciliable de mi candidatura, y el segundo, protector generoso y decidido, que al fin no le habia hecho ningun favor, ni prestado ninguna capa. Al decir de las gentes, Rinconete y Cortadillo le encendian una vela á S. Miguel y otra al diablo. Cuando negó Lobo á última hora la licencia para que se verificase en el Ayuntamiento la reunion electoral, pretestando que en un edificio público no podia consentir juntas políticas, siendo así que en la planta baja estaba establecida la Tertulia radical, y lo prime-

ro que allí entraba todas las noches era un pellejo de vino, montó en cólera Leon, y díjome en secreto que el Alcalde era un canalla, pues no se le había ocurrido semejante escrúpulo hasta saber la candidatura ministerial de Birli. Picado en su honra, él mismo proporcionó una antigua ermita, que el club republicano acababa de abandonar por ruinosa, y que á la sazón servía de asilo al maestro de escuela. Quince personas y un muchacho hijo del maestro, que despabilaba la luz, nos reunimos, cuando aquella tarde contaban Lobo y Leon con la mitad del pueblo. Un duelo parecía la junta en los primeros instantes, que sólo se hablaba de cosas tristes, y todo lo veían negro mis simpáticos electores, hasta que yo tomé la palabra, y sin ambages ni circunloquios, como en tiempos democráticos debe hacerse, les anuncié que antes que con la opinion habia contado con mi bolsillo, el cual, si no muy abundante, estaba para el sufragio universal doncello, mientras la otra señora de las tres ppp sólo por los perdidos de las plazuelas se perdía. Entonces reverdecí en todos la esperanza, y hallaron asequible el llevar electores á las urnas, empresa que antes les parecía irrealizable y aún se me ofrecieron por agentes y mullidores, con que yo me apresuré á repartirles el trabajo, las impresas candidaturas y algo de dinero, enviándolos á recorrer los pueblos de Farfulla, Trapisonda y algun otro, donde no queria encontrarme con el traidor de Birli. Sólo el más pobre, que era el único hijo de una viuda, Víctor Moreno, se me negó tenazmente á tomar un duro, declarando indigno de personas honradas el mover por tales medios á la chus-

ma, con lo que se alzó un tole tole en la concurrencia, que estuvo para echarlo todo á rodar, hasta que el mozo con su ingénita hidalguía puso en claro la intencion de aquellas frases, no á las personas sino á los tiempos dirigidas, tiempos corruptores, que el carácter español rebajan; concluyendo con asegurarme que si bien él se negaba á comprar votos, seria vigilante perenne de mis intereses, para que al inmoral escándalo no se agregase la insufrible desvergüenza, que algun partido glorifica públicamente casi haciéndola artículo de su credo, de tomar con una mano el dinero al conservador y dar con la otra el voto á la república.

Yo quedé enamorado del tal mozo, que era algo poeta y poco de este mundo, figura simpática y triste, que aún me parece estar viendo, con su escasa cabellera no muy bien peinada, sus ojos melancólicos hundidos por el estudio y la escasez de alimento, su alta y serena frente, su boca un tanto sardónica, sus hombros inclinados y su andar lento, perezoso, como quien va por el mundo pensativo y de mala gana, porque le conoce. ¡Pobre Víctor! cara pagó la amistad que le inspiré y la triste necesidad de arrastrar su pobre musa por los colegios electorales!... Me le asesinaron villanamente unos electores borrachos... y él lo presentía la noche que nos conocimos, pues más de una vez le oí decir:—«Esto no es eleccion; esto no es política; »esto es en puridad un desafío entre Valdepeñas y »Arganda; entre el rom y el aguardiente.»—Pero no adelantemos los sucesos.

Vinieron tras esta escena, que presentaba probable el triufo, las indicaciones de carácter personal, las

exigencias para cuando fuera diputado. Hombre hubo que me pidió cinco destinos para su familia, y el que menos, se contentaba con que no le reclamasen los plazos de una dehesa de propios que habia comprado. Sin contar las infinitas notas que ya tenia, sólo de allí saqué tantos compromisos, que no ya diputado, aunque llegara á ser ministro, no me bastarian todos los empleos de mi ramo para mis electores de Granujera.

Caí otra vez en la posada como el *corpo morto* del Dante; pero ni aún siendo la alta noche pude entregarme al descanso; que allí me esperaban las cartas traídas por el correo, que como es notorio, hay que contestar al punto cuando las elecciones están en vísperas, si no quiere el candidato quedarse á maitines. Entre ellas habia algunas que me refrescaron el alma como bienhechor rocío, de hombres que sólo por verme víctima de la iniquidad se ponian á mi lado, como el fabricante D. Felipe, y el cura de mi pueblo, Fr. Matías, el mismo que no se dignó visitarme cuando allí estuve. En cambio la generalidad de las gentes me escribía en estilo ambiguo, dándome á entender que aunque ellos eran enemigos irreconciliables de la revolucion y del Gobierno, verian más claro mi triunfo si fuese candidato ministerial, y entonces contribuirían á él de buena gana..... para tomar su parte del botín.

Pero entre toda la correspondencia electoral, no hubo nombre que me llamase tanto la atencion como el de Doña Teresa, la de Mamalhondo, quien se declaraba partidaria mia sólo por haber visto mi retrato al frente de la *Olla podrida*, libro de su estimacion, y me invitaba con todo encarecimiento á honrar su ca-

sa lo más pronto posible, pues quizás de ello dependía el éxito de la elección.

De otros pueblos, como Farfulla y Trapisonda, sólo recibí desahucios, pues Birli tenía en ellos mucho partido; pero en cambio, en Inflacanes me salió un elector entusiasta, Pedro Rapis, destajista que había sido de mi carretera, quien por 1.500 reales se comprometía á meter en la urna todo el padron. Afortunadamente estaba en la lista de los que se despacharon por la tarde con propio. Obraban en su poder á buena cuenta 1.000 rs. y era hombre rico, que podía suplir el resto.

Las cartas de mi familia de Lobera tenían de todo; Bartolo estaba frenético de rabia, y decidido á arruinarse por mi triunfo. Hasta 6.000 duros me facultaba para girar contra él, sin perjuicio de los compromisos que por su parte cada momento adquiría, cosas ambas que me parecieron insignes locuras, aunque yo las estuviese cometiendo muy semejantes. La noche anterior le habían cortado un plantonar de olivos y vides, que iba á ser la mejor finca del pueblo, y sus pastores no dormían tranquilos en las majadas, porque las rondaban gentes sospechosas con tizones encendidos.

En cuanto á la población, parecía un campamento. Desde el anochecer atrancaban sus puertas los vecinos pudientes, que se habían traído del campo todos los mastines, más temerosos sin duda de los lobos callejeros que de los montaraces.

El juez, cero á la izquierda, que creía incompatible con la Constitución todo lo que fuese opuesto al

desórden y á los derechos individuales..... del Gobernador, se habia echado al surco enteramente cual si estuviese ciego y sordo.

Los peseteros, capitaneados por el Cangrejo, dormian en las calles, y el primer vecino que se levantaba tenia que pagarles el aguardiente, so pena de oirse llamar reaccionario y recibir una paliza. Andaban toda la noche dándose el *alerta* y el *quién vive*, como en plaza sitiada, y cada vez que por fraterno instinto se metia entre ellos algun burro ó buey sonámbulo, las carreras, los gritos, las voces de mando y el cargar de los fusiles, á todo el pueblo despertaban. Para pagarles su peseta, hacíase diariamente un reparto vecinal entre los ricos, siendo de advertir que ellos eran 30, y más de triple las pesetas que se sacaban.

Era allí tambien inevitable un conflicto el día de las elecciones, porque la designacion de Birli para candidato ministerial habia producido en el Ayuntamiento y en el club republicano una escision, poco importante por el número, pero mucho por las personas. El admirador de Echegaray, el médico, habia seguido al maestro de escuela, quizás arrastrado por su manía de fundar clubs, pues ya estaba organizando una Tertulia radical, á cuyo efecto iba á celebrarse aquella misma noche una reunion preparatoria en la taberna; ó quizás resentido del albeitar, que bajo la proteccion de Ginesillo estaba estudiando en su casa para hacerse médico en tres meses.

Y por que el lector penetre bien la profunda perturbacion de espíritu y el rebajamiento de pasiones que la vida política produce, cuando se eleva al rojo



en el crisol del sufragio universal y de las malas compañías, le diré que la última carta que abrí fué la de mi hermana mayor..... Agapito se había marchado á Madrid huyendo de las elecciones, cobardía que me irritó con extremo, y mi pobre madre, á poder de disgustos y congojas, había caído enferma..... Mi mujer y mis hijos no daban señales de vida.

Del juez de primera instancia de Granujera, á quien no había intentado conocer, aunque le traía una visita de Bartolo, por el respeto que la toga me inspiraba, hallé también una carta sumamente sencilla y noble, que me lo pintó como reverso de la medalla de el de Lobera. Adivinando la causa de mi retraimiento, aplaudía mis escrúpulos con tanta más razón, cuanto que él los tenía también de visitarme á mí; pero me aseguraba que sólo saltando sobre su cadáver podría ser el derecho electoral violado en perjuicio mio. También me proporcionó esta carta un gran consuelo, porque el estado de Granujera no podía ser más deplorable. Monipodio la había elegido por teatro de sus operaciones, y aunque la exasperación de los republicanos le tenía á raya, como ganaba tanto terreno mi candidatura entre las cuadrillas, se decía que á última hora iba á ponerse al lado de los federales, votando por Ginés, y á llevarlo todo á sangre y fuego.

Al amanecer me despertó el infatigable Carranza, que tampoco había dormido más de dos horas, rodando de taberna en taberna y de garito en garito á caza de electores; y cojimos otra vez la carretera con tanta gana como si fuéramos á la horca. ¿Quién me había de decir, cuando la hice entre las bendiciones de

aquellos pueblos, que habia de ser *viacrucis* de mi Calvario electoral? Ya empezaban las quebraduras de la Sierra de Niporesas, tan célebre entre los contrabandistas españoles, que con los huesos de los carabineros blanqueaban, y corría un vientecillo casi madrileño capaz de helar los derechos individuales de manos y piernas al demócrata más empedernido.

Alguna que otra palabra soltábamos de cuando en cuando, para que no se nos entumeciese la lengua, ora sobre lo ocurrido en el pueblo que abandonábamos, ora sobre las aventuras y desventuras que nos esperaban. El Alcalde de Salsipuedes, que hizo con mi hermano Paco la guerra de Africa en clase de asistente, el célebre P. Márcos, cura de Mamalhondo, manejado por su ama cual palillo de barquillero, y la no menos célebre Doña Teresa, la señora feudal de toda la gente alegre que con las gracias de su persona dominaba, solian ser los temas de nuestras entrecortadas conversaciones. Alguna vez nos parábamos á rezar un padre nuestro en las cruces del camino, sobre todo en una que estaba recién puesta, en el sitio donde se encontró el desnudo cadáver de un alférez de carabineros, que segun rumores públicos no habia sido asesinado allí, sino en la poblacion. Parejas y aún partidas de esta tropa, que de cuando en cuando nos encontrábamos, claramente revelaban que la frontera quedaba abierta á los contrabandistas durante las elecciones; y en efecto, por las quebradas y vericuetos descubrimos al poco rato recuas tan sosegadas y numerosas, como pudieran hallarse de arrieros en los caminos de Andalucía.

Al llegar á la venta del Mal Ladron, escondida en un encinar á la derecha del camino, tocando la raya, por lo que más que venta debia de llamarse almacén de contrabando, á una Carranza y yo nos digimos que era imposible seguir adelante sin tomar un buen refrigerio y darle tiento á una pipa, que no estuviera en espíritu, como la de Madrid, sino *in corpore*. Entramos, pues, con recelo de encontrar gente de la que su título anunciaba, hallando la casa muy de paz, y sentada á la lumbre la ventera, departiendo amigablemente con un mendigo. El ventero y los criados estaban todos ausentes, como era natural, en dia de votos y de contrabando.

Ni dábamos ni tomábamos Carranza y yo, queriendo tragarnos para hacer boca el leño que ardía en la chimenea, cuando la ventera dijo:

—¿Son ustedes tambien de los que ván á Lobera, á eso de las elecciones?

—No, señora, contesté meneando la cabeza secamente y haciéndole seña á Carranza de que se cosiese los lábios, no sin que el mendigo, que nos miraba de reojo, me sorprendiera.

—Hoy está revuelta la casa, añadió la Maritornes, y ustedes han de perdonar si se tarda un poco en freir los huevos y el jamon. Han llegado esta noche muchos viajeros, y estoy sola desde ayer tarde. Gracias á que acaban de dormirse.

—Y no despertarán en todo el dia, añadió el mendigo, porque la mona que tienen es mayúscula.

—Dígamelo V. á mí, que no he hecho otra cosa

desde las tres de la mañana, que llegó el último, que sacarles azumbres de vino.

—Me lo dirá V. á mí, replicó el mendigo, que les he frito la media arroba de arenques, porque V. no podia atender á la cocina.

—;Tantos son! dije con indiferencia, creyendo buenamente que se trataba de contrabandistas.

—Seis han venido hasta ahora, apareados, como la guardia civil; primero una pareja y luego otra.

—Son, dijo el mendigo, mirándome con atencion, los Alcaldes y secretarios de tres pueblos cercanos, Espinares, Calabazar y San Hinojo, que van á las elecciones.

—;Qué ván! repetí con asombro. ¿Pues no las hacen en sus Ayuntamientos respectivos?

—Eso dispone la ley; pero se hacen ahora las cosas con una informalidad que parecen juego de chiquillos. ¿Vé V. aquellos papeles, añadió el mendigo, designándome un rincon de la cocina, donde yacía una alforja repleta, sobre un monton de albardas y aparejos; ¿vé V. aquellos papeles, que sacan la cabeza por aquella alforja, entre una bota vacía y un chorizo extremeño de media vara de largo? Pues son los padrones electorales, que los llevan á Lobera para hacer allí las actas, aplicándole los votos al candidato que el Gobernador y el juez les manden. ¡Poco se han reido ellos esta noche, en medio de su borrachera, calculando la cara que pondrán los electores, cuando vean dados sus votos sin haberse abierto los colegios! ¡Qué haya personas decentes que en tiempos en que manejan este tango aventureros y rufianes, sacrifiquen su comodidad

y acaso la fortuna de sus hijos á una vanagloria, que hoy no es polvo sino lodo!

—Tiene V. razon, le contesté, con el pecho anhelante, que cada una de sus palabras caia sobre mi conciencia cual plomo derretido.

—¡Ese pobre caballero Barvic, añadió el mendigo clavándome sus ojos escrutadores, se ha empeñado en luchar en esta eleccion con el aprendiz de peluquero, Ginesillo, que ni padres conocidos tiene, y un garañon de Lobera, que se llama Birli; él, hombre de bien á carta cabal, buen padre de familia, buen ciudadano, que no sólo no le ha robado nada á nadie, sino que ha hecho cuantos favores ha podido á los de su tierra....! incluso á mí.....

—¡A V.! exclamé sin poder contenerme.

—Sí, señor, á mí. Él quizás no lo recordará, porque los hombres generosos tienen poca memoria para los beneficios que hacen. Yo soy un maestro de niños, que desde la revolucion ando sin casa ni hogar, porque no sirvo para criado de los Alcaldes ni para las Alcaldesas, he nacido entre Alcalá y Huete; no adulo á los Ayuntamientos, y como ellos están facultados para separarnos por las nuevas leyes, vengo siendo el judío errante de las escuelas. La Revolucion ha protegido tanto nuestra carrera, que dentro de diez años merecerá una estatua cada niño que sepa leer y escribir. Ahora estoy en Mamalhondo, protegido por el ama del cura, que es algo parienta de mi mujer, y aunque no me pagan hace treinta meses, los niños me llevan por amor de Dios, quién un pedazo de pan, quién un rábano ó una ca-

beza de ajos, y así vivo; pero las malditas elecciones... figúrese V. que yo en el pueblo le tengo muchos votos preparados al señor Barvic, que ni él mismo lo sabe, y ayer recibí la siguiente orden.

Y me alargaba un papel, que sacó de entre sus andrajos. No pude menos de cogerlo. El lector se figurará mi situación. Decía así:

Gobierno  
de la  
provincia de Asinaria.

Para un asunto urgente del servicio, se presentará usted pasado mañana viernes en Granujera al delegado de este Gobierno, D. Calisto Monipodio, y el sábado en esta capital á mi autoridad, sin escusa ni dilacion alguna. Dios etc.

BLAS GIL.

—¡Qué orden tan ilegal y tan estúpida! murmuré. Ni Calomarde...

—Ni yo la cumpliría, si no fuera porque veo perdida la eleccion, porque otro delegado que hay en el pueblo le ha metido al ama del cura unos disparates en la cabeza.....

Al devolverle el papel introduje un duro entre los doblesces. En tal manera se conmovió el pobre maestro, que con los ojos arrasados en lágrimas y las rodillas á medio doblar se venia hacia mí, cuando entró

la ventera á poner la mesa. Hícele almorzar con nosotros, y una vez fortalecidos, mientras ensillaba Carranza los caballos para continuar el viaje, el maestro aprovechó la ocasion para decirme:

—Señor Barvic, es probable que vuelva V. á acordarse pronto de mí, pues voy á hacer méritos para ello. Reconocerá V. entonces que no son estos tiempos desdichados para que personas como V. tomen parte en la política, aventurándose á no encontrar corazones honrados y agradecidos, sino cubiertos de harapos en estas ventas, donde antes se albergaban los malhechores.

Detúvele por un brazo, por que intentaba alejarse, y le pregunté:

—¿Realmente juzga V. la eleccion perdida?

—Tan perdida, me contestó, que en lugar de V. no me molestaria, pues esos pueblos están como quien dice amotinados en favor del Gobernador. No sólo ha abierto la frontera de par en par al contrabando, y ha retirado los carabineros y la guardia civil, sino que les ofrece quitar á sus compradores las dehesas de propios y repartírselas. Hay en cada pueblo un comisionado snyo, que ha hecho ya verdaderos horrores, y hoy, primer día de elecciones, no que dará oveja viva ni cabaña en pié. Al principio trabajaban por Pasalodos; pero desde ayer trabajan por Gerónimo Birli, que así parece que lo ordenan en Madrid á raja tablada como si fuera un personaje. Al pronto creí que esta variacion favoreciera á V., pues los republicanos indignamente burlados estaban dispuestos á llevar las cosas al último extremo, y aún pienso que sucederá así en las po-

blaciones importantes; pero en las pequeñas..... en fin no quiero detener á V., añadió viendo que salia Caranza con los caballos. Le aconsejo que no vaya á Sal-sipuedes, y que si vá, guarde bien el individuo. En Mamalhondo revístase V. de paciencia, y lo más pronto posible retírese á descansar á su casa, de donde ojalá no hubiera salido en esta ocasion. Tres pueblos tendrá V. unánimes que no espera; pero en los demás los votos que consiga le han de costar gotas de sangre y muchos pesos duros. Dios le dé á V. buen viaje.

Dominado por esta impresion seguí mi camino, y á las doce menos cuarto llegábamos á Mamalhondo. Las mujeres que estaban cosiendo á las puertas de sus casas, se levantaron con grande alboroto al vernos entrar y poniéndose delante de mi caballo me decian:

—Señor ¿viene V. á los votos? Si los paga V. á 20 reales irémos á avisar á nuestros maridos, que están en las eras.

Aquel cinismo acabó de agotar mi sufrimiento. ¿Dónde me habia metido yo? ¿qué estado es el de mi provincia, una de las más honradas y tranquilas de España? Los pueblos grandes corrompidos, los pequeños degradados, las autoridades sin freno, la ley sin fuerza, la sociedad exánime... ¿qué vá á ser de nosotros, Dios santo? ¿qué vá á ser de España? A estas horas estarán ardiendo Andalucía y Cataluña, pensaba yo, y los honrados montañeses de Santander, que en la eleccion anterior se contentaban con un quesuco y un medio de vino, este año pedirán lo menos por cada voto un par de bueyes ó un animalito de la vista baja.

En un verdadero aprieto me pusieron las mamalhondeñas, porque ni á tres tirones se apartaban de mi caballo, querellándose algunas en voz alta de que sus maridos no pudieran disfrutar la ocasion que por las puertas se les metia, por haberse ido á las *cargas*. Con grande trabajo llegamos á casa de Doña Teresa, á donde ya nos habia precedido la voz pública, que es en los pueblos llevada hasta por los perros, que se desgañitan á ladrar en cuanto huelen á un forastero. Se habia puesto esta señora para recibirme dignamente una papalina azul celeste, con lazos de grana y flores amarillas. Cubría su pecho, sin ocultar enteramente dos gruesas cadenas de oro y un collar de perlas, un pañuelo de espumilla, de los que llamaban alagartados nuestras abuelas. Estaba todavía frescachona y agradada, cayéndole bien sobre su boca no muy limpia en verdad, un poquito de bigote. Entre sus damas, que esta señora era la reina del pueblo, se distinguia por su desenvoltura, su locuacidad, su pañuelo de yerbas á la cabeza, y otro igual en el sobaco para tenerlo más cerca de las narices, la esbelta Doña Magdalena, el ama del cura, que habia tenido unos quince muy graciosos, y rayaba ahora en los 45, suprimiendo quizás algunas rayas. De hombres tambien habia concurrencia lucida, pues allí estaba en mangas de camisa el señor Alcalde, que era un jóven á lo Coronel y Ortíz, gordo como un buey, machucho y pesado como un elefante, sin pelo de barba, señal infalible de naturallezas torcidas y viciosas, aunque le disguste la observacion al caballero Martos, tipo perfecto de la clase. Era este jóven hijo del ama del cura, y pasaba por el

*ánima vili* donde hacia Doña Teresa sus ensayos de amor libre. Consolábase la pobre señora de su viudez prematura con un gran retrato de su difunto, pintado por Orbaneja y pendiente en la cabecera de la sala, que entre el marco y la tela contenia un extraño figuron de papel con muchas patas, como esas cuaresmas que hacen las viejas de los pueblos y le cortan un pié cada viernes para saber cuando llega la Semana Santa. A esta le faltaban catorce, que eran justamente los años que llevaba debajo de tierra el pobre estafetero de Mamalhondo, liberal si nunca los hubo, que tuvo el arte de sostenerse con los Gobiernos más reaccionarios desde el año 35, para que no le quitasen la cartería, donde se estraviaron muchos títulos de la Deuda pública, que circulaban entonces frecuentemente con motivo de la desamortizacion eclesiástica. En cuanto á marido, fué una hormiguita para su casa, que sin más ayuda que los cuatro reales diarios que le producía la estafeta, algun alijo de contrabando por las noches y la caridad de prestar sus ahorros á los vecinos que lo necesitaban á peseta por duro al mes, le habia dejado á su pobre viuda mil onzas en raíces, por lo cual ella le conservaba tanta devocion. Ningun año el 5 de Abril por la mañana, antes de tomar los torreznos, se le olvidaba decirle al Alcalde, que le hacia todos sus negocios, señalando al retrato del difunto:—Córtale otra pata.

Para contrastar sin duda con el obeso gefe municipal, estaba tambien allí un jóven de alambre retorcido, que cada vez que tosia le castañeteaban los huesos como á D. Pedro el Cruel, enclenque hasta dar ca-

lentura sólo el mirarlo, patillado como buen demócrata, muy corto de vista, por lo cual llevaba montado sobre las narices un hijo bastardo de Quevedo, y tan pulcro y cuidadoso de su traje, que un chaqué colin, con botones dorados, que habia sido frac cuando se gastaban azules, relucia sobre sus espaldas no se sabe si por la antigüedad ó porque estaban sus huesos prominentes á todas horas planchándolo.

Yacian sobre la mesa algunos números de *La Emancipacion* y *El Condenado*, y cuando yo entré estaba el señor Alcalde leyendo *Los clubs rojos de París*, traducidos de Molinari. Alzóse Doña Teresa, hizóme un saludo reverendo el ama del cura, y pusieronse las otras señoras á discutir á media voz si yo era feo ó bonito, segun los gustos.

—Alonso, Brígida, Gonzalo, Martin, Juana, gritó la viuda llamando á todos sus criados, id al momento, á avisar al juez de paz, y al estanquero, y al administrador de correos.....

—No se moleste V., señora, me apresuré yo á decirle; vengo muy de prisa y sólo por saludar á V. Al único que quisiera ver es á mi antiguo condiscípulo el P. Márcos.

—Pues ese no puede venir, replicó el ama, porque..... porque..... Y le corrian por la garganta esos nudos que ahogan al que vá á mentir en gordo.

—Porque está á la cabecera de un moribundo, saltó Doña Teresa.

—Es la más sagrada de las ocupaciones.

Hablamos del viaje y del tiempo que hacia, mirándonos de reojo unos á otros, y como yo sacara el reloj,

y echando pecho al agua, dijera:

—Pues, señora.....

—Pues, señor, me dijo Doña Teresa con una amable sonrisa y una mirada no menos amable, acá deseamos saber, porque nos gusta andar con piés de plomo en estas cosas, qué intenciones lleva V. al Congreso respecto á los problemas trascendentales de la ciencia moderna.

—Señora, contesté, jurando en mi interior no volver á meterme en las honduras de Mamalhondo, eche V. problemas por esa boca donde anidan las gracias, y yo le iré diciendo mi opinion sobre cada uno. Pero bueno es que conozca V. mi síntesis, que quizás le ahorre trabajo. Yo soy *católico, monárquico y liberal*.

—Acá lo somos tambien, dijo Doña Magdalena, y yo me confieso todas las semanas y tengo el retrato del príncipe Alfonso en un abanico; pero la ciencia social es diferente de la política, aunque añejas preocupaciones sostengan lo contrario.....

—Este señor sabrá, dijo el del chaqué azul, que dentro del catolicismo y la monarquía hay escuelas distintas que proclaman distintos sistemas de organizacion social.

—Por ejemplo, añadió tranquilamente Doña Teresa, y se lo diré yo á V. porque esta no se atreve por ser ama de un cura: ¿qué opina V. del matrimonio de los clérigos?

Una bomba caída en medio de la sala no me hiciera más efecto que la tal pregunta. Comprendí el lazo que se me tendía, y determiné salir con la conciencia

limpia y la frente alta del lodazal donde me había metido.

—Señora, le dije secamente, el matrimonio de los clérigos me parece una barbaridad.

—¡Barbaridad! repitió Doña Magdalena, cruzando las manos devotamente.

—¡Barbaridad! repitieron tres ó cuatro mujeres del corro.

—¿Con que una barbaridad? dijo el estafermo del chaqué azul en voz de tiple. Este hombre no sabe historia civil ni eclesiástica.

—A eso he venido á Mamalhondo, señor mio, á que V. me la enseñe.

—No se irrite V. caballero Barvic, murmuró Doña Teresa, que el señor delegado es tan fogoso.....

—¿Este señor es el delegado? añadió mirándole frente á frente y con aire provocador. Yo no sabré historia, señor mio, pero V. de seguro no sabe derecho, pues ignora donde está la cárcel, á la cual es posible que yo le lleve.....

—Señor Barvic, por Dios, dijo Doña Teresa, que hay delante señoras.

—Y lo principal del pueblo, añadió muy sofocada el ama del cura.

—¡La cárcel! repitió el delegado. V. si que hace méritos para ella, descatando á un representante de la autoridad. Estos reaccionarios son así. Blasonan de respetuosos á la ley, y atropellan con la mayor frescura sus símbolos é imágenes.

—Si V. representa á la ley, será en caricatura.

—Señores, exclamó Doña Teresa, que están ustedes faltando á mi casa.

—Dispéñseme V. señora, repuse ya de pié y alargando la mano á mi hongo. No soy hombre para ocultar mis sentimientos. Cuando estos rufianes, que ahora gallardean por el mundo, se hacen representantes de la ley, los que tenemos conciencia social y religiosa, con creernos representantes de Dios y la verdad, nos quedamos cortos. ¿Tiene V. algo que mandarme?

—Pero ¿nos vá V. á abandonar tan pronto? ¿no come V. aquí?

—Me es imposible, señora; tengo que andar mucho esta tarde.

—¡Y yo que me habia hecho la ilusion de que iba V. á ser nuestro hombre, nuestro diputado eterno!

—Por escrúpulos de monja nos desaira, añadió el ama del cura; porque él debe saber que en la iglesia antigua los sacerdotes eran casados, y en la moderna, los ingleses.....

—Sí, por cierto; porque he visto en la India obispos ingleses con amas de cria, no quiero verlos en España. Pero esta no es cuestion para señoras, añadí queriendo dar un corte á tan ridícula conversacion; estoy seguro que ningun sacerdote digno opina de esa manera, empezando por el P. Márcos.

—El P. Márcos, saltó el ama, está completamente de acuerdo con nosotras. ¿Quiere V. oirlo ahora mismo, y de su misma boca?

—Yo no consentiria, exclamé desesperado, que por semejante cuestion se separase de la cabecera del moribundo. Estoy á los piés de Vds.

—Pero, señor Barvic, dijo Doña Teresa, cogiéndo-

me las dos manos y mirándome con ojos muy gachones; ¿es posible que en nada nos complazca V.? Ni siquiera hemos constituido las mesas, esperando esta explicacion, porque acá las elecciones se hacen en familia y en una mañana para no perder tres dias..... Nos ponemos de acuerdo las personas decentes..... ¿No hemos de entendernos siquiera en la cuestion de la dehesa?

—¿Qué es eso de la dehesa? dije secamente.

—La que era de propios, añadió el jóven Alcalde. Fué comprada por un señor de Madrid, y al pueblo le convendria que se anulara la venta. Yo quisiera quedarme con sus abrevaderos, para otra que tengo al lado.

—Esa es cuestion de Tribunales. ¿Qué puede hacer en eso un hombre político?

—Acá le ayudariamos á V. formando un expediente de nulidad. Si se vendió por mil fanegas, se dice que tiene dos mil ó viceversa. Eso acá lo arreglamos en el canto de una uña.

—No siendo legal, yo no puedo comprometerme....

—Vaya, dijo Doña Teresa, que ese favor no ha de negárnoslo V., que es bien pequeño. Voy á mandar poner la mesa. Descansará V. esta tarde y esta noche. Dormirá en pobre cama, pero blanda y limpia, añadió flechándome unos ojos tentadores, como si estuviera pensando en un sueño de amor libre.

—Señora, dispénsese V. volveré despues de las elecciones; pero hoy me es imposible.....Me esperan los amigos de Salsipuedes..... ¡qué más quisiera yo que poder descansar!

—Déjalo, mujer; dijo el ama del cura, que estaba mirando de reojo á su niño, desesperado por que Doña Teresa no me soltaba la mano, sobándomela suavemente. Déjalo, que estos beatos de Madrid luego piensan de una.....

—Señora, yo no me confieso todas las semanas, como V. No soy beato.

—Se están Vds. cansando en balde, añadió el del chaqué azul, que reventaba de gozo, aunque no se atrevia á mirarme cara á cara. Todo eso lo arregla en un verbo el señor Gobernador, y hasta la ley para casarse los curas la sacaremos de las nuevas Córtes. ¿Pues no hemos de sacarla, si las Córtes van á ser nuestras, hechas á nuestro gusto enteramente?

Mientras pasaba yo tan sabrosa plática con las damas de Mamalhondo, el buen Carranza, que me habia tomado cariño, pensaba en cosas que á mí no se me ocurrían, visitando á la esposa de mi gran elector mamalhondeño, D. X de Z, que se habia dignado recomendarnos á ella.

Aunque la ex-administradora y el ama del cura contaban por seguros todos los votos del pueblo, y en efecto su influencia era grande, mi habil negociado le puso en frente á aquella señora, Pepa la galga, mujer lista si nunca las hubo, que se comprometia á facilitar de 80 á 100 votos á seis reales. Cerrábase ya el trato cuando yo le llamé para montar á caballo, y figúrese el lector nuestro asombro al vernos rodeados en cuanto llegamos á la plaza de una turba de mujeres que empezaban á reforzarse con sus maridos, que venian á escape con la azada al hombro; pues ha-



bian ido á llamarlos y por todas las eras corria como chispa eléctrica la noticia de que en el pueblo se estaban pagando los votos á seis reales. Figúrese el lector, repito, semejante apuro. Los colegios no estaban abiertos, ni las mesas constituidas, ni el diablo en Cantillana, y empeñábanse sin embargo aquellos hotentotes en votar incontinenti, y sus mujeres me los ponian por delante deteniéndome el caballo.... Mi situacion era horrible. No sabia que hacer. En vano les predicaba; en vano les hacia presente la imposibilidad material de complacerlos. No me oian. Los gritos, las escitaciones, los improperios asordaban el aire.

Entonces volví á acordame de los griegos y turcos; pero no de los que me recomendaban para subir al nido de gorriones, sino de los que asaltan al viajero en el puerto de Alejandria, y *velis nolis*, quiera ó no quiera, magullado, coceado, y saqueado, le llevan en volandas á la plaza de los Cónsules, adonde acaso no quiere ir, si sabe que un fondista francés ó italiano completa allí la obra del desplume.

¿Qué hacer? Carranza tuvo una buena idea. Llamó á la señora Pepa, y dándole cinco duros de señal, le dijo que fuera apalabrando votos para cuando volviésemos al dia siguiente, y mientras ella y sus comadres meditaban y cuchicheaban entre sí con aire de satisfaccion, arrojó á la turba multa un puñado de monedas.....

Abrióse un claro, y picando á los caballos salimos á paso regular de Mamalhondo, pues Carranza me gritó prudente que no corriera. Algunas voces de—*hasta mañana—que nadie falte*—oportunamente re-

petidas á derecha é izquierda, acabaron de facilitar nuestra escapatoria. En el egido vislumbramos á lo léjos al padre cura que volvia de caza con sus galgos. Sin duda el moribundo que le impedía visitarme era una liebre.

Ya no sabiamos Carranza y yo cómo hablar de las elecciones, si en serio, en burlas ó llorando. Más de una vez discutimos el tema siguiente:

—«Pasarémos la frontera para descansar dos ó tres dias en el primer pueblo donde no se hable español, pueblo que será un eden de delicias, una especie de cielo elevado como un globo sobre el sufragio universal y los electores?» Pero amen de alguna dificultad material, como el pasaporte extranjero, que necesitábamos, ofrecia este plan la no pequeña de ser una verdadera fuga, un abandono del campo á Ginesillo y Bellota, idea que la sangre me encendia. ¡Cuántas veces envidié á aquellos contrabandistas que iban y venian, á aquellos pájaros que volaban, á aquellos alcornoques tan impasibles y tan tranquilos, como si no estuviéramos en plena eleccion!

Un hombre pasó junto á nosotros, que si yo hubiera sospechado que llevaba una carta del comisionista de Mamalhondo para el de Salsipuedes, ciertamente, ¡Dios me lo perdone! descargo el revolver sobre él y me pierdo y pierdo á mi familia. ¡Qué torpes anduvimos! El muy tunante socarron nos dijo al pasar:

—¿A los votos, eh? ¿á los votos? ¡No serán malos votos los de Salsipuedes!

Pero iba tan á escape en el mulo de Fr. Marcos,

que apenas si hicimos reparo en su rápida aparición. Carranza y yo, además, no éramos ya hombres, sino momias, que por el campo de batalla electoral arrastraban á su capricho nuestros rocinantes, como Babieca llevó al Cid á luchar con otros moros menos terribles, despues de muerto. Para concebir una idea, teníamos que pararnos, encender un cigarro, y á las veces fumarlo entero, rascándonos la cabeza y poniendo los ojos en blanco.

Pareciónos distinguir allá á lo léjos, media hora antes de llegar á Salsipuedes, un bulto informe y extenso, que avanzaba por la carretera. Pensábamos Carranza y yo cuántas cargas de contrabando podría traer la caravana, cuando los rayos del sol hicieron relumbrar armas de fuego. Sostenía el ex-alguacil que eran contrabandistas armados, y yo que eran carabineros que se retiraban en peloton de la frontera,

y en esta disputa  
llegando los perros,

ó dicho en romance, avanzando nosotros aunque lentamente, y ellos á toda prisa, nos dieron la voz de—*¡alto los facciosos!*—apuntándonos escopetas y fusiles, y cuando quisimos volver riendas, estábamos rodeados por una turba de milicianos y gente del pueblo, que á golpes nos arrojaron del caballo y á golpes me hubieran muerto á mí, que de cansancio y debilidad no podía tenerme en pié, si adelantándose de entre ellos un hombre, que por el baston conocí ser el Alcalde, no me hubiera sostenido, murmurando en voz baja:

—¡Si es mi señorito!

—¡Muera! ¡muera! gritaban los milicianos, apuntándome sus fusiles. ¡Muera el faccioso, que viene á levantar una partida!

Entonces comprendí lo que pasaba, y me conceptué irremisiblemente perdido. El delegado de Malmahondo me habia denunciado al de Salsipuedes, como un cabecilla carlista que iba á levantar una faccion. Retirada la Guardia civil, retirados los carabineros, sueltas las turbas para las elecciones, sólo Dios podia salvarme; y de ese no lo esperaba en verdad, que tenia hartos motivos y sobradas razones para ofrecer al mundo un terrible escarmiento, dejándome degollar por tonto en el impuro altar del Sufragio. ¡Ay, cómo eché de menos á los turcos de Alejandría! Salivazos, puntapiés, mordiscos, bayonetazos, torniscones, me llevaban como pelota por aquella carretera que yo hice para civilizar el país.... Aunque el Alcalde pretendia servirme de escudo, ni siempre era poderoso á conseguirlo, ni ellos le guardaban para contenerse el necesario respeto. Alguna vez le gritaron los milicianos que se apartára para fusilarme, y Dios me es testigo que sin terror lo oia, pues tal estaba que la muerte me parecia el mejor descanso de las elecciones.

Cuando conmigo dieron en el pueblo, y mujeres y chiquillos mezcláronse al tumulto, no dudé ser llegada mi última hora, pues para una voz de vieja que dijera —«¡pobrecito! ¡cómo le tratan esos bárbaros!»— sonaban ciento gritando:—«¡matadle..! ¡matad á ese pícaro faccioso!»—Una mujer se lamentó de que no estuvieran allí «*los que habian dio por las cargas,*» porque ellos me hubieran ajustado ya las cuentas, y

hasta un chiquillo con vocecita infantil y blanda, que aun me parece que le oigo.....—; me recordó á mis pobres hijos!—cantaba esta copla:

El señor cura me dice  
que D. Cárlos, que D. Cárlos.....  
y yo digo al señor cura  
¡vivan los republicanos!

Pero tambien oí á mi lado una voz que me decia:  
—; Animo! que estos brutos no se acuerdan de mí.

Era mi fiel Carranza, que habia dado los caballos al alguacil de Salsipuedes, y á favor de la noche ya cercana se confundia con los amotinados para salvarme. De pronto sentí que fuertemente me empujaban hacia adelante, se me agolpó toda la sangre á los ojos, y caí cuan largo era sobre paja ó estiercol húmedo, que estaba por el suelo desparramado. En aquel momento gritó el Alcalde con voz estentórea:

—; A la cárcel! ¡á la cárcel este pícaro faccioso!—  
¡Milicianos! dos centinelas á la puerta y que nadie éntre.

No puedo contar detalladamente lo que despues aconteció, porque estaba medio enterrado en el estiercol, casi exánime. Por desgracia oia perfectamente los rugidos del motin, entrando por una desvencijada ventana con reja, donde chocaban alguna vez los cañones de los fusiles. Eran por mi cuenta diez ó doce borrachos ó bandidos los que insistian en fusilarme, haciéndoles coró unas cuantas furias, de las que llamar suelen mujeres, los que no han conocido por dentro una situacion democrática. Allá arriba, de vez en cuando, se oia la voz del Alcalde, sin duda asomado

al balcon, que llamaba no sé á quien, brutos, y otra voz más fina, que yo me figuré la del delegado, aconsejando al pueblo calma y dignidad para el ejercicio de sus preciosos derechos. ¿Me irian á aplicar la ley de *lynch*? ¿estarian aquellos bárbaros formando un jurado, para ensayar conmigo la grande obra futura de Rivero?

Algunos minutos despues me pareció oir entre la gente la voz de Carranza, que decia:

—Ese caballero no es faccioso. ¡Pues si al contrario, es un consecuente liberal, que viene á compraros los votos, y trae un saco muy grande de dinero!

La calma se restableció como por encanto, y los cuchicheos y las interjecciones y hasta el choque de los fusiles tenían más pacífico son. Todavía me pareció oir que gritaban:—«¡muera el delgaol!—¡nos engaña el delgaol!» Una voz de mujer arrimada á la reja, decia dirigiéndose á mí sin duda.

—Señorito, espere V. á pasao mañana pa lo e los votos, que viene mi mario.

Al mismo tiempo me tocaban en la espalda suavemente..... con la punta de un pié..... de labrador.

—Señor Barvic, venga V. conmigo sin chistar.

Era el Alcalde. Me cogió por la mano, me levanté como pude, y dando tropezones, pues estaba deshecho el empedrado del piso, le seguí por unas habitaciones muy oscuras llenas de estiércol y telarañas.

—¿Dónde estamos? pregunté al asistente de mi hermano.

—En las cuadras del Ayuntamiento, que sirven de cárcel. El Alcaide ha consentido por media onza de-

jarle á V. escapar; pero es preciso que no lo barrunten los del pueblo..... Aquí en este cuarto, debajo de este monton de leña, dice que hay ropas..... saldrá V. por la puerta del corral, yo iré delante..... y si Dios quiere, dentro de poco estaremos en la carretera.....

—¡Señor Alcalde! ¡señor Alcalde! gritaba un hombre á media voz en la pieza inmediata.

—Es Carranza, exclamé con alegría.

—Lo vá á echar todo á perder, dijo el Alcalde.—

¡Silencio! acérquese V. por aquí.....

—Ya no hay miedo, replicó el ex-alguacil. Nos hemos salvado. Todavía le han de sacar á V. en triunfo por esas calles.

—No quiero triunfos, ni glorias, ni votos, ni nada, exclamé, sino verme fuera del pueblo cuanto antes..... ¿Dónde está esa ropa?

—Aquí, respondió el Alcalde, metida entre la leña.

—Pero si ya no hay peligro, repuso Carranza. Al contrario, el delegado tiene á estas horas un canguelo que no vé, pues ha dado la opinion una voltereta.....

—Buen provecho le haga á esa infeliz el variar de postura. Quiero dormir esta noche en campo raso, á la luz de las estrellas, con el cielo por cobertor y una piedra por almohada.

—Tiene razon el pobre señorito, repuso el Alcalde. ¡Buen susto le han dado! Vaya V. á sacar los caballos á las eras. Que baje mi hijo mayor á entretener al pueblo de la plaza.... que les diga que se van á pagar los votos á cinco duros....

—Ellos piden á seis.

—Ofrézcales V. á onza, dije yo.

Entretanto me desnudaba el Alcalde, pues yo casi no tenia fuerzas, me ponía á tuestas otra ropa, cubriéndome despues con una manta, que olía á bestia menor. Atravesamos sin novedad el corral, que dá á un callejon escusado; salió primero el Alcalde, yo despues, y á los cinco minutos nos encontrábamnos en un otero, donde algunos frondosos álamos dan á una fuente sombra. Desde allí se veía el camino real, por donde avanzaba un hombre á caballo con otro del diestro. Era Carranza. Mi corazon reventaba de ansiedad.

—¡Padre! ¡padre! gritó detrás de nosotros un muchacho como de 15 á 16 años, que venía corriendo. ¡Vuelva V.!

—¡Diablo de chiquillo! murmuró el asistente de mi hermano, volviéndose y haciéndome señas con el brazo estendido hácia la carretera, como para enseñármela Yo la veía perfectamente y lo mismo la hubiera visto si fuera tamaña como una aguja.

—Venga V., padre, que quieren matar al delgao, y la melicia dice que á sacar al preso por las calles y ponerle guardia de honor.... Tráigale V....

Ya no pude contenerme. Corrí como un galgo, tirando la manta, salté sobre el caballo que traía el exalguacil del diestro, y habiéndose espantado los dos animalitos de aquella aparición fantástica, salimos por la carretera adelante como almas que lleva el diablo, y pocos minutos despues estábamos á una legua de Salsipuedes.

Aquella carrera vertiginosa me ensanchó los pulmones y me despaviló el caletre á maravilla. Falta me

hacia, en verdad. También me despaviló la tristeza y el hambre, que desgraciadamente desde la venta del Mal ladrón estábamos *per istam* los dos Quijotes del sufragio. Hacia una hermosa noche y la luna empezaba á salir. Cuando se cansaron los caballos, me detuve á encender un cigarro, y al brillo del fósforo dió el ex-alguacil un grito desgarrador.

—¡Está V. herido! me dijo ¿Qué le duele á V.? vamos á apearlos. ¡Dios mio! ¡cuánta sangre!

—Nada me duele, respondí yo, sin poder dominar alguna alarma. Regenerado me siento sólo con respirar aire libre y hallarme léjos de pueblos y electores.

—Pero ¿qué traje es ese que lleva V puesto? ¡Calle! ¡es un uniforme! ¡y de carabineros! ¡de oficial!

—Tiene V. razon, dije reparándolo y tentando las estrellas de plata y los galones. ¡Está empapado en sangre seca!.... ¡Cielos! ¿será el del alférez asesinado, que se encontró junto á la venta del Mal ladrón?

—¡Vaya un apuro en que nos pone! exclamó Carranza echando un taco, porque si nos topan los contrabandistas.....

—Ya lo creo. Me creerian el alférez resucitado y serian capaces de volverme á asesinar. Se conoce que en la cárcel de Salsipuedes hay roperia.... de difuntos.

No habia tiempo que perder, porque estábamos en una de las comarcas más contrabandistas de España, y ellos campando por su respeto bajo la proteccion de la autoridad monopodiesca. Nos metimos á la ventura de Dios por el monte, y como yo desconfiaba tanto de la mia, inmediatamente me quedé en calzoncillos, enterrando el uniforme en un hoyo. Tuvo nues-

tra situación en los momentos primeros tanto de chistosa como de apurada. Aunque con relente y hambre la noche se podía pasar; pero ¿y cuando la aurora sa liese á verter sus perlas, como suelen decir mis hermanos en Apolo? Grandemente eché de ménos el tiempo de los ermitaños y de los pastores de Arcadia, porque un zamarro ó un hábito de jerga me hubiera venido á pedir de boca.... y ya que miento á la boca, tampoco me hubiera venido mal un puño de higos ó de pasas. Traje á mi memoria todas las artes habilitadas de Robinson; pero poco me aprovecharon, porque no era fuego lo que necesitábamos en el siglo de los fósforos y en un país casi civilizado, sino cosas sólidas y comestibles, como pan y chorizo, por ejemplo, que recordó Carranza con dolor entrañable, para darme á mí y darse á sí propio la mayor pedrada del mundo en mitad de los dientes. Confieso, sin embargo, que doblaba mi desesperacion el pensar que iba á encontrarme la luz del nuevo sol casi como Adan en el paraíso, que aunque sea el traje de moda en tiempos democráticos, por estar cerca de la frontera donde podían verme extranjeros, lastimaba mi amor propio nacional.

Tuvo Carranza la idea de que cazáramos conejos con el revolver; pero yo la rechacé horrorizado, porque los tiros podrian atraer al monte contrabandistas ó viajeros, y así como despues que pasaran las elecciones me era sonriente y dulce la esperanza de que me cogiese la guardia civil, en aquellos momentos en que la guardia y toda autoridad brillaban por su ausencia, el hallarme entre personas (¡electores!!) me hubiera

causado un síncope. Sin embargo, con relacion al hambre, la de Carranza era una idea, y toda idea fecunda páre otras con poco trabajo, y así dándole vueltas á la idea de la caza vine á pensar en la de volateria, y recordé que en mi tierra los cazadores á la menuda se cubren por la noche con una sábana, y llevando en la mano un farol encendido, llenan en los campos costales enteros de alondras y cogujadas, porque los pobres volátiles al ver aquellos espantajos en la oscuridad de la noche se quedan patitiesos y amortecidos.

No pudo ménos Carranza de aplaudir mi ingenio, máxime cuando lo puse á prueba, porque como yo estaba en camisa y en vez de luz encendia fósforo tras fósforo cual graneado fuego—que por cierto gasté una caja que representaba al rey Amadeo huyendo de España en un globo, al cual hacian Rivero y Martos aire;—caíanse accidentados entre las matas los pobres animalitos, en una actitud muy semejante á la que tienen Sagasta y Topete en el reverso de la caja susodicha. En ménos de dos horas llenamos nuestros hongos de víctimas con el pescuezo retorcido. ¡Y qué gordas están alondras y cogujadas en tiempo de elecciones. cuando las elecciones son en Agosto, porque hay un Gobierno sábio que elige para ellas los dias más críticos de la recoleccion! Por cierto que no quise aprovechar los gorriones, que me recordaban el nido aquel... y á todo el que cayó en mis uñas lo arrojé estrangulado á las zarzas, para festin de culebras y escarmiento de hombres políticos.

Con las candidaturas encendimos lumbre, que aún quedaban algunos paquetes en las pistoleras, y

como á buen hambre no hay pan duro, medio crudos y medio asados metimos entre pecho y espalda una docena de pajarillos, que algunos iban por el garguero abajo cantando todavía. ¡Oh, y cuánto echámos de ménos la mal regalada pipa del caballero de Madrid, porque satisfecha la primera necesidad, la segunda era vino, y aunque el del regalo fuese veneno para estómagos decentes, cuando no hay pan buenas son tortas, y á falta de lomo tocino cómo, dicen en mi tierra. Agua tuvimos en abundancia de los veneros cristalininos del monte y lecho blando y oloroso de la menuda yerba; pero cuando el sol nos despertó dándonos en la cara, aparecióse mi situacion en toda su desnudez.

Para mayor desdicha los calzoncillos no estaban nuevos, que tres días contínuos á caballo les habian reblandecido las entrañas, hasta el punto de pedir por muchas bocas taparrabo. Tirábase el ex-alguacil de los pelos por aquella mala ventura, que quizás nos sentenciaba á hacer larga penitencia en el desierto, y yo, como la ocasion era de perlas para filosofar, decia encarándome con los alcornoques:—Hé aquí el hombre, el hombre político, tal como le ha hecho *la gloriosa*, perfeccionando la obra de Dios, que le crió desnudo y ella le deja algo ménos; hé aquí el bípedo implume de mis amigos del Ateneo, en toda la plenitud de sus derechos individuales, ilegislables é inmanentes. Aquí puedo hacer todas las manifestaciones que me dé la gana (y me levantaba el faldon de la camisa); aquí puedo asociarme, sin peligro para el órden público, á lagartos y lagartijas, culebras y culebrones, y á vosotros, verdaderos representantes de la libertad, que criais en

brazos de ella bellota y corcho; y aquí puedo, gran Dios, rendirte un millon de gracias, porque al hacerme naufragar en el golfo de las elecciones, me has salvado el pellejo, aunque contuso y sin cobertera, entre estos alcornoques, que dan la mejor tabla para náufragos electorales. ¿Tabla dije? mi Tablada será desde hoy este alcornocal, y lo haré en la historia más famoso que el que surte de cebada al meson del Peine y de pasto á la Tertulia de las Carretas.

Entre tanto, Carranza, hombre menos filósofo que yo, y por consiguiente más útil á la sociedad, ensillaba meditabundo su jaco, y con sus meneos de cabeza y su echar cuentas por los dedos, me demostraba estar revolviendo varias ideas en aquel cacumen. —No, decia entre dientes, á los pueblos no debo de ir, que pudieran arrimarme una paliza; ni á las casetas de los camineros, donde suele haber mujeres, que averiguarían de seguro la causa de hallarse el amo en pelota. Cabañas de pastores me inspiran tambien escasa confianza, porque allí hay votos, y si huelen que andaba yo comprándolos, pedirán lo menos 25 duros por los zajones más viejos y el zamarro mas raído. Iré á la ventura de Dios, á que Él me depare la que nos hace falta, que el sol ha subido ya media pica y no es cosa de estarnos aquí espuestos á que nos acontezcan mayores fracasos.—Señorito, añadió dirigiéndose á mí, espéreme V. subido en un árbol para que yo le vea desde lejos.

—Pero si pasan cazadores ó contrabandistas, le repliqué, ¿no podrán tomarme por una avutarda y pegarme un tiro?

—Tiene V. razon. Esos vestidos blancos sólo son buenos para la cama. Véngase V. conmigo. Andarémos por el monte con precaucion, á ver si nos depara la fortuna lo que buscamos.

Tras largas horas de vagar inutilmente por la espesura, pedí á Carranza que fuese al pueblo más inmediato á buscarme un traje, pues ya la situacionera insostenible, y á fin de orientarse para no perdér á la vuelta el camino, se subió á un cerrito á estudiar el terreno, donde le ví ponerse la mano hecha un canuto sobre los ojos y dar palmadas de alegría.

—Lo encontré, lo encontré, dijo bajando del cerro. En una higuera allá abajo, donde empiezan los sembrados de un pueblo que debe ser Niporesas ó Viveiros, hay un espantapájaros muy grande.

—¿Y de un espantapájaros voy á vestirme? esclamé. Era lo último que me faltaba; pero quien ya se ha vestido con los despojos de un oficial de carabineros asesinado, y quien en estas malandanzas se mete por nécios caprichos electorales, eso y más con resignacion ha de sufrir. Espantapájaros y aun espantajo sea yo de vivos y muertos, que bien merecido me lo tengo.

No se lo hizo repetir Carranza, que á la media hora estaba de vuelta con unos andrajos ominosos. Eran un sucio y desarrapado babero de un niño chiquirritin, que olia muy mal por añadidura, los restos de un chaqueton de lana, cuyos colores velaba la mugre, y la tercera parte de un ceñidor encarnado, que para red pudiera servir por sus agujeros. Acomodéme la pri-

mera prenda modo de zar güelles; cubrió mal que bien el chaqueton mis espaldas, y el pedazo de faja, dada una vuelta á la cintura, y con un alfiler sujeto, semejó un tapis de los que gastan las indias. De mí propio me afrentaba yo con aquel atavío, por lo que acordamos seguir el camino á campo través, hasta que pudiera de cosa mejor proveerme.

Hago merced al lector de nuestras aventuras, pues ya deseamos todos con bien ó con mal acabarlas. Pretestando que llevaba calentura, compró Carranza una manta á un contrabandista que pasaba á lo léjos, y bajandome los zaragüelles para cubrir las piernas, pude llegar embozado y á boca de noche á un pueblo, que resultó ser Ojo al Cristo. Sin ocuparme de elecciones ni decir en el meson cosa alguna, me metí en la cama para disimular mi estado, y cenamos allí dos conejos, y otras tantas libras de truchuela con arroz, en amable compañía para matar á quien nos mataba; pero no era el ex-alguacil hombre para dormirse sobre sus laureles, y con el último bocado y el último trago, salió á buscar por el pueblo quien le vendiese unos pantalones y una zamarra, teniendo la debilidad de decir en la taberna que yo era el señor Barvic, el que habia mandado con un propio dinero para las elecciones. Cuando empezaba yo á entornar los ojos se me llenó de gente el meson. Acontecia, que los de Ojo al Cristo eran enemigos de todos los pueblos inmediatos; estos votaban al candidato ministerial, señor Birli, y los ojo-cristinos—no me atrevo á decir cristianos—por llevarles la contraria, me estaban votando á mí, que habia sacado aquel dia 27 votos, por uno del ministe-

rial y tres del republicano. Con tan poderoso motivo acababa de llegar un comisionista especial, autorizado para llevarse las actas á Lobera y preso al Ayuntamiento, órden que me entregó el Alcalde auténtica, para que yo la viese por mis propios ojos. Fingí coger el cielo con las manos; eché á espuestas por la boca tacos y ternos, y díjeles que en el mismo instante iba á presentar mi denuncia al juez de Granujera, debiendo ellos entretanto darle una paliza al comisionado, lo que pusieron por obra tan cumplidamente, que cuando yo salía al trote por las calles, sonaban en la plaza como saco de nueces las costillas del pobre compañero de Monipodio.

Era mi intencion, y así lo dije á Carranza, que me creía medio loco ó loco entero, no volver á poblado, sino en la alta noche, cuando nadie pudiera hablarme de votos ni de comisionistas, y aunque los caballos estaban rendidos y nuestros cuerpos desvencijados, anduvimos de una sentada hasta Infiacanes, cuya vista me aterró, pues sólo eran las once de la noche. Paramos en el egido hasta la una, que ya no tuve reparo en meterme en el pueblo, yendo á llamar directamente á la puerta falsa de mi amigo Pedro Rapis, donde solía parar cuando hice la carretera, y por consiguiente sus costumbres morigeradas me garantizaban el poder dormir tranquilo.

Tardaron mucho en abrirme, lo que atribuí á que estarían dormidos los criados; pero figúrese el lector mi asombro, cuando me encontré en la inmensa cocina en medio de una comilona, donde mi aparicion causó un efecto



como la sombra de Bankuo,  
en el festin de Machet.

Pedro Rapis se quedó confuso y no sabia que decirme; pero yo adiviné en seguida que se trataba de un festin electoral con mi dinero costado, y como ya lo único que me importaba era dormir y descansar, le rogué que me llevase á mi cuarto incontinenti. No deseaba él otra cosa al parecer, más antes creyó su conciencia de anfitrión deber presentarme á sus convidados, y resultó que eran los jefes, subjefes y mediojefes de los partidos del pueblo, estando en gran mayoría los republicanos. ¡Asombro nuevo y nueva preocupacion por mi parte! ¡Mis mayores enemigos trin-cando copa á copa con el jefe de mis partidarios! Renuncié, sin embargo, á indagar la causa, máxime cuando me dijeron que yo llevaba 30 votos, Gerónimo Birlí 43 y el republicano 112. Negocio perdido. Me acosté y dormí como un patriarca, y ellos siguieron comiendo y tragando á mi salud.

A la siguiente mañana, mientras yo tomaba en la cama chocolate con torreznos, sin abrir los ojos, por que temia empezar á ver electores, oí la voz de Pedro Rapis, que estaba sentado á la cabecera, entonándome la siguiente cancion:

—Usted estrañaria verme anoche mano á mano con los enemigos de su candidatura; pero ha de saber usted que en esta aldea viven los partidos en muy buena armonia y nos hacemos unos á otros como hermanos los favores que podemos. Yo además he considerado, que yendo perdida, como vá irremisiblemente, la eleccion de V., segun las noticias que tenemos de

otros pueblos, pues en Granujera hubo anoche tiros y un muerto, y en Lobera parece que tambien han gastado pólvora y no en salvas, y en otros pueblos Dios sabe lo que pasará, lo que nos interesa es triunfar en la eleccion del compromisario para influir en la de senadores, y me he puesto yo en la candidatura con el objeto de ser útil á usted.

—¿Hola! ¡hola! murmuré comprendiendo el juego. ¿Y qué tal le ha ido á V. en el primer día de eleccion?

—Perfectamente, pues saqué 95 votos, que no tienen los republicanos empeño en el compromisario y me dan los suyos; pero á última hora me hizo el señor cura el flaco servicio de presentar un compromisario carlista, que sacó 67, de modo que vamos á tener que apretar hoy y mañana.

—Es grande la ventaja que V. le lleva, repliqué, y puede V. contarse compromisario.

—No tal, porque nosotros hemos puesto en el asador toda la carne y á ellos les quedan muchos contrabandistas, que han de venir esta noche. Tambien queria decir á V. que se ha acabado el dinero, pues los votos se están pagando á 7 rs., ayer les dí una buñolada en que se gastaron cuatro fanegas de trigo, y además á cada taberna he adelantado cien reales, para que vayan facilitando vino á los electores, con que si hemos de apretar hoy en firme, se necesita más dinero.

¡Y me lo pedia á mí, para triunfar él..! ¿ha imaginado nunca el lector desvergüenza semejante?

Tan curado de espanto iba ya poniéndome, que me vestí tranquilamente las menguadas ropas que me agenció Carranza en Ojo al Cristo, llamé á éste para

que ensillára los caballos, y despidiéndome de Pedro Rapis, que más de una vez quiso hablar sin atreverse, volvíme á salir á despoblado, jurando en Dios y en mi ánima no volver, hasta que hubieran pasado las elecciones, á meterme en boca de lobos, que con mis votos y mi dinero compran á mis enemigos la eleccion de compromisario. Afortunadamente, más que yo en mañías electorales progresaba Carranza en industrias útiles, pues tan pronto como empezamos á sentir hambre, desenvainó hasta medio jamon y seis hogazas de pan, que con unos ribetes de queso y aceitunas y una preñada bota de vino, me ayudaron á realizar el bello ideal del candidato quijotesco, que fué andar por los campos todo el día, y dormir á la luna de Asinaria, que es por lo menos tan hermosa como la de Valencia, y seguramente de mi situacion más digna.

Siglos se me hacian, sin embargo, las horas que tardaba en amanecer, porque tenia determinado irme á Lobera á tranquilizar y cuidar á mi pobre madre; lo que ya podia hacer impunemente el último día de eleccion, aunque usára la cautela de entrar en mi casa por la puerta falsa.

Dios, si de mí se acordaba, que lo dudo, habia dispuesto las cosas muy otramente, pues al dar vista á Lobera, nos topamos en el camino á tres ó cuatro viajeros y una mujer, que en sendos burros marchaban en la misma direccion, y al distinguirme, rompiendo un llanto que ablandaba las piedras, se tiraron todos al suelo y la mujer se vino sobre mí entre furiosa y afligida. Era la Alcaldesa de Babia, con su marido, el señor cura y el maestro de escuela.

—¡Se me ha escapado..! gritaba ronca; se me ha escapado Mariquita con el sargento....

—Y con el padron electoral, añadió el P. Antonio.

—¡Usted tiene la culpa por habernos metido en estas malditas elecciones....!

—Mujer, murmuró el Alcalde, si el Sr. Barvic lo hubiera sabido....

Yo no pude resistir más, y ladeándome de ellos, metí espuelas al caballo....

—¿Lo ves, tonto, bárbaro, padre sin entrañas? gritaba la Alcaldesa en medio del camino. ¿Ves como tu candidato es un tunante, que ni siquiera tiene compasion de nosotros?

Como loco y sin dejar de oír las maldiciones de aquella madre, entré seguido de Carranza por el famoso corral á cuyas paredes hubiera dado más de mil besos, sino temiese cometer un plagio de lo que hizo Sancho Panza con su rucio. ¡Oh, mi dichosa Barataria nada tenía de barata, sino mucho de baratera, pues sólo me quedaban unos cuantos duros de los 2.000 que negocié con mis parientes granujeriles!

La única de mis hermanas que á recibirme salió, me dijo que mi madre estaba muy grave, pues cada tiro de los peseteros le daba un empujon á la sepultura, la eleccion perdida, y Bartolo incomunicado, por atribuírsele la voz de *¡fuego!* en la sangrienta lucha, donde entre otros vecinos de Lobera, habia caido moribundo el maestro, padre del ya casi diputado Gerónimo Birli, que acababa de recibir de D. Amadeo el título de *marqués de Birli-birloque*.



## DESCANSO.

(EPÍLOGO).

DE CÓMO VOLVIERON Á PONERSE EN PUNTA MIS DESVENCIJADOS HUESOS, CUANDO MENOS ME LO CATABA Y ELLOS MÁS COLCHONES ME PEDIAN.—UN SECRETO DE CONFESION QUE INTERESA Á LOS REPUBLICANOS.—ME OFRECE LA SENADURIA EL MARQUÉS DE BIRLIBIRLOQUE.—AJUSTE DE CUENTAS.—NUEVA FUGA Á MI TABLADA.—LAS DOS OREJAS, LOS DOS PIÉS, LAS DOS MANOS, Y TODO EL CUERPO DEL GOBERNADOR.—¡MONIPODIO..... GRAN CRUZ!—MI ACTA EN LAS CÓRTEES.—CONSUELO DE TONTOS.—ME ATRACO DE AGUA DE LOECHES.

Bastó el verme sano y salvo para resucitar á mi madre, recobrando mi espíritu por consiguiente la mayor parte de su perdida tranquilidad. A boca de noche, que era la hora predilecta para mí desde que andaba en tan malos pasos, me avisté con el juez de primera instancia para descargar mi conciencia de enorme pesadumbre, quien no sólo me recibió con la mayor cortesía, sino que me dijo:

—Llega V. á muy buena hora, porque voy á poner en libertad á su primo D. Bartolo.

—Mucho lo celebro, le respondí, pues venía á recordar á V. el artículo 4.º de la Constitucion....

—Sí, sí, no resulta contra él indicio alguno, que el navajazo de que se muere el pobre maestro....

—¡Navajazo! repetí interrumpiéndole. ¿Y siendo así ha podido V. suponer autor del crimen á mi primo?

—Eso es cosa del Alcalde, repuso friamente. Él me lo entregó dentro de las 24 horas que marca el artículo 3.º...

—Y diga V., señor juez, de otro crimen, acaso más grave y trascendental, que se ha cometido en Babia, ¿está V. entendiendo?

—¡Yo, Sr. Barvic! no me crea V. tan cándido que me haga agente electoral en contra del Gobierno.... ni de nadie, añadió con estudiada energía. ¡Buenos están los babiecos! Eso del robo de la hija del Alcalde es invencion de algun candidato derrotado....

—¡Caballero! exclamé poniéndome en pié. Aquí no hay más candidato derrotado que yo, y soy incapaz....

—Señor Barvic, seamos hombres de mundo. Las elecciones hacen un paréntesis en nuestra vida moral, y sólo así se esplica que hombres incapaces de cometer no ya un crimen, la menor falta, se manchen hasta de sangre por un voto. Estoy ocupadísimo examinando el sumario de su primo de V. Despues del escrutinio hablarémos del asunto de Babia.

—Pero entretanto, el honor de esa pobre familia....

—¿Tiene V. algo más que mandarme?

Aquella despedida tan grosera me puso en términos de hacer una barbaridad; pero afortunadamente me contuve y salí. Al atravesar la plaza con el sombrero caido sobre los ojos, una mujer colocóseme delante y me detuvo.

—Señor Barvic, me dijo, le he conocio á V. ¿No sabe V. lo que me pasa?

Temiendo que una brusca respuesta agravase la situación, aguanté á pié firme.

—Como estábamos, continuó la mujer, en que los votos habian de valernos lo menos á cinco duros, yo me e jecho unos zapatos y al probecillo e mi Juan le habia compraó tres camisas; y ahora salimos con que el aperaor de D. Bartolo no nos dá más que veinte riales.

—¿Y yo que tengo que ver con eso? dije presintiendo un horroroso nublado.

—Es que mi Juan á votao por V. y que yo de alguna parte he de sacar los veinticuatro riales que me faltan....

—Pero....

—Es que no quiero que sepa mi Juan que yo los debo en la tienda.... con que voy mañana por ellos, señor Barvic, porque sino me arrima una paliza....

—No vayas, no vayas, dije sacando los 24 reales.

Despues me pesó; pero ya el mal estaba hecho. Habia temido que me promoviese un escándalo en medio de la plaza, que era muy para ello la tia Candonga. Apreté el paso y encontréme con gran sorpresa á la cabecera del lecho de mi madre al señor cura del pueblo, anciano y respetable sacerdote, que me queria mucho y cuyo alejamiento, como recordará el lector, me afectaba sobremanera. Habia sido fraile misionero en Marruecos, y por falta de salud tuvo que secularizarse; pero seguia ejerciendo en España su mision con la misma fé y el mismo fervor evangélico que entre los salvajes desplegara. Solia decir ingénuamente que, aparte el idioma, el vestido y los serra-

los públicos, los moros de allá le parecían preferibles á los de acá, pues profesa la doctrina de que venimos de una misma madre, siendo un error, sólo de franceses propio, creer que el África empieza en los Pirineos. «España, me decia, es la que empieza en el Riff.»

—No he venido á verte antes de las elecciones, me dijo estrechándome entre sus brazos, porque..... porque no queria verte hasta despues.

—Lo comprendo, señor cura, y me han hecho notable falta los consejos de V.

—Además, he tenido estos dias un largo confesionario.

—¿De veras? exclamé, ¿todavía se confiesan aquí las gentes?

—Ya lo creo, y con más fé que nunca.

—¿Lo oye V., madre? repuse yo gozoso de mi triunfo. ¿Se ha acabado la religion, como V. creia?

—Serán las mujeres, replicó la anciana.

—Y los hombres, añadió el P. Matias. La mayor parte de esos energúmenos que en el club echan piedra y rayos por la boca, acude como siempre á los piés del Redentor á desahogar una conciencia, antes por la atmósfera que respira envenenada, que por la mala voluntad. ¿Oh! cuán digno de compasion es este pobre pueblo, estudiado desde un confesionario! Voy á revelarte, hijo mio, un secreto muy singular, que no afecta á mi deber de sacerdote, y que entraña un fenómeno de los más dignos de estudio que ofrece el caracter español en nuestra época. Lo primero que suelen decirme al doblar la rodilla esos desgraciados del

club, es:—*Acúsome, padre, que soy republicano.*

—¡Dios de misericordia! murmuró mi madre con los ojos llenos de lágrimas.

—Yo, prosiguió reposadamente el señor cura con su voz armoniosa y dulce, me apresuro á contestarle:—  
«Hijo mio, no es pecado el ser republicano, á menos  
»que lo seas con una intencion torcida, contraria á los  
»mandamientos de la ley de Dios. ¿Como entiendes tú  
»el ser republicano?—Padre, replica bajando los ojos;  
»repartendonos la fábrica de D. Felipe y las tierras de  
»don Eluterio y D. Bartolo; pero no dude V. que todo  
»ha de hacerse con la mayor legalidad. ¡Bonitos somos  
»los republicanos para faltar á la ley! Ya lo tenemos  
»arreglado... se examinaran las escrituras por personas  
»de conciencia, y *la que tenga un pelo....*»

—¡Buenas serán ellas! dijo mi madre sin poderse contener! ¡Ah tunos!

—¡Ah desgraciados! replicó el P. Matias en tono de dulce reconvencion. ¿Qué culpa tienen ellos de que las ideas modernas, y sobre todo el sufragio universal, hayan envenenado sus corazones de hombre, sus inteligencias de niño? No hay más seguro disolvente para la organizacion social, que ese sistema que pone, el esqueleto del organismo político, dislocado, desmenuzado, y hasta con números, como el del megaterio que está en la Historia natural, en manos de los ignorantes y de los perversos, despertando en unos el espíritu de crítica, el más instintivo y grosero de la naturaleza humana, y en otros los apetitos y las concupiscencias, fuente de todas las pasiones criminales. El pueblo en este sistema no siente más que el dolor de sus llagas,

y los hombres políticos el impulso de sus ambiciones. Ir preguntando casa hita opinion y voluntad, cuando la mayor parte de los hombres no saben lo que piensan ni lo que quieren, es entregar la sociedad al atomismo, á la pulverizacion, al *delirium tremens*, como Dios entregó el desierto á las arenas y el espacio á los vendabales. Dicen algunos con aparente fundamento que hace al sufragio universal menos temible esta misma disgregacion de las fuerzas sociales, que contraponiéndolas produce, porque así ni el conservador ni el revolucionario, ni el cuerdo, ni el loco se atreven á reñir batallas de esas que ensangrientan la historia para muchos siglos; pero yo creo por el contrario, y en esto es quizás en lo único que estoy conforme con Proudhon, que ese *equilibrio inestable*, como estado permanente de la sociedad, es mil veces peor que los mayores cataclismos, porque los Estados, las clases, las instituciones tienen un centro de gravedad cuya pérdida las somete á los tormentos de Tántalo y de Sísifo centuplicados, á una agonía perdurable, más dolorosa que la muerte, que al cabo sólo es la destruccion. ¡Pobre pueblo! al verse todos los dias consultado cree que le preguntais por sus dolores, que son harto conocidos desde que Jesucristo los descubrió para aplicarles el bálsamo divino de la caridad, de la resignacion, de la esperanza en mejor vida; pero como vuestra ley no trata de eso; como vuestra ley, grosera y materialista, sólo en las necesidades de la materia hace pensar al hombre, y esas no se las satisface ni puede satisfacerse-las, porque la materia es hambre, es sed, es apetito y lujuria desenfrenada, desde la Babel de sus ilusiones cae

el pobre pueblo al abismo de la desesperacion, y unos afilan sus puñales para hacer efectivas las promesas de la ley, otros venden su conciencia por un puñado de cobre, y la generalidad, embrutecida por el paroxismo que sigue á toda borrasca de pasiones, se enecnaga en los vicios más y más, alejándose de Dios y perturbando la armonia social, en vez de perfeccionarla.

—Entonces, exclamé gozoso de oir al señor cura, convendrá V. conmigo en que la fórmula salvadora que los hombres de la época debemos presentar al sufragio universal, es la mia, es la que elegí por bandera para mi desgraciada campaña..... *católico, monárquico y liberal.*

—Si fuera ocasion esta de juzgar del vocablo, te diria, que tu fórmula, bellísima en mi concepto y síntesis admirable de un espíritu honrado, por su misma significacion y belleza debe presentarse al sufragio universal... como se presenta la cruz al diablo. El sufragio universal, hijo mio, no es católico, ni monárquico, ni liberal; acaso se ha inventado en odio á esas tres grandes ideas, y de seguro el catolicismo, y aún cualquiera religion positiva, es con él incompatible. Si se realizara el absurdo de que la sociedad permaneciese muchos años entregada á ese sistema, los escasos electores que acudiesen á las urnas, quizás no llevarian cada uno candidato diferente, ideal político diferente, porque los partidos con sus mañas, con su organizacion materialista podrian evitarlo; pero de seguro llevaria cada elector un Dios diferente... para su uso particular. ¿No ves tú que cuando la ley sólo enseña al hombre las cosas de

la tierra, siente el cielo vacío y aspira á llenarlo? ¿No recuerdas que el mismo Voltaire confesó la necesidad de inventar á Dios, sino existiese?

La campanilla del viático resonaba en aquel momento allá lejana..... nos arrodillamos el P. Matias y yo, incorporándose mi madre en el lecho á santiguarse y rezar. Tan conmovidos estabamos los tres, que nos pareció aquel contraste una advertencia del cielo.

—Ya vuelve mi teniente de confesar al maestro de escuela, dijo el P. Matias.

—Pero ¿es la herida muy grave?... murmuré.

—Pienso que no llegará á la madrugada.

—Caro paga Geromo su eleccion, añadió mi madre. ¡Pobre muchacho!

Y permanecimos silenciosos algunos momentos, abismados en la profundas meditaciones que aquella desgracia nos inspiraba. Mi hermana mayor entró de puntillas á llamar al P. Matias, y un momento despues me llamó éste á mí.

—El moribundo quiere verte, me dijo cuando salí de la alcoba. Te acompañaré.

—¡Señor cura!.... dije con voz entrecortada. Me reconozco en este momento más malo y menos cristiano de lo que creia. Me repugna esa casa y esa gente. Por ellos está mi madre enferma, preso mi primo y yo quizás arruinado. Por ellos.....

—Ven Barvic, replicó el P. Matias, cogiéndome suavemente por el brazo; porque te han ofendido te llaman; aquí el sacrificio es para ellos..... para ellos el castigo..... ¿Te negarás á ser instrumento de la Providencia?

Ya no resistí. Cuando llegamos á la casa de Birli, que estaba llena de gente, nos abrieron paso todos con esa admiracion estúpida de quien no comprende las grandes situaciones de la vida. El marqués diputado se hallaba en la alcoba, á la cabecera del enfermo. Como un autómeta me puse delante de la cama, sin saludar á Geromo, que hizo ademán de salirse; pero el señor cura le detuvo.

No tenia ya el moribundo gota de sangre, confundíndose su rostro con la almohada; fijó en mí sus ojos vidriosos y me quiso alargar la mano; pero no pudo. Yo se la cogí y se la besé con respeto, murmurando:

—Señor Birli, duerma V. tranquilo....

Como si no esperára otra cosa el pobre maestro, cerró los ojos dos ó tres veces rápida, horrorosamente.... y un estremecimiento de todo su cuerpo nos demostró que habia dejado de existir. Sacamos á su hijo de la alcoba, y nos encerramos con él en un gabinete el señor cura y yo. Estaba inconsolable, y además tan afrentado, que no levantaba los ojos del suelo.

—¡Pobre padre! decia juntando las manos y con la cabeza caida. Como el Ayuntamiento no le pagaba despues de la revolucion, ni yo me habia casado todavía, tuvo que hacerse republicano... para no morir de hambre. ¡Maldita escuela!

—No piense V. en eso, replicó el señor cura, sino en encomendar á Dios su alma.

—¿Le has perdonado de veras? me preguntó cogiéndome ambas manos, que maquinalmente le abandoné. Mira..... ni él ni yo tenemos la culpa..... La



gente de Madrid me ha comprometido.... Pero yo te haré Senador, te lo juro, te haré [Senador por la memoria de mi padre. Así le vengaré del infame albeitar, que ha sido su asesino....

—No hablemos de eso, Gerónimo.... corramos un velo....

—Al contrario..... quiero descorrértelo. En Granujera me llamaron á conferenciar por el telégrafo.... puedo enseñarte papeles.... quiero que te convenzas, añadió, sacándose á pesar mio un legajo del bolsillo con nerviosa mano. Mira.... aquí me decian:—«¿cómo ha »de ser candidato ministerial ese Barvic, que la víspera »de las elecciones se atreve á proclamarse católico- »monárquico.....?»

—Bástame tu palabra, le dije retirando el papel.

—Ha sido un compromiso político, uno de esos compromisos más fuertes que el hombre.... Me decia el Sr. Bodega: (y leyó con voz balbuciente:)

—«Usted es de los nuestros, V. ha buscado suscripciones para mi *Cuba*..... No sea V. tonto; V. debe venir á *nuestras Córtes*....» A propósito, en aquello del *par* tenias razon. El hombre quiere que se le envíen dos pipas más, porque dice que los amigos apenas si le han dejado media docena de arrobas para probarlo....

Púseme en pié maquinalmente, y el señor cura dijo con gravedad:

—Esta no es ocasion, Sr. Birli....

Por fortuna su mujer, que acababa de enterarse de la muerte del suegro, entró con el pañuelo en los ojos á representar la escena del valle de lágrimas.

mas. Detrás penetró la turba multa de los amigos y electores influyentes, entre los cuales estaban don B de V, don X de Z y los seis consócios restantes, que me habian vuelto la espalda para votar á Geromo. Despedíme de éste y del señor cura, á quien su divino carácter retenia en la casa mortuoria, y salí de ella resuelto á permanecer encerrado en la mia, hasta que aliviada mi madre completamente me permitiera marchar á Madrid. No lo consintieron los hados, que habian resuelto hacerme agotar un cáliz interminable. La primera persona que encontré en mi casa fué mi primo Bartolo, que antes que le felicitára por su libertad, se vino á mí echando espuma por la boca y diciéndome:

— ¡Buena la has hecho! Vamos á tener que emigrar del pueblo todos! ¿Por qué te has dejado sacar 24 reales por esa charlatana de la tia Candonga? Ya están todas las mujeres de los electores alborotadas y tu casa llena... Tu pobre madre ha llevado un susto... ¡milagro será que esto acabe en bien!

Efectivamente, de la colada, de la cocina y hasta de las cuadras, se levantó al verme entrar el más horrible guirigay de que existe memoria en los anales democráticos del mundo. ¿Qué hacer en tan grave situación? Mis hermanas habian sacado sus ahorritos para pagarlas, creyendo mi bolsillo agotado; pero Bartolo y yo resueltamente nos opusimos. El remedio era peor que la enfermedad. Mujer habia que reclamaba el resto desde el duro hasta el valor de un par de bueyes, que habia pensado comprar con el voto de su marido; otra habia ajustado pantalones para su

once hijos con un contrabandista; otra pensaba poner en su colada una docena de sillas y jalvegar toda la casa; otra había encargado unos pendientes á un platero y al señor cura dos misas por el alma de su abuela.... Aquello era la mar, frase que ha inventado la pobre lengua castellana, para darnos idea de las cosas democráticas y radicales.

Me salvó la feliz ocurrencia de irles diciendo una por una que á la mañana siguiente esperaba á sus maridos para ajustar cuentas, ocurrencia que no mereció la aprobacion de Bartolo, que la creía un simple aplazamiento del escándalo; pero yo le repliqué:

—Es que mañana les haré comprender á esos zoquetes que tienen pena de presidio.

A medida que desfilaban ellas, iban entrando cinco ó seis paletos, con sus chaquetones al hombro y su andar mesurado y grave, en esa reconcentrada actitud de las pobres gentes, que contra su costumbre y su deseo están pensando en una cosa seria.

—¿Qué se ofrece? les dije de mal talante.

—Hablar dos palabras con V., señorito. Que el aperraor de D. Bartolo que jacernos una mala partia... porque hemos llegao tarde á eso é las urnias, ice que ya no las puee volver á abrir, y que ya no ganamos el duro....

—Os habreis estado en la taberna toda la tarde....

—Velai que acá dijimos:—«lo mesmo será ahora que luego....» y lo que es mañana, señorito, por cima é la cabeza de Dios, nosotros hemos é ganar nuestro dinero.... ¡Pues no que no! ya jará usté que se vuelvan á abrir las urnias.

—¡Imposible! se acabaron ya las elecciones.

—Y nosotros vamos á perder.... ¡nosotros, los más probes é Lobera!.... ¡quia! aunque ardan las casas y too! ¡Miste que Dios! pues ¡si á nosotros nos dá la real gana de ir allí á votar por V., ¿puee naide impeírnoslo?

—La ley, replicó Bartolo, el Alcalde....

—No iga V. más, señor; si es cosa el Alcalde ya verá V. como se arregla too.... ¡y que no!..... y que nos venga con pitos y flautas, que é cabeza le metemos en la urnia....

—Id á verle mañana, dijo mi primo con una intencion de toro, y si él consiente, nosotros tambien; pero no le digais que hemos hablado....

—Por supuesto. Descudie V., señor. Hasta mañana.

—Quien á hierro mata á hierro muere, murmuró el ex-Alcalde. ¡Buena la van á armar!....

—¡Como no nos salga el tiro por la culata!

Despues sostuvimos un altercado muy grave para ajustar cuentas, porque Bartolo se obstinaba en hacer la costa de una parte de la eleccion ó al menos la de Lobera; pero yo me obstiné á mi vez en reintegrarle, por lo mismo que era una de las pocas personas dignas que en la batalla me habian ayudado. Pusímonos al efecto á liquidar todos los gastos y á enterarnos del manajo de cartas sin abrir, que sobre mi mesa tenia, unas por el correo y otras por propios conducidas. Ni el costo ni el resultado de la eleccion se pudo sacar en limpio, que todavía quedaban muchos cabos sueltos. ¡Y qué cabos! maromas y cables para ahorcar á medio mundo.

Participábame el estanquero de Abrelojo, que la presentación de Birli había revuelto aquel pueblo á última hora, hasta el punto de no haber podido proporcionarme sino 34 votos, y esos muy caros, á tres pesetas, con más 108 rs. de vino y bacalao, porque el señor Rio Revuelto con generosidad inaudita había puesto tienda de ello para los electores ministeriales, y él, porque yo no quedara deslucido.... ¿estamos? El Alcalde de Salsipuedes no podía escribir, por hallarse en cama á consecuencia del sofocon y los mogicones que le dieron las mujeres de aquellos mismos voluntarios que querian fusilarme, por haber impedido con mi fuga la ovacion que me preparaban. En cambio obtuve una buena votacion de 386 electores; pero..... ¿habia de faltar el *pero*? como supiesen que en Granujera se pagaban á duro los votos, ninguno lo quiso dar más barato, por cuya razon importaba la cuenta 381 duros, pues los cinco restantes eran gratis..... de amigos y personas decentes. En Ojo al Cristo no habia conseguido el comisionista apoderarse de las actas, porque el pueblo se amotinó al ver que se trataba de que votase á palo seco al candidato ministerial, y los hombres conciliadores, para evitar el conflicto, acordaron que se repartiese el padron electoral entre los tres candidatos, como buenos hermanos; pero..... como yo llevase ya mayoria hubo que quitarme á mí, votos que me habian costado mi dinero, para equilibrar la votacion de Ginesillo y Birli. (Cada bote que daba yo sobre mi silla, lo envidiaria una pelota pamplonesa.)

Las cartas de Granujera me horrorizaron. El juez

habia sido por el telégrafo separado, reemplazándole interinamente un picapleitos de la villa, por mal nombre el abogado culebra, que con ser culebra y granujeril, está dicho todo. Habíase formado Monipodio una guardia de 20 hombres, con la cual y la murga de la poblacion, andaba por las calles tirando tiros al compás del himno de Riego, mientras el Alcalde y sus satélites cambiaban las papeletas de mis *cuadrilleros* por otras de Geromo y de Ginesillo, pues no habian consentido los republicanos en la trampa, á menos que se tirase tambien para ellos de la cuerda. Víctor Moreno, único de mis electores que se atrevia á luchar frente á frente con aquellos vándalos, salia al anochecer de la escribania con una recua de cuadrilleros, que acababan de protestar su intencion de votarme á mí, cuando gritándoles una voz —*apartaisos, que nada vá con vosotros*—hicieron los monipódicos una descarga, y Víctor cayó con un muslo atravesado. Leve era la herida, segun los facultativos; pero como ningun vecino se atrevió á recogerle, y el juez no pudo ó no quiso penetrar en la calle, porque tenian tomadas todas las avenidas, y era incesante el fuego graneado, despues de atronar al pueblo toda la noche con sus alaridos, espiró al amanecer desangrado. Para colmo de infamia, achacaban el muerto á mis parientes, que en la misma calle vivian, y ya constaban en el proceso ocho ó diez declaraciones unánimes..... como que eran de la misma guardia de Monipodio. (Rezamos Bartolo y yo un padre nuestro y un ave María por el pobre Víctor, y ruego á los lectores que tambien le recen, única ayuda que reciben

gratis las víctimas del sufragio universal). Réstame añadir que la protesta que llevaba el pobre muchacho en el bolsillo, voló sin duda con su alma...

Otras cartas abrí, que por ser muy breves, y curiosas, voy á ponerlas al lector delante. El maestro de escuela de la Venta del Mal Ladron me escribia lo siguiente:

«Mi querido protector: acabo de poner yo mismo  
»en el correo certificadas, las actas electorales de los  
»tres pueblos consabidos, que todas van á favor de  
»usted unánimes. Por fortuna, á los Alcaldes y Secre-  
»tarios les duró la borrachera 36 horas, tomando  
»otra el despertar en cuya compañía emprendieron  
»el camino de Lobera, sin advertir la falta de sus pa-  
»drones. Cuando lleguen, ya habrá recibido el juez las  
»actas. Ofrecí á V. que se acordaria de mí, y cumplo  
»como debe un corazon agradecido. De usted siem-  
»pre etc.»

Ni Bartolo ni yo comprendimos bien el juego de manos que habia hecho el pobre maestro; pero con toda el alma se lo agradecemos. La señora Pepa la galga me escribia desde Mamalhondo la siguiente:

«Señor de Bravio. malerGare qal recivo desta Se  
»aye, con la más caBala salu, Esta tiene por oJebto  
»deciRle á v cOmo no bino el seGundo dia de liSion  
»que llo lestube asPerando pa lo del Dinero pa los Bo-  
»tos coNque mI crio botO y otro amigo sullo qe  
»le Llaman por mal Nombre pichiChi, qe no se pu-  
»do hacer mas con los ciEn riales Y pa otra vez. qede  
»V. agrAdecido aunque me ajecho esTa partia Serra-  
»na, dispondra de su afeTisima qe sus P. bésa etc.

—A 68 reales y medio me sale cada uno de estos votos, exclamé lanzando un suspiro; pero los daré por bien empleados, sino vuelvo á verme jamás entre aquellas brujas.

La tercera carta era más lacónica aún.

«Mi estimado amigo: al fin triunfamos en lo tocante á mi candidatura de compromisario, no sin gastar una onza de esceso sobre los 1,000 reales que me envió; pero no se alarme V. que no se la pondré á la cuenta; se la pondré al albeitar de ese pueblo, que hoy me pide mi voto para senador.»

»De V. siempre afmo.

«PEDRO RAPIS.»

Y de lo que á mí me interesaba, de los votos que yo habia tenido, ni una palabra. El hombre iba á su negocio derecho, haciéndome la merced de no robarme 320 reales más. Eran las otras cartas reclamaciones de unas cuantas partidas de déficit, que sumaron 5.343 reales. Algunos dejaban la cuenta abierta por no haberse presentado á liquidar todavía taberneros ó capacetes de electores ¡La mar!!! Abiertas sentia yo mis venas como si me estuviese desangrando. La desesperacion y el remordimiento me devoraban.

—¡Dios mio! exclamé ¡Pasa ya la cuenta de 3.000 duros! ¿Qué vá ser de mis pobres hijos? ¡Maldita sea la hora en que la vanidad, el despecho de ver entregado mi país á la canalla, me lanzaron á confundirme con ella! No hay defensa posible en esta lucha. El sufragio universal ha roto el equilibrio entre el mal y el

bien, indispensable para que viva el mundo. Las cárceles y los presidios son las escuelas del porvenir:

—Parece, dijo Bartolo con hondo acento, parece un candidato derrotado al salir de la urna al tercer día, triste pescador de sanguijuelas, cuando sale de un junca cubierto de asquerosos gusarapos, que mezclada de pus y lodo, le escupen con desden por el orificio la misma sangre que con la boca le sacan.

He aquí el borrador de cuenta que hicimos en aquellos primeros momentos.

### CUENTA NÚM. 1.º

#### GASTOS DE MI PERDIDA ELECCION

*en el distrito de Lobera, provincia de Asinaria.*

	Rs. vn.
Circulares litográficas. . . . .	30
Viaje en el tren. . . . .	145
Cincuenta cápsulas para el revolver. . . . .	50
Dos cajas de cigarros y cien cajetillas de Canet. . . . .	380
Una pipa de espíritu de vino. . . . .	1.500
Porte de la misma en tren correo. . . . .	480
Primera cuenta de Geromo (que afortunadamente fué la única) por propios, correo, impresion de candidaturas etc. . . . .	1.236
A Colás, el centinela de Abrelojo. . . . .	20
Cuenta del estanquero de idem. . . . .	516
Posada en Granujera. . . . .	76
Dejado allí para las <i>cuadrillas</i> . . . . .	12.000
A Carranza, para ir engatusando gente en las tabernas y en las plazas. . . . .	4.000
A once propios, desde Granujera despachados, por su viaje de ida y vuelta. . . . .	440
A los mismos, para llevar á once pueblos á buena cuenta. . . . .	14.800

Tiron de la letra de 40.000 rs. . . . .	6.000
Limosna al maestro de escuela en la venta del <i>Mal Ladron</i> . . . . .	20
Gasto en la misma venta. . . . .	19
A <i>Pepa la galga</i> , en Mamalhondo. . . . .	100
Arrojado al pueblo allí mismo, en cuartos y monedas pequeñas. . . . .	37
Al alcaide de Salsipuedes, por dejarme escapar. . . . .	160
Por la manta del contrabandista. . . . .	60
Por la ropa comprada en Ojo al Cristo. . . . .	148
Calagüala y árnica para curarme el susto de Salsipuedes. . . . .	15
Cuenta del Alcalde de idem. . . . .	7.620
Esceso á la tía Candonga del voto de su marido. . . . .	24
	<hr/>
	49.936

Aunque tenía que agregar á esta suma los 5.343 reales de las reclamaciones pendientes, quedábale al ex-alguacil algun sobrante, que me lo habia dicho aquella mañana, algo se recobraría de los pueblos donde hubiera sido la votacion escasa, y era sobre todo verosímil, que las cuadrillas de Granujera no se hubiesen comido los 12.000 rs. que allí dejé, suponiendo ¡inocente de mí! que aquellas cuadrillas tuviesen algo de la Santa Hermandad..... Hé aquí mis últimas esperanzas.

—Puesto que te empeñas, dijo Bartolo, hay que agregar á esa cuenta los gastos que he hecho yo. Vé poniendo:

### CUENTA NÚM. 2.º

	Rs. vn.
Quince duros, que me debía el arrendatario de una huerta, y se los he tenido que perdonar para que él y sus criados voten. . . . .	300
56 arrobas de patatas, que le han sacado á tu prima las mujeres de los electores, y 19 fanegas de garbanzos;	

andan á peseta las primeras y los segundos á 84 reales.	1.820
32 fanegas de trigo, que han tenido la desvergüenza de pedirme sin préstamo ni recibo, á 41 rs.; y 16 fanegas de cebada, que no debiera cobrar, porque en días de elecciones no tiene precio. . . . .	1.312
Al escribano, por tres protestas. . . . .	72
A los peseteros, para que no se acuerden de tí ni de mí cuando tiran escopetazos, seis arrobas de aguardiente y dos pellejos de vino. . . . .	490
El jornal de los 215 operarios que no trabajaron el día de los votos, (y pídele á Dios que no nos pidan los restantes días, porque desde entonces no han vuelto á trabajar). . . . .	1.405
Ahora entra lo gordo: 496 votos, que mi aperador te ha comprado, unos á 12, otros á 16 y otros á 20 rs. que tengo en casa la cuenta y te la traeré; pero recuerdo que importa unos 7.300 rs. peseta más ó menos, de cuyos votos estoy seguro que en los días de mi prisión te han escamoteado esos tunos lo menos 400.	7.300
	<hr/> 12.699 <hr/>

—Es decir, añadió Bartolo, que importa mi cuenta salvo error y en buen hora lo diga, pues todavía temo que salte algún gazapo, doce mil seiscientos noventa y nueve reales,—que con los veinte mil que te dí al marchar, hacen treinta y dos mil y pico, los cuales debo yo pagar por bruto, para que tú no acabes de arruinarte por necio. Y no te pongo á la cuenta mis dos días de prisión, ni la sangre que me han quemado, ni la tila que ha tenido que gastar mi mujer para sus nervios, ni las sangrias que pienso darme en cuanto se haga el escrutinio.

Llamamos á Carranza para despachar de una vez por esta parte, habiendo costado mucho trabajo dar con él, porque estaba en el club. El hombre vino borracho como una cuba, y fácilmente pudimos adquirir

la convicción de que mis enemigos habían estado son- sacándole y volviéndole, como suele decirse, lo de adentro afuera.

—Estamos arreglando cuentas, le dije. ¿Cuánto le queda á V. de los 4.000 reales?

—¿A mí, señorito? contestó cayendo á plomo sobre una silla; pues si me debe V.... ¿estamos? más de cien reales.... ¿estamos?

—¡Más de cien reales!.... ¿pues no me dijo V. esta mañana....

—Usted se lo ha soñado.... ¿estamos?... mire V., en Ojo al Cristo.... ¿estamos? le arrojé á aquella gente ¿estamos?... lo menos.... ¿estamos? lo menos....

—Bien, bien, repuso Bartolo; mañana más tranquilos se arreglará eso.... ¿Con que viene V. del club?

—Sí, señor.... me metí allá para ver ¿estamos? lo que decía aquella gente.... Le van á dar á V..... ¿estamos? un susto.... ¡por vida de Dios, que susto!

—¡Otro! dijimos á un tiempo mi primo y yo.

—Este es mayor que todos ¿estamos? porque van á prender al señorito Barvic.... ¿estamos?

—¡Prenderme! ¡eso me faltaba!

—Han venido. ¿estamos? tres actas con todos los votos para V. ¿estamos?... que dicen.... pues.... ¿estamos? que son falsas.... que las ha hecho usted mismo en la venta del Mal Ladron ¿estamos? ¡Hombre! les he dicho yo ¿estamos? para parar el carro.... vosotros habeis hecho la de Babia.... ¿estamos? con que... váyase lo uno por lo otro.

—¡Pues nos ha divertido este bárbaro!.... exclamé. lleno de susto.



—Lo que es al maestro de escuela, prosiguió, ya le habrán... ¿estámos? ya le habrán echado mano...

—¡Le ha delatado V. miserable!

—Mira, dijo en voz baja mi primo pálido como la muerte, montemos á caballo, sobre la marcha, y escondámonos en cualquiera dehesa, en las Batuecas, que no están lejos, hasta que pase el escrutinio. El juez es capaz de volver á agarrarme, y á tí, y á toda la familia.... Hasta despues del escrutinio debemos darnos por muertos.

—Tienes razon. Huyamos de Lobera.

.....  
Allí fué donde, tendido á la sombra de un alcornoque, símbolo de lo presente, contemplando á un escarabajo con su bola, símbolo del porvenir, hice aque romance á la morisca, que acababa:

¡Adios, Lobera, Lobera,  
digna cabecera  
de esta ladronera!

Pero se dirá:

«Este autor sólo sabe esconderse entre los alcornoques. Y luego mucho hablar de Tablada, y satirizar á Tablada..... Vamos, que en estos tiempos á todos nos gusta el verde y la bellota.»—¿Qué habia de hacer triste de mí? Señor lector, póngase V. en mi caso. ¿Dónde mejor que entre los alcornoques podrá hacer penitencia una víctima del sufragio universal?

Allí tambien recibí cartas y cuentas, que ofrecian el siguiente resultado:

## CUENTA NÚM. 3.º

	Rs. vn.										
A siete propietarios de Granujera, por los jornales que perdieron trayendo á votar su gente. . . . .	4.380										
En otros cinco pueblos, por idem, idem. . . . .	1.946										
Cuentas de taberneros, rezagadas. . . . .	2.163										
Limosna á la familia de Víctor Moreno. . . . .	640										
Idem á los heridos de Lobera, Granujera, Palos y Quiebra-huesos, á duro por barba. . . . .	820										
	9.949										
Sumas anteriores. . . . .	<table style="display: inline-table; vertical-align: middle; border: none;"> <tr> <td style="font-size: 2em; padding: 0 5px;">{</td> <td style="padding: 0 5px;">49.936</td> <td style="font-size: 2em; padding: 0 5px;">}</td> <td style="padding: 0 5px;">. . . . .</td> <td style="padding: 0 5px;">62.635</td> </tr> <tr> <td style="font-size: 2em; padding: 0 5px;">{</td> <td style="padding: 0 5px;">12.699</td> <td style="font-size: 2em; padding: 0 5px;">}</td> <td style="padding: 0 5px;">. . . . .</td> <td style="padding: 0 5px;">62.635</td> </tr> </table>	{	49.936	}	. . . . .	62.635	{	12.699	}	. . . . .	62.635
{	49.936	}	. . . . .	62.635							
{	12.699	}	. . . . .	62.635							
	72.584										

.....

—Yo, en tu lugar, me lanzaria, dijo mi primo. ¿Quién sabe?... ¡es tan caprichosa la suerte!

—Aunque Geromo en estas cartas jura y perjura que me hará Senador, le contesté, ya no puedo darle crédito, y en manera alguna haré más gastos.

—Piénsalo bien, repuso Bartolo. A él le conviene desenfadarnos, y acaso al Gobernador tambien. Una sóla pretension que hay á la Senaduría en nuestro distrito, la del albeitar, es tan afrentosa, tan humillante para la situacion y para el país, que no dudo te recibirán con los brazos abiertos. Además, han salido compromisarios en otros distritos muchos amigos míos, y á los que no lo sean, pagándoles su viaje se les saca el voto. Piénsalo bien. Del agua vertida, alguna recogida.

—No quiero que llegue la cuenta á cuatro mil duros, porque si llega, me pego un tiro.

—Es imposible que llegue, replicó Bartolo, aunque tengas que pagarles el viaje á 40 ó 50 compromisarios, porque es gente democrática casi toda, que viaja en burro, que come un pedazo de pan y una cebolla, y que con medio duro para la posada y una fanega de cebada para el compañero, llena perfectísimamente la alta mision de elegir al que ha de sentar sus posaderas democráticas, segun la célebre frase de un rector de la Universidad madrileña, en las sillas curules de doña María de Aragon.

—Verdaderamente, dije yo, picando en el cebo, el volverme á Madrid con las manos vacias, vá á ser un disgusto de muerte para mi pobre Nela, que si cayó en cama cuando le dije que llegaban los gastos á cuarenta mil reales, cuando sepa que llegan al doble y me quedo á la luna de Valencia, se irá derechita al Campo santo.

—Sí, sí, exclamó Bartolo; Dios aprieta pero no ahoga. *Del agua vertida, alguna recogida.* Debemos esta misma tarde marchar á Asinaria.

Cuando veinticuatro horas despues dábamos vista á la ilustre y liberal ciudad, que acaba de poner por armas en su escudo la Constitucion melodramática de 1869, en campo de vino, con tres porras atravesadas sobre el sable, y en el centro, en vez de leones, un oso piamontés coronado por la estrella solitaria de *Cubita libre*, salia por sus históricas puertas una recua de burros tan lucida y numerosa, que me dió un vuelco el corazon y dije á mi primo:

—Aquellos deben de ser nuestros compromisarios, que emigran al Africa, porque no los fusile el Gobernador.

En efecto, el primer conocido que entre la recua nos encontramos, paró su mula, pues era caballero, y nos dijo sucintamente:

—Al ir á reunirnos esta mañana en la Diputación para las elecciones senatoriales, hallamos el edificio convertido en cuerpo de guardia, con infantería, caballería y no sé si algun cañon, pues del cuerpo de Daoiz y Velarde distinguí tambien uniformes. De mamparas adentro, en compacta fila, formábanse los porteros de la Diputación, que al vernos entrar, nos rodearon para preguntarnos si llevábamos el *pase*. Habia dado el Gobernador la siguiente orden, que se nos puso de manifiesto:

*«Los porteros de la Diputación no dejarán entrar en el Establecimiento (sic) hoy ni mañana, á nadie que no esté provisto del correspondiente pase, firmado por mi autoridad y con el sello de este gobierno.—Asinaria etc.»*

—Inmediatamente fuimos á pedirle el *pase* al Gobernador; pero ¡vea V. qué fatalidad! se habia marchado anoche á recorrer todos los pueblos donde ha habido motines electorales, que son diez y ocho; y el secretario lisa, llana y resueltamente nos manifestó que él no estaba autorizado para dárnoslo, á menos que nos comprometiésemos á hacer Senador al ilustre albeitar de Lobera, pues lo exige así el partido republicano en revancha de haber sido burlado en la eleccion de Ginesillo.

—Tomemos á la derecha, le dije secamente á Bartolo.

—¿Adónde?

—A la estación del ferro-carril.

—Pues yo me voy también á los Madriles, porque le tengo mucho cariño á mi pellejo y á mi bolsillo, para meterme otra vez en la boca del lobo de Lobera.

.....  
 Léí pocas noches hace en *La Correspondencia* los dos siguientes sueltos, que me parecieron atados por una mano misma:

«Ha sido agraciado con la gran cruz de Isabel la Católica, libre de gastos, el distinguido funcionario D. Calisto Monipodio, nombrado recientemente Administrador de Hacienda pública de la provincia de Asinaria.»

—¡Como aplaudirán este nombramiento los contrabandistas! dije para mí.

«Pasado mañana se discutirá en el Congreso el acta del distrito de Lobera, contra la cual se ha querido hacer atmósfera por los reaccionarios, en odio al digno y consecuente liberal señor marqués de Birlibirloque, tan popular y querido en toda la provincia de Asinaria, que es el diputado electo, contra un tal Barvic, escritor público.»

Juro por estas cruces que la tal atmósfera no la he creado yo, sino el republicano Ginesillo, en los periódicos callejeros, principalmente en *El Trabuco*, donde se queja bajo su firma de que el Directorio le haya abandonado en esta campaña por su afán de pastelear con el Gobierno. Yo me he limitado á rogar á un amigo que impugnase el acta cuando se discutiera. ¡Sí que estoy yo para atmósferas! Mi mujer ha malparido, tengo en venta la finca que más aprecio, y sobre mí tal cúmulo de disgustos, que determiné asistir á la sesión para desahogar la bilis que no consigo sacarme

del cuerpo, aunque llevo tomadas una docena de botellas de agua de Loeches. Con decir que cada carta que me trae el correo es una cuenta ó una reclamación más ó menos justificativa y *justiciable* del distrito, comprenderá el lector mi estado.

Al atravesar los grupos que llenaban el portal del Congreso, me dieron una palmada en el hombro y me llamaron por mi nombre.

—¡Geromo! exclamé indignado al volverme.

—Tengo que hablar contigo, me contestó bajando los ojos.

Maquinalmente le seguí por un corredor oscuro, donde nos arrimamos á una pared, cerca de la ventana de un patinillo interior.

—Ya sabes que he hecho por tí, me dijo, todo lo que humanamente podia; pero era un compromiso político *sacar* al Senador republicano. Blas Gil tenia instrucciones terminantes. Esto aquí para entre nosotros....

No le contesté.

—Ahora voy á pedirte un favor muy grande; si me lo haces ten la seguridad de que en otra eleccion, lo juro por el alma de mi padre, te dejaré el campo libre, y estarán á tu lado todas mis fuerzas.

Tampoco le contesté.

—No me pongas en el caso de hablar del acta..... si algun amigo tuyo va á combatirla, avísale al momento....

—Eso es imposible.

—Mira que yo tengo que defender al Gobernador y á Monipodio, y negar todos los hechos....



—Renegarás de Lobera, le dije secamente, para avecindarte en Jura en falso....

—Mira que no puedo hablar mal de los republicanos... mira que descargaré sobre tí acusaciones....

—¿No tienes más que decirme?

—Nada más. He cumplido como amigo.

Le volví la espalda para subir á la tribuna, donde me habian proporcionado un buen asiento. En brasas estuve hasta que empezó la discusion del acta. Apenas acabado el discurso de mi defensor, se levantó un diputado ministerial «á deshacer carta por carta,» fueron sus palabras, «*aquel castillo de naipes.*» —Ni el Gobernador envió tales delegados al distrito de Lobera, ni les mudó el nombre en comisionados y comisionistas, ni ha habido tales carneros. El digno Gobernador de Asinaria estaria en su derecho llevando á los Tribunales al que tal diga; pero no lo hará, seguramente, porque es todo un caballero, de alma liberal y grande, que reconoce á los vencidos el derecho del pataleo. —Si se disolvió el Ayuntamiento de Lobera y la milicia nacional, creándose una seccion de peseteros, fué porque el Alcalde y yo íbamos á proclamar al príncipe Alfonso, y Blas Gil dió una insigne prueba de su amor á la monarquía de Saboya, destruyendo tan habil y oportunamente nuestra conspiracion liberticida. —Si en Salsipuedes me prendieron, calificándome de faccioso, mejor es no meneallo, porque sus razones tendrian las respetables personas que así me calificaban. (*Yo dí un salto en mi asiento.*) Respecto á los tiros, palos, muertes y heridas de algunos pueblos, ¿qué han de hacer los consecuentes liberales, viéndose

perseguidos por la reaccion más descarada y cínica? rechazar la fuerza con la fuerza.—«Y no debe estar el »señor Barvic, añadió el preopinante, muy limpio de »culpa, cuando el Juzgado tuvo preso en los prime- »ros momentos á un primo suyo, á su principal »agente en la eleccion, al ex-Alcalde de Lobera.»

«—(¡Pillos! exclamé sin poder contenerme. Ahora comprendo por qué le prendieron.) Y para pulverizar el último argumento de orden moral que habia empleado mi amigo, exclamó entre los aplausos de la mayoría:—«¿Que es escritor el Sr. Barvic, que es propietario en el distrito, que probablemente daría gloria á esta tribuna?... ¡preocupaciones indignas de un »país que marcha al compás del himno de Riego á »abandonar el Peñon de la Gomera, y reconcentrarse »en Ceuta y Melilla, bajo la proteccion del Africa! ¿Para qué sirven ya los escritores? ¿para qué los propietarios? ¿para qué las grandes ilustraciones de la prensa »y la tribuna? Hartos estamos ya todos, hartos están los pueblos de libros y de historias y de los que »los hacen, que sólo sirven para gastar papel y tinta, »y no sabrian construir una mala barricada; hartos de »ver aquí propietarios que se largan en cuanto empieza la recoleccion, y que en sus pueblos no prestan »otro servicio que pagar sus contribuciones, oír misa, »tener hijos.... y el que más atender á los hospitales ó »á la casa-cuna, sin que exista memoria de que hayan fundado un solo club, una sola Tertulia, ni siquiera un comité bajo la presidencia honoraria de »Padilla ó Riego. Por eso han hecho perfectamente los »electores en prescindir del talento y del capital, esas

»dós reaccionarias preocupaciones. Si quereis asentar  
 »sobre sólidas bases el Título I y los derechos indivi-  
 »des y este magestuoso edificio de la libertad democrá-  
 »tica, aprobad el acta y admitid como diputado al se-  
 »ñor Birli, á quien el Gobierno, constante en su pro-  
 »pósito de crear una aristocracia digna de la España  
 »actual, acaba de conceder un título de Castilla. No  
 »pongais vino nuevo en pipas viejas.»

—*¡Y se atreven á hablar de pipas en esta casa!*  
 exclamé como un loco, y tal seguramente me creerian  
 mis compañeros de tribuna. *¡Por una pipa que me  
 robó es diputado el marqués de Birlibirloque!*

Este se habia levantado á defender su acta, pálido  
 como la cera, porque me estaba mirando frente á fren-  
 te, veia quizás el temblor de mis lábios, y acaso temia  
 un escándalo; pero se pasó la mano por la cara, pro-  
 cedimiento radical muy oportuno, y con voz insegura  
 y hueca, lentamente y como si fuera sacando las pa-  
 labras de un pozo, dijo allí..... *¡Válgame Dios lo que  
 dijo! ¡bien hizo mi mujer en quitarme el revolver!*—  
 «Que su padre habia muerto asesinado por mis partida-  
 »rios..... (Yo iba á decir á gritos—*¡mentira!* pero un  
 caballero que estaba á mi lado me tapó la boca;)»  
 »que yo habia corrompido el cuerpo electoral compran-  
 »do votos, cosa nunca vista en Lobera y Granujera...  
 (—*¡Tú me enseñaste!* iba á decir *¡tú has comerciado  
 con electores y candidatos!* pero el vecino repitió su  
 operacion.)—«Que mi desmoralizacion era tal, que me  
 »habia comprometido con las amas de los curas, á con-  
 »seguir el matrimonio de los eclesiásticos, y con los con-  
 »trabandistas, á la abolición del cuerpo de carabine-

»ros.... (Aquí me quedé ronco afortunadamente).  
 »Que su gran prestigio en el país se probaba con el  
 »acta de Babia, donde los electores habían votado por  
 »orden alfabético, formándose en la plaza por colum-  
 »nas cerradas, mientras mi descrédito era tal que ha-  
 »biendo aspirado neciamente á la Senaduría, los com-  
 »promisarios, en horror á mi candi datura, unos huye-  
 »ron de la capital, sin que fueran parte los ruegos del  
 »gobernador á detenerlos, y tuvieron otros la feliz idea  
 »de sacar de su modesto retiro á un Cincinato de Lobe-  
 »ra, á un republicano ilustre, á quien enviaba desde allí  
 »sus más entusiastas felicitaciones, en prueba de alta  
 »importancialidad política.»—; *Ese fue el que mató á su  
 padre!* exclamé en voz gangosa, que por las narices me  
 salía.

Me había puesto en pié fuera de mí, con los  
 cabellos erizados, los ojos estallantes, los puños en  
 ristre, y comprendiendo mi piadoso vecino, que iba-  
 mos á promover un escándalo, pues ya se fijaban  
 en nosotros todas las miradas y el Presidente hacia se-  
 ñas á los porteros designándoles la tribuna, me cogió  
 por un brazo, yo le seguí como un autómatas, y al salir  
 á la calle metióme en un coche de alquiler, diciéndome  
 en la portezuela:

—Caballero, he conocido que V., como yo, no es  
 de este mundo radical y democrático en que vivimos.  
 Si no es V. católico, péguese un tiro, el mejor de los  
 consuelos para las víctimas de los Gil Blases y Bir-  
 libirloques; pero si lo es, mírese V. en mi espejo.  
 Yo, su amigo y servidor, el duque de las Navas de  
 Tolosa, grande de España de primera clase desde los

Reyes católicos, he sido derrotado en un distrito, donde tengo un millon de renta, por un radical que dirigia en Madrid hace pocos años..... una casa de prostitutas. Quince mil duros me ha costado la derrota. Buenas tardes, señor Barvic.

Bálsamo fueron aquellas palabras para mi corazón. Aquel duque vencido por un compinche de Doña Teresa Mancebía me hizo desternillar de risa, y mientras daba tumbos el desvencijado coche, iba yo murmurando más alegre que unas pascuas:

Cuentan de un sábio que un día  
tan pobre y mísero estaba  
que sólo se alimentaba  
de unas yerbas que cogia.....

—¡Yerbas! ¡yerbas! eso debiamos comer el duque y yo..... y todo el que se mete con radicales.

Quando llegué á mi casa, cogí el libro de memorias, y suspirando tranquila y resignadamente escribí:

### CUENTA ÚLTIMA (SI DIOS QUIERE.)

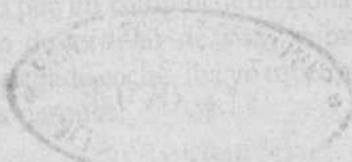
	Rs. vn.
Suma anterior.	74.582
Regreso á Madrid.	145
Malparto de mi mujer.	500
Quince visitas del médico para mí . . . . .	300
Doce botellas de Agua de Loeches para purgarme. . . . .	48
Gratificacion al que me proporcionó buen sitio en la tribuna . . . . .	20
Coche que me trajo á casa. . . . .	4
	<hr/>
	73.601

Y escribí por debajo—«¡Gracias á Dios!..» porque de un *Viaje á los infiernos del sufragio universal*, es poco salir condenado en costas y molido á palos. Más merecía. Debieron los milicianos de Salsipuedes fusilarme.

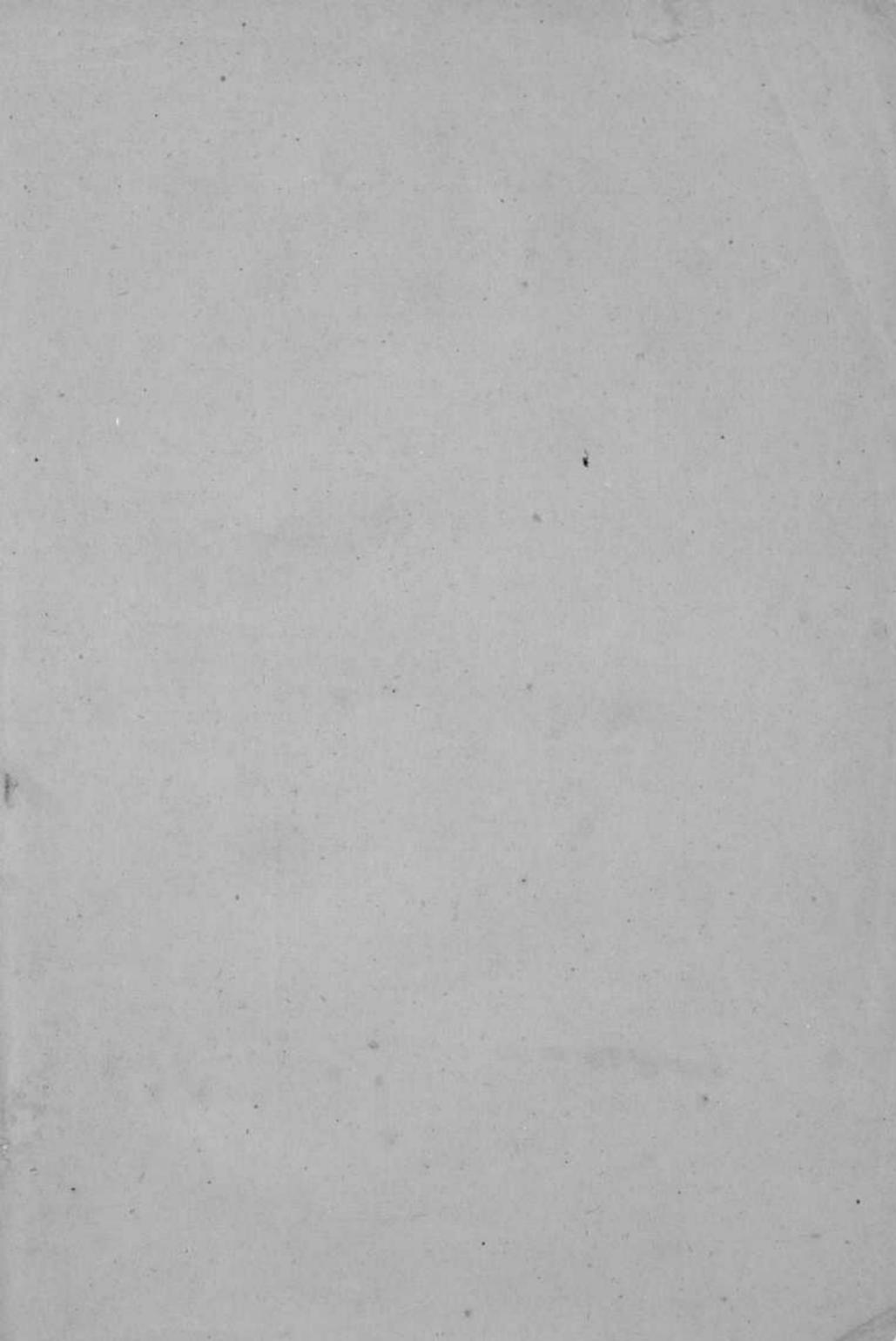


FIN.

Y escribi por debajo—«Gracias á Dios...» porque de un lado á los intereses del sagrado universal, es poco salir condenado en cosas y modo á unos. Mas merecia. Debieron los milicianos de Saragueda lastimame.



CUENTA CLIMA SI



NARRACIONES ESTREMENAS, por D. V. BARRANTES, Académico de la Historia, cronista de Estremadura. Un tomo que comprende, *La Serrana de la Vera y San Pedro de Alcántara*: 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, remitiendo libranza ó sellos al editor (Fuencarral 22, 2.º)

COLECCION DE ARTÍCULOS PUBLICADOS en la *Política y El Debate*, por D. SALVADOR LOPEZ GUIJARRO, un tomo en 4.º 20 rs.

¡SIN NOMBRE! por VELISLA (D. MANUEL SILVELA) un tomo, 10 rs.

LOS NIÑOS, revista ilustrada de educacion y recreo, bajo la direccion de D. CARLOS FRONTAURA. Los cinco tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid, y 30 en provincias, cada uno.

Sale los dias 10, 20 y último de cada mes, con preciosos grabados, autógrafos de hombres celebres contemporáneos, comedias, juegos, oraciones para los niños, etc.

*Precios*: una peseta al mes, 12 trimestre, 22 seis meses y 40 al año en Madrid.—En provincias 15, 28 y 50 respectivamente.—Extranjero 20, 28, y 70 rs.—Ultramar, 30, 70 y 110 reales.

CUENTOS DE SALON, por GUERRERO y FRONTAURA. Se han publicado 10 tomos á 4 reales en Madrid y 5 rs. en provincias cada uno.

Administracion de *Los Niños* y de los *Cuentos de salon* Plaza de Matute, 2, Madrid.

LA VOZ DEL CREYENTE, poesías religiosas por don Antonio Arnao, un tomo. Se vende á 16 rs. en Madrid y 20 en provincias dirigiendo los pedidos á los Sres. Medina y Navarro, Arenal 16.



4.411